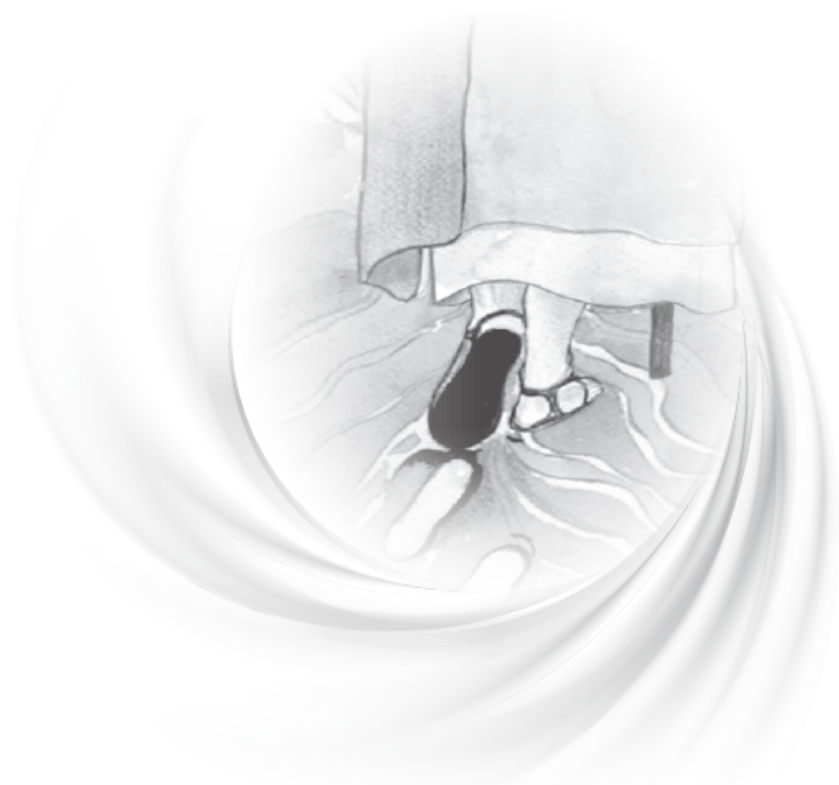


Siguiendo las Huellas del Pastor



**Memorias de Monseñor Ignacio Trejos Picado
Setenta Años de Vida Sacerdotal**

**Bernal Martínez Gutiérrez
Editor**

922.2

T787s Trejos Picado, Ignacio, Obispo.

Siguiendo las huellas del Pastor : memorias de Monseñor Ignacio Trejos Picado. Setenta años de vida sacerdotal / Monseñor Ignacio Trejos Picado; Bernal Martínez Gutiérrez, editor. -- 1ª edición -- Cartago, Costa Rica : Diócesis de Cartago, 2022

150 páginas : ilustraciones ; 14 x 22 cm.

ISBN 978-9968-49-924-8

1. Trejos Picado, Ignacio, Obispo. 2. Iglesia católica-Obispos. 3. Costa Rica-Historia Eclesiástica
- I. Martínez Gutiérrez, Bernal, editor

Créditos:

Recopilación de información y redacción de texto:

Bernal Martínez Gutiérrez (Editor)

Montaje y descripción de fotografías:

J. Ignacio Alvarado Sánchez

Diseño de portada y contraportada:

Angeline E. Valverde Ureña, Rivas de Pérez Zeledón.

Presentación

Apreciado lector: tiene en sus manos esta obra, la cual quiere ser un justo homenaje a monseñor Ignacio Nazareno Trejos Picado, obispo emérito de la diócesis de San Isidro de El General, con ocasión de celebrar sus 70 años de vida sacerdotal, 54 años de episcopado, y a pocos meses de cumplir sus 94 años de vida, mismos que ha vivido con profunda fe y generosa entrega al Señor y a su Iglesia.

SIGUIENDO LAS HUELLAS DEL PASTOR, es el resultado de poco más de dos años de conversaciones con el sabio sacerdote, que ha querido abrir su corazón para compartir sus memorias, así en primera persona. En cada encuentro con él, tuve siempre la certeza de que tenía frente a mí a un hombre muy lúcido; un creyente que ama profundamente a la Iglesia; un pastor que vive su sacerdocio, con el mismo fervor y la alegría de sus años de juventud.

Leer estas memorias de monseñor Trejos Picado, es realizar un viaje apasionante por la Costa Rica de la década de 1930 del siglo pasado; es adentrarse en los acontecimientos que marcaron el rumbo del país a partir de los años 40, y todo cuanto significó el devenir de una nación en la segunda mitad del siglo XX; más aún, el advenimiento del nuevo siglo, que monseñor Ignacio ha vivido con más sosiego y profunda espiritualidad desde el 2003, año en que el papa Juan Pablo II acepta su renuncia al pastoreo de su grey, al cumplir los 75 años, así dispuesto por ley canónica.

En una ocasión tan feliz como la descrita en las primeras líneas, los señores obispos de la Iglesia Católica costarricense han querido unirse al justo homenaje, a su hermano mayor en el episcopado. A todos los señores obispos nuestro agradecimiento, muy especialmente a monseñor Mario Enrique Quirós Quirós, obispo diocesano de Cartago, quien, dando un voto de confianza a este proyecto, ha querido llevar a cabo la edición de esta obra, la que esperamos, sea del agrado de generaciones presentes y futuras.

Bernal Martínez Gutiérrez
Cartago, marzo de 2022.

Prólogo

Con el título “Siguiendo las huellas del Pastor”, nos presenta monseñor Ignacio Trejos Picado, una serie de vivencias a lo largo de toda su existencia, en el camino de la vida, haciendo el Señor de él, un instrumento para su servicio, que lo fue preparando desde niño; luego como un joven seminarista, posteriormente sacerdote y obispo para su rebaño. Así, este trabajo quiere ser un signo de gratitud en sus setenta años de vida sacerdotal, que celebra en marzo del presente año.

Quisiera agradecer a monseñor Trejos la oportunidad que me ofrece, de unirme a su celebración en su larga experiencia como servidor en la grey del Señor; saludarlo y felicitarlo en este momento, en que desea compartir con todos algunos pensamientos y vivencias de lo que ha sido su camino como sacerdote, por donde el Señor le ha querido llevar.

Con una lectura fluida del texto, aparte de entretenida, el lector se encontrará con lo que ha sido la vida de monseñor Trejos a lo largo de sus 94 años, compartiendo vivencias de su ciudad natal, Guadalupe de Cartago, al lado de su familia; su esmero por responder al llamado en sus años de formación por el Seminario Central en Paso Ancho, concluyendo con su proceso en la ciudad eterna: Roma.

Este trabajo personal, quiere expresar una palabra de agradecimiento a todos aquellos que le facilitaron su respuesta como sacerdote, a su familia, por su testimonio, a sus profesores del seminario, y a los distintos obispos, a quienes manifiesta un gesto de gratitud por su ayuda en distintos momentos de su vida, en que tuvo que ver con cada uno de los que menciona.

La obra no pretende ser una biografía detallada de su persona, sino, un compartir significativo de algunas experiencias que agradecemos, porque nos aportan en gran manera para responder en estos tiempos a los desafíos y retos del mundo actual. Resumir un largo camino de servicio en la Iglesia, no es la finalidad de este trabajo, sino que, en su aporte, descubrimos en estas páginas narradas, un estilo sacerdotal en el contexto que le correspondió vivir, adaptándose a las distintas circunstancias con su espíritu de trabajo y amor a la Iglesia, ello refleja, por consiguiente, una espiritualidad madura que se ha construido desde la oración para servir como Jesús lo hizo en medio de nosotros.

Que sus luchas y esfuerzos, sus gozos y esperanzas en su vida como servidor en la grey del Señor, sigan dando mucho fruto, para lo cual él se dio enteramente, como sacerdote, y en otros momentos, como obispo auxiliar de San José, luego como obispo diocesano en San Isidro de El General. Además, sea una palabra de motivación para quienes anhelamos servir a Jesús, siguiendo las huellas del Pastor.

Que Dios le bendiga monseñor Trejos en su vida como pastor, a lo cual Dios le llamó, y que su presencia siga dando mucho fruto en la Iglesia costarricense, como un signo que Jesús siempre cumple su promesa en darnos pastores según su corazón. Con afecto sincero quiero manifestarle mis más expresivas felicitaciones por su misión realizada como servidor en el Reino de Dios.

¡Que Él le bendiga y acompañe siempre!

De su hermano en el episcopado:
Monseñor Mario Enrique Quirós Quirós
Obispo diocesano de Cartago.

I Parte

Nacimiento en Guadalupe de Cartago, entorno familiar y la infancia: de 1928 a 1940.

En este primer apartado, monseñor Ignacio Trejos Picado nos lleva hasta sus orígenes: lugar de nacimiento en la entonces barriada llamada La Arenilla, o Guadalupe de Cartago; nos presenta a su familia y nos hace realizar un viaje por su infancia, aquella primera niñez de finales de la década de 1920, nos hace pasar por la Cartago de los años 30; nos introduce, además, en la intimidad de sus días vividos entre cafetales y calles de tierra y lodo, camino a la escuela y al templo; es un viaje de inolvidables y vetustos paisajes que se pierden en el tiempo.

Yo vine a este mundo el 31 de julio de 1928; era un martes. Me tocó el filo del mes, y fui bautizado el 9 de agosto del mismo año por el padre Antonio María Rojas García, oriundo de Cartago, y la partida de bautismo fue asentada por su hermano, Enrique Rojas, que era el secretario. El padre Rojas era entonces el cura de Cartago, y estuvo antes que el padre Meneses. Los padrinos fueron Agustín Barahona y Clara Solano.

Mi papá fue Juan Leonor Trejos Mora, y mi mamá fue María Tiburcia Picado Cordero, ama de casa que vivió 62 años; mi padre, que fue agricultor, vivió muchos años, falleció a los 101 años en 1986. Mi nombre de pila fue “Ignacio Nazareno”, y cargué con la cruz del “Nazareno” hasta que me fui para Roma; monseñor Odio, que era mi párroco y me apreciaba mucho, me insinuaba desde que era seminarista que acertara el nombre, así que en la Ciudad Eterna fui “Ignacio”, pero antes de ello yo solo usaba mi segundo nombre, Nazareno, esto ha de ser nuevo hasta para parientes muy cercanos. No me gustaba usar el nombre Nazareno, que fue mi cruz... pero así me llamaban en la casa, y nada podía hacer yo. Incluso no me llamaban por Ignacio Nazareno, tan solo me decían “Nazareno”, eso era un tormento para mí. Si buscan mi título de bachillerato pueden constatar que allí dice: Nazareno Trejos Picado, no aparece el Ignacio por ninguna parte; claro, para suavizar mi cruz me llamaban “Neno”, menos mal; así que en la escuela y la secundaria yo era conocido como Neno Trejos.

Un matrimonio ejemplar y una familia numerosa

Yo fui el penúltimo de nueve hermanos. Por muy poco no fui el menor, aunque en este momento lo soy, pues solo me sobreviven dos hermanos mayores. Eran Alfonso, Bárbara, dos mellizas llamadas Judith y Guadalupe, José, Javier, Mamerta, este servidor y Juancito, que fue síndrome de Down. Sobrevivimos tres: varones Javier y yo y de las mujeres solo Mamerta. Nuestra familia es longeva, por parte de papá. Él fue un gran agricultor y al mismo tiempo muy estudioso; y no es porque

fuera mi padre, pero yo podría otorgarle el grado académico que corresponde a los temas de la Reforma, porque leía mucho sobre el particular. Él podía hablar con propiedad sobre Martín Lutero, Juan Calvino, Zwinglio, hasta del rey Enrique VIII y el cisma de Inglaterra; hablaba de María Estuardo, de María Tudor y Jerónimo Savonarola; de estos personajes oí hablar yo mucho antes de llegar al colegio y fue por él.

De papá heredé yo el gusto por la lectura y el estudio. Papá era una persona muy querida y apreciada aquí en Guadalupe de Cartago, esta calle en la que vivimos los Trejos lleva su nombre, “Calle Juan Leonor Trejos Mora”. Fue un agricultor consumado y estudioso; él recibía esa revista llamada “La hacienda”, que era una revista agropecuaria de Estados Unidos, y hasta recibió varios premios por trabajos que presentó.



Homenaje de la municipalidad de Cartago a Don Juan Leonor, 1985. Placa conmemorativa frente a la casa de monseñor Trejos.

Juan Leonor Trejos, mi papá, conoció muy bien a monseñor Bernardo Augusto Thiel; de niño había recibido una mención suya, por haber dado respuesta correcta a las preguntas que el mismo obispo le hizo, en una de sus visitas aquí a Cartago. Mi papá lo conoció muy de cerca, porque él nació en 1884, y para cuando monseñor Thiel falleció en 1901 ya él era un muchacho de 17 años, lo mismo que conoció muy bien al padre Juan de Dios Trejos Picado, pariente suyo, que en ese entonces era el Vicario de Cartago, y que terminó sus días en Pacayas en 1912, siendo el primer párroco de aquella comunidad, que fue también mi primera parroquia, de eso hablaré más adelante.

Mis abuelos fueron Simón Trejos Alfaro y Bárbara Mora, los maternos eran Santos Picado y Andrea Cordero, oriundos ambos de Tablón de El Guarco; de todos ellos solo alcancé a conocer a mi abuela Andrea, la mamá de mi mamá. Los Trejos son oriundos de Guadalupe; el apellido “Trejo” se pluralizó en Costa Rica, cosa parecida al apellido “Campo” o “Del Campo”, y el primer Trejo que llegó al país, y de quienes venimos los Trejos fue don Diego de Trejo.

Presenció la boda de mis papás el padre Salomón Valenciano en Guadalupe de Cartago, el 7 de junio de 1917, el año de las apariciones de la Virgen de Fátima; al padre Valenciano le llamaban “el padre de la pelota”, porque en esos años era la dictadura de los Tinoco y él se había manifestado contra la dictadura, le habían dado unos golpes y le quedó una pelota en la parte derecha de la nuca. Mis papás se casaron muy probablemente en una capilla que existió antes del primer templo que, a su vez, antecedió al actual. Anteriormente no existía templo alguno en La Arenilla; me contaba mi papá que la capilla más cercana a la

comunidad era una ermita que estaba donde hoy está el negocio de Auto Pits, cerca del centro comercial Metrocentro, calle de por medio del famoso Higuerón. Era una bóveda muy linda de calicanto que con el terremoto de 1910 se derrumbó. Una vez destruida la ermita la gente de Guadalupe debía ir a misa a Tejar, a la Parroquia del Carmen o a los Salesianos, que ya habían llegado a Cartago antes de 1910.

La capilla de los Salesianos quedó afectada también por el terremoto, pero se pudo reconstruir gracias a don Ricardo Jiménez Oreamuno, que tuvo un interés especial por el Hospicio de Huérfanos, que estuvo a cargo de los primeros padres Salesianos que llegaron a Cartago. Ese hospicio fue creado por doña Dolores Jiménez Zamora, tía de don Ricardo, a iniciativa del padre Joaquín Alvarado Ruiz y su hermana Joaquina, que habían dejado un fondo económico para ese fin, y cuyos beneficios se dejan ver aún hoy, por lo que Cartago debe mucho a los hermanos Alvarado Ruiz.

Aquellas remembranzas de mi niñez

Recuerdos de mi niñez me quedan muchos; pero uno que tengo de mi primera infancia, aunque sea en penumbra, es de mi hermanito Alfonso que murió en 1932, cuando tenía yo cuatro años. Resulta que fue con un amigo a bañarse un domingo a la poza de “El Presón”, que llamaban aquí; regresó enfermo de allá, y el jueves siguiente falleció; era el hermano mayor y tenía doce años. Ese mismo año de 1932, el 12 de diciembre, fui confirmado por monseñor Rafael Otón Castro, arzobispo de San José, y a mi papá le correspondió hacer el saludo en el templo

para esa ocasión. De ahí para acá tengo recuerdos más claros, como el de 1935 cuando se celebró el Tricentenario del hallazgo de la imagen de la Virgen de los Ángeles, recién cumplidos mis siete años. Se oían las campanas que se habían consagrado ahí, en Los Ángeles; pusieron parlantes, vinieron obispos de Centroamérica, era algo muy lucido. Es lo más fresco que tengo.

Mi niñez fue bellísima; cerca de mi casa eran solo cafetales. La casa en la que crecimos y vivimos fue construida por don Nicolás Mora, un tío de papá; ya no queda nada de esa vieja casa, pero había un patio con un galerón donde se ordeñaban las vacas, y en el mismo cobertizo una troja. Papá tenía sus finquitas y la propiedad de la casa era grande, llegaba hasta el cementerio, donde había un potrero con unos terneros. Mi martirio en tiempos de escuela era ir a separar los terneros de las vacas, costumbre que tenía papá y que nosotros teníamos que hacer... había que lidiar con las reses porque eran vacas que venían del monte, y bueno, había que hacer el trabajo, aunque a veces resultaba algo difícil.

La primaria la inicié en la escuela de Guadalupe. Mi maestra de primer y segundo grados fue doña Minervina Reyes de Caamaño, a ella por cariño le decíamos “doña Mina”. En tercer grado mi maestra fue doña Hilma Guevara de Campos. Doña Hilma me dio una vez una regañada, sin tener razón para ello; resulta que mi papá tenía la costumbre de que los hijos hiciéramos tres años en Guadalupe, y luego nos mandaba a una escuela para los varones, a la Jesús Jiménez, que concentraba en el mismo edificio a las niñas, en la primera planta, y a los varones en la segunda, llamada “Escuela de Varones”.

La escuela ya se llamaba “Jesús Jiménez Zamora”, y la edificación actual la estrenamos los escolares de mi generación, así que a mí me tocó ir a tan bonita escuela, en el año de 1938; aunque el primer semestre lo hicimos en el edificio de la escuela Ascensión Esquivel, mientras se terminaba la obra de construcción. El horario de escuela era de lunes a sábado. De lunes a viernes de 7 de la mañana a 12:00 mediodía, luego veníamos a pie hasta Guadalupe a la hora del almuerzo, y volvíamos a estudiar hasta la tarde; los sábados había clases solo por la mañana. Había ya comedor escolar, pero a papá no le gustaba que nosotros almorzáramos en la escuela, así que nos hacía realizar cuatro viajes todos los días.

En la Escuela de Varones de la Jesús Jiménez tuve por maestro, los tres años, a don Claudio Navarro Martínez. Entre otros maestros recuerdo a don José Ángel Coto Avendaño, un gran violinista. En nuestro recorrido a la escuela Jesús Jiménez y luego hacia el colegio San Luis, repartíamos la leche que mamá vendía a los vecinos, porque en la casa se tenían unas vaquitas, y a nosotros nos tocaba hacer esa tarea de entregar los encargos de leche. Fue una niñez sanísima, feliz, aunque en la casa uno peleaba con los hermanos como lo hacía cualquier muchacho. Debo apuntar y reconocer, que no creo que existiera un chiquillo más rebelde, terrible e iracundo que yo; tanto así, que mi mamá me encerraba en la troja que había en la casa, y que se usaba para guardar los yugos y las mazorcas de maíz que se cosechaba.

En efecto, mi carácter no era muy bueno que digamos... tuve siempre fama de mal genio, de eso han de dar cuenta mis ex alumnos de los seminarios Menor y Mayor, entre ellos actualmente muchos sacerdotes y hasta obispos; cuando fui

prefecto de disciplina en el Seminario Menor Nuestra Señora de los Ángeles, en Dulce Nombre de Tres Ríos, ejercí mi papel muy bien porque mi rectitud encajaba con aquella misión, aparte de que para la época aquella rigidez era una cosa habitual. Los tiempos cambian, y uno también.

Debo decir que mi mamá no me tocaba un pelo, pero eso sí, me mandaba a la troja y le ponía candado hasta que yo dejara de gritar; eso se lo debo en gratitud a ella porque me modeló en cuanto pudo, aunque nunca me maltrató, el castigo severo era “¡se va a la troja!”, y allí, hasta que se me pasara el enojo; curiosamente en la escuela y el colegio, lo mismo que en el seminario era tímido y muy callado. Iba descalzo a la escuela, y me intimidaba un poco ver que muchos compañeros tenían zapatos y yo no, eso me hacía aumentar la timidez, el miedo y mi inseguridad. Así descalzo como era uno, tenía que ir a pie de Guadalupe hasta Cartago centro, para asistir a la escuela. Ya para el colegio sí tenía calzado.

La calle que lleva ahora el nombre de mi papá no existía, teníamos que dar la vuelta por el cementerio para ir a la escuela o a la iglesia, y así a “pata pelada”, a pesar de que mi papá tal vez tenía los medios para calzarnos, y era una persona conocida no solo en Guadalupe sino en Cartago, pero era la costumbre no usar zapatos. Mi papá fue el único munícipe descalzo y fue varias veces síndico; él fue presidente de la Junta Edificadora, fue mayordomo de San Isidro, sin que fuera un sacristán ni cosa por el estilo, porque él tenía su manera de conducirse. Muy amigo del padre Antonio María Rojas, muy amigo del padre Meneses; tan sincero que cuando el padre Meneses fue candidato a diputado la segunda vez, le dijo: –Soy tu amigo, pero no tu

partidario... tú al templo y yo voto por Orontes Gutiérrez. El padre Carlos Meneses fue mi amigo también, porque yo iba a recoger el Eco Católico y El Luchador, un semanario de la JOC (Juventud Obrera Católica) para distribuirlos en Guadalupe. Un sacerdote muy querido, y muy inteligente era el padre Meneses; murió joven, apenas acababa de cumplir 50 años, en 1944, yo estaba por cumplir 16 años. Él era diabético, pero no se cuidaba, y en los turnos de la parroquia de Cartago se daba unas comidas de tamales... bueno, mientras la tía, que era quien lo asistía no estuviera. Recuerdo muy bien oírlo decir: –¡Ahora que no está Adela... aprovecho y como un poco más!

Tuve un primo que fue seminarista, estaba en segundo año de filosofía cuando murió, se llamó Fermín Alfaro Picado. Esa familia Alfaro Picado me ayudó mucho para mi vocación, porque por aquellos años todo era muy difícil. Las circunstancias lo hacían aún más. Por ejemplo, mi papá y otras familias pagaban parte de los impuestos para que trajeran material de arena y piedra, y así rellenar los huecos de las calles aledañas. No había alumbrado eléctrico; cuando nos dirigíamos a Cartago al rezo del rosario, para el mes de agosto, íbamos en penumbra. En Guadalupe muy pocas casas tenían electricidad, en la mía por lo menos no había. Del cementerio para allá sí había, gracias a la compañía de John Saxe, conocido como “Míster Saxe”, un norteamericano que tenía la planta eléctrica en Navarro, y que años más tarde adquirió el ICE. La ermita y la escuela de la comunidad sí tenían electricidad.

Durante las vacaciones íbamos a coger café en la finquita de mi papá, con la ventaja de que él nos pagaba las cajuelas que cogíamos; teníamos una chanchita de barro para economizar,

para ahorrar; allí metíamos nuestras economías, y así nuestro padre fue todo un formador que nos enseñó a hacer buen uso de nuestro dinerito, ganado a punta de coger café. Una vez terminada la faena del trabajo venían los juegos infantiles, como todo muchacho; ya se jugaba a los trompos y hasta teníamos unos muy buenos, eran de caoba; jugábamos bolinchas o chumicos. Estos juegos se hacían en media calle porque no existían los peligros que hay hoy con el tránsito; el único carro que andaba por las calles de Guadalupe era un taxi que tenía don Ignacio Arias, y otro que tenía carro era el doctor Alfredo Pirie que andaba a veces por las calles del barrio.

Era muy común por aquellos años ver carretas de bueyes y caballos. Venían carretas desde Tablón jalando leña, y la carreta más grande era la de mi papá; era un carretón amplio donde viajábamos a coger café, no era para ir de paseo. La primera vez que recuerdo yo haber salido de Cartago, y a modo de paseo, fue a una celebración que nos llevó papá a mi mamá y a mí a San Isidro de Coronado, y estaba en construcción el templo actual. Después fui a Limón con mamá cuando yo estaba en tercer grado, en 1937. Fue un viaje en tren tan lindo... con aquel panorama durante el recorrido, aunque una eternidad de viaje, se tardaban muchas horas para llegar a Puerto Limón. Y allá nos quedamos, porque era muy cansado hacer el recorrido en tren solo por el día.

Otro recuerdo fresco que tengo de mi niñez en la década de 1930 es el toque de la corneta, allá en el cuartel de la Comandancia de Cartago, donde actualmente se ubica el museo municipal de la ciudad; tocaban aquella corneta a las seis de la mañana y a las seis de la tarde; tengo presente que nosotros, chiquillos, mientras

el militar del ejército tocaba la corneta, con la misma música cantábamos: –“Chico perico mató a su mujer, la hizo pedazos la puso a vender... y no le compraron porque era de ayer... “ ¡ah tiempos! Hace ya más de 80 años de eso.

De las campañas políticas de entonces recuerdo muy bien la de León Cortés Castro contra Octavio Beche, para las elecciones de 1936, pero me acuerdo de esa campaña política desde antes, que llevó al poder al fin a don León Cortés. Mi papá era un politiquero. Era enemigo de los caballos, pero le tocó andar en ellos para ir a politiquear por San Juan, Tobosi y Copalchí y todos esos lugares, luciéndose junto a otros como oradores públicos que llamaban entonces, y repartiendo banderas, una práctica común que ya casi no se.

Entre los juegos, la escuela y el templo

Recuerdo también que de chiquillos íbamos a jugar a la plaza de La Soledad, en tiempo libre de la escuela Jesús Jiménez; era la década del 30 y habían pasado poco más de 25 años del terremoto de 1910, y podía uno ver aún los cimientos del templo que habían quedado al descubierto por aquel gran sismo. Es el sitio que ocupa ahora el edificio de los Tribunales de Justicia de Cartago.

Me encantaba el fútbol; ya la cancha de Guadalupe estaba en el mismo lugar actual, y fue una propiedad que donó a la comunidad doña Petronila Trejos, una tía de mi papá. Yo jugué en un equipo llamado Juvenil de Guadalupe, como defensa derecho, y hasta fui capitán. Ese mismo puesto jugué en el Seminario Mayor...

y no era tan mal jugador, por lo menos le ponía ganas. Era aficionado al Cartaginés, eran los tiempos de José Rafael “Fello” Meza; para el último campeonato en 1940 ya yo estaba en sexto grado de la escuela, y de eso me acuerdo muy bien, aunque fue hace más de ocho décadas atrás.

Recuerdo también a equipos de fútbol como La Libertad, Orión y Once Tigres, que fue fundado por un sacerdote salesiano, el padre Turcios, que llegó a ser arzobispo de Honduras. A nosotros en el seminario nos prestaban el Estadio Monseñor Turcios, en San José, para que jugáramos allí. Nos arrollábamos la sotana y nos batíamos teólogos contra filósofos. Yo conocí muy bien a monseñor José de la Cruz Turcios, porque yo estuve ya de presbítero visitando a un compañero mío, José Carranza Chevez, que fue luego obispo de Santa Rosa de Copán.

Me acuerdo bien de mis amigos de barrio y compañeros en el equipo Juvenil de Guadalupe; algunos de ellos eran Santiago Campos, Antonio Leiva, Fello Zúñiga y su hermano Beto; el portero era Tulio González. Algunas de mis compañeras de escuela más cercanas en Guadalupe eran Judith González y Zeneyda Rodríguez. No conservo fotografía de mi niñez, tan solo de mi juventud, en el colegio San Luis Gonzaga.

Hice mi primera comunión el 12 de diciembre de 1935 a los siete años y unos cuantos meses; recibí la eucaristía por primera vez del padre Alfonso, que era un salesiano de nacionalidad polaca. Ya se daba formación como preparación a la primera comunión, y algunas catequistas de aquella época fueron Rosa Bejarano, mi hermana Bárbara Trejos, Francisca Thames y Chepita Rojas, entre otras. Ya para mi confirmación y primera comunión había un templo pequeño en mi comunidad, en el

mismo lugar donde está el actual, en un terreno donado también por mi tía abuela Petronila Trejos; ella era una señora soltera con varias posesiones; no alcancé a conocerla, pero mi hermana Guadalupe sí, y es la que me ha contado y dado referencias sobre tía Petronila. Ella donó el terreno donde se encuentra actualmente el centro vocacional de la diócesis de Cartago, en Sabana Grande de El Guarco, era una mujer muy generosa.

En noviembre de 1940, y con once años y medio, llegó el día de mi graduación de la primaria en la Escuela Jesús Jiménez y, con ello, el fin de mi niñez y entrada a la juventud. Recuerdo muy bien aquel acto de graduación, que estuvo a cargo del director de ese tiempo don Vicente Bianchini. La “Jesús Jiménez” era para entonces ya una escuela con muchos alumnos. Un gran compañero mío de la primaria fue Agustín Salguero y que lo fue también en el colegio; tan compañero que estudiábamos juntos, y él no habría estudiado si no fuera porque yo le prestaba los libros, aunque él se adueñaba de ellos. Eso parte del martirio mío en el colegio, porque tenía que estudiar como él estudiaba; pero eso fue parte de mi modo de ser tal vez, de ayudar al otro, y fueron cosas que se nos enseñaba en la casa.

Otro compañero que se graduó conmigo fue Emilio Piedra, que tuvo aquella radioemisora Victoria, mejor conocida como Radio Victoria, que dio la alarma para salvar tantas vidas para la avalancha del Reventado en 1963. Se graduaron también conmigo Olman Quesada y José Rafael Quesada Obando. Debo confesar que yo fui muy mal matemático, lo mío eran las letras desde la primaria, y así siguió siendo en la secundaria. Lo que más me gustaba era Estudios Sociales, sobre todo por la historia, pero en efecto, los números no eran lo mío.

II Parte

De la primaria a la secundaria: aires de juventud. De 1940 a 1946

En esta segunda sección, nos lleva monseñor Trejos a hacer un viaje apasionante. Son los años 40, una década crucial en la historia costarricense, una época que trazó el camino de las grandes transformaciones sociales y políticas, cuyos efectos aún pueden palparse en el ideario de la vida nacional, y él, monseñor Ignacio, fue testigo de aquellos acontecimientos; por lo que conocer de primera mano su itinerario es, de algún modo, acercarse también a los hechos que suscitaron el inicio de una nueva etapa en la historia de la vida nacional, aun cuando el mundo entero se debatía en una crisis originada por la II Guerra Mundial. El colegio San Luis Gonzaga marcó el paso del futuro sacerdote, en un ambiente de total normalidad; fueron sus vivencias y experiencias, un reflejo de aquellos aires de juventud.

Ya terminados los seis años de la primaria y tras graduarme en la escuela Jesús Jiménez Zamora, en el mes de noviembre de 1940, y tras las vacaciones, inicié una nueva aventura: la secundaria. La Costa Rica de los años 40 era muy diferente a

la actual; había mucho analfabetismo; para escribir y leer cartas se contaba en Guadalupe con mi papá, que era de los pocos alfabetizados entonces. De mi barrio entramos solo tres al colegio, y al final llegamos dos al bachillerato; y es que existía hasta hace algunos años, la idea de que ir a la escuela y el colegio era una vagabundería, pero sobre todo, se decía que los padres no enviaban a las muchachas al colegio para que éstas no aprendieran a escribir cartas a los novios, y a los varones no se les mandaba porque se requerían en el campo para los trabajos agrícolas y para arriar el ganado, de modo que finalizada la escuela eran pocos los que seguían estudios en la secundaria.

El “gusanillo” de la vocación y una vida normal en el colegio

Terminada ya la primaria en la escuela Jesús Jiménez, debí tomar una decisión en mi vida. A mí me pasaba por la mente ser salesiano, eso fue lo que visualicé yo cuando me surgió la idea de una futura vocación sacerdotal; sin embargo, una vez que estaba con mi papá en su finquita cercana a la casa, y mientras escogíamos café –por la llamada repela–él me preguntó de manera determinante: –¿Nazareno, vas a los Salesianos o te vas al San Luis? A lo que yo contesté: –Me voy al colegio San Luis. Éste era ya por entonces un colegio mixto, por lo que tuve igual amistad con varones como con mujeres, en un ambiente totalmente normal.

El director del colegio en ese tiempo era don Víctor Lizano Hernández, los primeros cuatro años de mi secundaria, el último año el director fue don Carlos Caamaño Reyes, hijo de doña Mina, mi maestra de escuela; mi profesor guía todos los cinco años fue don Rogelio Robles Peralta, que fue como un padre con

nosotros; muchas veces corrigió mensajes que algún atrevido le mandaba a alguna muchacha. Don Rogelio era un hombre muy noble y respetuoso; él sabía que yo no podía con las matemáticas, y me salió una tesis simple de bachillerato, tenía que aprobarla; esa era otra prueba de que Dios me quería para “padre”.

Para ese tiempo, uno se graduaba en Ciencias o Letras; lo mío eran las Letras, y aunque no fui un estudiante brillante debo decir que sí era muy esforzado. No leí mucho en el colegio, más que aquello que asignaban los profesores, lo mismo que no me dio por escribir; incluso lo de crear poesía fue algo que me dio por hacer ya siendo obispo en San Isidro de El General. Tuvo que ver mucho el hecho de que mi profesor de Literatura en el colegio no era muy bueno que digamos... me reservo el nombre; y es que le daba por criticarlo todo y conmigo fue muy adverso. Yo sentí ese vacío en Literatura, porque a mí y a mis compañeros nos faltó la guía de un buen profesor en ese campo.



Colegio San Luis Gonzaga, IV año B con el profesor Robles.
En la primera fila de pie, tercero de derecha a izquierda, el joven Ignacio Trejos.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Fui al colegio San Luis Gonzaga porque no existía aún seminario menor en el país; existía el Colegio Seminario, de los padres paulinos, que también estaban a cargo del Seminario Central, por entonces ubicado detrás de la Curia Metropolitana, en el sitio que actualmente ocupa el Banco Popular; pude haber ido ahí porque había una beca en Cartago para quien quisiera ingresar al Colegio Seminario, pero la señora encargada de asignar dicha beca dijo que ella nunca me oyó hablar a mí de vocación; esa señora no se preocupó porque yo obtuviera esa beca, aunque me conocía bien, incluso ella fue compañera catequista, pero seguro no me tenía buena voluntad. Veo ahí nuevamente la providencia, porque papá tenía medios, y al dárseme a mí una beca podría a lo mejor sentirme presionado o comprometido, a seguir tal vez una vocación que no era la mía.

La Segunda Guerra Mundial había estallado ya en 1939, y transcurrió mientras yo estaba casi finalizando la primaria. Leíamos noticias en los periódicos sobre la guerra. Al inicio de ésta, recuerdo haber oído sobre la Línea Maginot, en Francia, que si los alemanes la pasaban o no. Tenía 11 años entonces, pero lo recuerdo perfectamente. Estando en el colegio leí la *Mystici Corporis Christi* de Pío XII, y que escribió en plena guerra; supe también de los radiomensajes que él como Sumo Pontífice dirigía al mundo, mientras se libraban aquellas batallas, lo mismo que leí por aquellos años para el bachillerato la Carta Pastoral de monseñor Sanabria sobre vocaciones al seminario.

De chiquillo no leía mucho. Yo escuchaba que mis compañeros leían revistas como *La Sombra*, y que iban al cine; yo no tuve oportunidad de ir a ver películas. La primera vez que fui al cine, fue al Teatro Apolo, a ver la película “Don Bosco”, una película

basada en el libro de Hugo Wast y titulado “Don Bosco y su tiempo”; leí también ese libro tiempo después. Eso decía mucho de la afinidad que yo tenía con los salesianos, que los teníamos cerquita de Guadalupe; de niños íbamos allá especialmente en el mes de mayo, y cantábamos en el rosario aquel canto mariano tan bonito: “Venid y vamos todos con flores a porfia, con flores a María, que Madre nuestra es”.

Profesores y compañeros del colegio en mi recuerdo

Volviendo al colegio San Luis, recuerdo a otros profesores que tuve allí, tales como Jorge Mata Oreamuno, que le decíamos “Guayabito”, y que era hermano del padre Alberto Mata, que fue mi profesor de religión en primer año. Don Jorge era el director de la banda estudiantil, y cuando llegaba con uniforme al colegio, algunos muchachos se ponían a molestar, a lo que él decía: –Aquí solo se comportan como caballeros Noltenius y Trejos, los demás no; yo era muy serio y no entraba en ese juego de ellos, y Noltenius era un estudiante salvadoreño de origen libanés, que tampoco molestaba al profesor. Recuerdo que el examen de música era solo sobre el pentagrama todos los cinco años. Pero a mí no me alcanzó como para estar en el coro o la banda del colegio.

Otro profesor nuestro fue don Mario Sancho. Me gustaban mucho las lecciones de ciencias, porque teníamos a un gran profesor, que era don Rubén Torres Rojas, pero además me gustaba muchos los idiomas, sobre todo francés, cuyas clases eran impartidas por Renée Cabezas Duffner; inglés nos impartía

la clase Jorge Cusakis, que era un griego. Otro gran profesor mío y que impartió dibujo y trabajos manuales, fue don Juan Ramón Bonilla Aguilar, el gran escultor, autor de La Maternidad, y que creó también la estatua de Pedro Calderón de la Barca, ambas están en el Teatro Nacional.

Profesores de religión míos en el colegio San Luis Gonzaga fueron, aparte del padre Mata que viajaba entonces desde Tibás, el padre Enrique Bolaños que viajaba de Paraíso y que luego pasó a San Rafael de Oreamuno; el padre Francisco Herrera, que era cura en Tejar, y en el último año me dio el padre Carlos Gálvez, gran amigo de monseñor Sanabria; tan amigo, que cuando estuvo de cura en la Basílica de los Ángeles, y el arzobispo pasaba por allí, interrumpía cualquier actividad o reunión en la casa cural y decía a los presentes: —¡Me lo robo!. Y se iban ambos a la propiedad que la familia Sanabria Martínez tenía entonces en Potrero Cerrado, donde monseñor solía pasar sus ratos de esparcimiento con parientes y amigos muy cercanos, el padre Gálvez entre ellos; era la forma como ambos escapaban del ajetreo que conllevaba la tarea pastoral, que era muy agitada.

Ya en el último año de colegio, recuerdo muy bien entre mis compañeros a Jorge Luis Villanueva Badilla, que fue un abogado y político cartaginés muy destacado; él había tenido un problema con un profesor nuestro, y por eso se fue en cuarto año al Colegio Los Ángeles, en San José, pero en quinto año volvió y terminó el bachillerato conmigo. Otro compañero mío fue Álvaro Hernández Piedra, político que llegó a ser ministro de don José Joaquín Trejos Fernández; otros de los compañeros fueron Ricardo Mata Arias y Néstor Mata, éste último hijo del propietario del aserradero Mata, de nombre Néstor, y por eso a

su hijo le decíamos “Tillo”. Recuerdo como compañera en el San Luis también, a Conchita Rossi Arias, quien estuvo conmigo en primero y segundo año; ella vive todavía.

Mi juventud fue como la de cualquier otro muchacho. Incluso, recuerdo que una vez, me animé y le dije a una muchacha que había sido compañera mía en la escuela, y que era de Guadalupe de Cartago, que si quería ser “mi amiga”; pero ella, que a lo mejor había visto en mí inquietudes vocacionales al sacerdocio, me dijo: –Yo veo que usted tiene deseos de seguir estudios en el seminario, porque desea ser sacerdote, y si es así, yo no quiero interponerme en esa decisión, así que mejor no.

Aquella respuesta de la muchacha la tomé yo como una señal del cielo, que Dios me enviaba para seguir mi formación al sacerdocio. Ese hecho, y otros que había vivido en mi juventud, reafirmaron mi deseo por abrazar la vida sacerdotal, porque yo sentía ese llamado de Dios muy fuerte en mí.

En cuanto a los exámenes finales de bachillerato, debo apuntar que me fue muy bien en aquello que me costaba mucho, que eran los números; pero no pasé la prueba de Educación Ciudadana y por solo un término; yo no sé si fue que no lo explicaron bien y no comprendí como debía, o simplemente lo olvidé al momento de realizar el examen; se trataba de “Elementos étnicos de la población”, la cosa es que tuve que repetir el examen antes de entrar al seminario. Recibí mi título de bachiller ya usando sotana como seminarista de primer año en 1946, eso llamó mucho la atención de los asistentes.

Eran otros tiempos, apenas eran dos grupos de quinto año, y al final nos graduamos un total de 30 estudiantes. Mis ansias por

entrar al seminario, ya terminada la secundaria, eran muchas, por lo que me sentí feliz cuando cerré ese ciclo en el colegio San Luis Gonzaga, y orgulloso de lucir la sotana cuando fui a recibir mi título de bachillerato.



Graduación de Secundaria 1946.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

III Parte

El seminario: el inicio de una llamada de Dios. De 1946 a 1952.

El joven Ignacio se encamina a una aventura, que, aunque muy humana y terrena, está motivada por la Divina Providencia: el llamado a una vida sacerdotal. Aun con las dudas propias de la juventud, y el nerviosismo natural de quien sale de un pequeño barrio, al bullicio del centro de la capital, pero con la quietud y el sosiego de una vida recluida entre el estudio y la oración. Así da inicio la vida del joven Ignacio Nazareno, el seminarista, en su búsqueda vocacional, que será coronada felizmente en Roma con su ordenación presbiteral.

Llegó por fin el día esperado por mi persona, el ingreso al seminario, que estaba entonces en el centro de San José, próximo a la catedral metropolitana, como indiqué anteriormente. Unas semanas antes, en diciembre de 1945, llegando a casa después de haber estado cogiendo café en la finca de Purires, en Sabana de El Guarco, me encontré una visita, era mi compañero de colegio, Edgar Rivera Garita, de San Rafael de Oreamuno, y me dijo: —¿Vos qué, no es que ibas a entrar al Seminario? Porque yo sí, y ya tengo todo listo, hasta los zapatos de fútbol. Y prosiguió:

—¿Vos qué has hecho?... ¿qué esperás? ¡Movete! Y entonces, al día siguiente fui a conversar con el padre Rubén Odio Herrera, que era mi cura párroco. Aquella llamada de atención de mi amigo Edgar, fue como algo providencial; una señal más del cielo, de que el Señor me quería para su santo servicio. Por cierto, Edgar y yo fuimos compañeros en el seminario por un año, pues él se retiró del proceso, y hasta llegó a laborar varios años en el extinto Banco Crédito Agrícola de Cartago, pero el Señor también lo quería para que sirviera a su Iglesia, por lo que regresó tiempo después y llegó a ordenarse, y vive aún. Él reside en Heredia y tiene más de 96 años; aún nos comunicamos él y yo, aunque sea de manera ocasional.

El viernes 8 de marzo tomé mi valijita de madera, allí llevaba mi ropa. Gilberto Navarro Cordero me acompañó hasta la parada “Sacsá”, que desapareció hace varios años atrás. Gilberto, que ya falleció, era un muchacho más joven que yo; él después siguió estudiando y llegó a ser profesor de matemática en el colegio La Salle. Nos fuimos a pie de Guadalupe al centro de Cartago, él me llevó la valija. No se acostumbraba que la familia lo fuera a dejar a uno al seminario, tampoco iba gente de la comunidad, se llegaba allá solito. Cuando uno se enfilaba para ingreso al seminario tenía tal vez un trato distinto, y a algunos los iban a dejar, por lo menos a la puerta del seminario, pero yo me fui solo.

Mi llegada al seminario y el inicio de una gran aventura

Ya en el seminario mayor, en San José, fue el joven Álvaro Coto siendo seminarista, —futuro padre Coto Orozco—, quien me presentó ante el rector a pedido del cura párroco Rubén Odio;

el padre José Ohlemüller estaba entonces a cargo de la rectoría. Yo iba muy nervioso, como sucede cuando se inicia una experiencia de esta naturaleza. Ese año ingresamos 18 estudiantes; se multiplicó la población seminarística, y los cuartos que eran para dos huéspedes los dividieron con biombos, por lo que una habitación para dos servía para tres seminaristas. Hay que imaginarse a 40 muchachos en aquel entorno tan estrecho del antiguo edificio, caminando en los recesos para atrás y para adelante en aquel ambiente de estrechez física, pero eso sí, en recogimiento espiritual.

Hermanos legos paulinos estaban a cargo de la cocina y la panadería, así como a cargo de la finca en Paso Ancho, especialmente los hermanos Matías y Antonio, que los recuerdo como dos personas santas. Nosotros mismos servíamos la comida en los distintos turnos, y durante el almuerzo y la cena se leía parte de la escritura en latín, seguida luego de alguna lectura especial, como la vida de los Papas, y otros textos, esa era la costumbre entonces; ese oficio de leer era asignado por el director espiritual, que en mi tiempo era el padre Guillermo Hennicken.

En mis primeros años de formación sacerdotal, tuve por profesores, aparte del padre Ohlemüller, entre otros al padre Juan Zingsheim, que nos impartió la filosofía, y encargado de la liturgia; el de latín era el padre Huberto Althoff Weitzel, de griego el padre Juan Koch, que nos daba canto también. El padre rector, José Ohlemüller, como buen alemán, era de carácter fuerte, pero a mí me trataba de manera especial, tal vez porque conoció a mi primo, así que yo le era algo familiar. Ohlemüller fue rector mis primeros dos años; él era canonista con un

doctorado en Derecho Canónico. El decano era en ese entonces Antonio Troyo Calderón, que llegó a ser obispo auxiliar de San José, sucedido por Román Arrieta Villalobos, que llegó a ser el quinto arzobispo de la arquidiócesis de San José.

Del viejo seminario, a las nuevas instalaciones en Paso Ancho

En 1948 asumí como rector el padre Cornelio Wunderlich, un hombre muy enérgico de carácter, aún más que el rector anterior. Yo estuve mis tres primeros años en el viejo seminario; para 1949, fuimos trasladados a Paso Ancho a las instalaciones que aún alberga al seminario actual. Cuando nos trasladamos al nuevo edificio íbamos con mucha euforia, pues sabíamos que ocuparíamos unas instalaciones tan nuevas que aún no estaban terminadas, y que tendríamos más espacio que en el viejo edificio, y hasta con habitaciones individuales. Ya en ese tiempo el decano era Héctor Morera Vega, que llegó a ser obispo de Tilarán, y que su buen humor se hacía presente en las reuniones de la Conferencia Episcopal, sobre todo para suavizar algunos temas algo álgidos.

Tuve por compañero a Fernando González Saborío, que sí llegó a ordenarse, pero murió trágicamente cuando regresaba de una reunión de clero, de Tilarán hacia Liberia; fue compañero también Jorge Rodríguez que se ordenó y después se retiró, lo mismo que Gonzalo Guerrero Arrieta que ejerció varios años y luego abandonó el ministerio. Entre los de Cartago tuve a Rodrigo Jiménez López, de Pacayas y que ejerció su sacerdocio en la parroquia de San Luis en Nicaragua por muchos años.

De Tejar de El Guarco, Luis Martínez Ortega, el muy conocido “padre Martínez”, muy querido en Cartago y ya fallecido, al igual que Rigo Jiménez. Edgar Rivera, como ya lo dije anteriormente, oriundo de Oreamuno. Coincidió en aquella época con Ricardo Blanco Segura, conocido historiador costarricense; él completó su formación eclesial, pero no llegó a ordenarse sacerdote.

En Paso Ancho, aunque las instalaciones eran nuevas y había más espacio, la vida no era distinta a como fue en el viejo seminario; había que tener vocación para no aburrirse porque la monotonía era mucha; esta es una valoración que hace uno ya con el paso del tiempo, entonces era lo normal. Por la mañana la eucaristía, luego clases hasta las 11:30 de la mañana, tras lo cual venía el almuerzo y luego dejar que el tiempo pasara, porque era prohibido hacer siesta, no se hacía deporte y tampoco se podía leer el periódico, y en general no se permitía lectura alguna salvo aquella que tenía relación con la formación propia en el seminario. Ni siquiera se hacía actividad física como lo hacen hoy los muchachos que realizan tareas de aseo, al menos dos o tres veces por semana; nosotros solo hacíamos aseo de las instalaciones el sábado.

Claro, debo admitir –porque llegué a verlo– que había alguno por ahí que compraba La Nación a escondidas y hasta tenía algún radio, pero eran casos muy raros y escasos. Nada de comunicarse por teléfono con nadie, tan siquiera con la familia, porque no había teléfono entonces en el seminario. Tampoco había área de juegos y esparcimiento, ni la piscina, que se construyó años más adelante. Cuando estábamos en el viejo seminario, los miércoles por la mañana nos dejaban ir un rato al estadio Turcios, en barrio Don Bosco, a hacer algo de deporte, pero claro, con sotana.

Salíamos tres domingos al mes, pero no a la casa; íbamos de paseo a La Sabana, Alajuelita, Desamparados, Santa Teresita en barrio Aranjuez, y siempre con sotana.

Había visita de familiares y amigos los domingos, excepto el cuarto domingo de mes, que estábamos de retiro espiritual. Solo íbamos a la casa a medio año; salíamos el 19 de julio, que en el viejo ordo era la fiesta de san Vicente de Paul, regresábamos en agosto y de ahí hasta fin de año. El padre Ohlemüller se quejó con monseñor Sanabria que nosotros hablábamos mucho en la habitación, en los corredores, a lo que el arzobispo contestó: – Verdad padre Ohlemüller, que ¿si a nosotros nos encierran todo el día ahí, como a estos muchachos, seríamos tontos si no nos pusiéramos a conversar?

Una que otra vez íbamos al teatro del Colegio Seminario, dirigido también por los padres paulinos, a ver alguna película. Recuerdo haber visto Monsieur Vincent, sobre san Vicente de Paul. El artista ahí del cine era el padre Ricardo Scheufgen, que era un gran físico del Colegio Seminario, tanto que fue él quien diseñó y confeccionó el reloj grande que se ubica aún en la segunda planta del seminario en Paso Ancho. Lo llamaban de los cines de San José cuando de reparar algún aparato se trataba, y él lo hacía gustoso, porque aparte de ser un gran técnico era muy servicial.

Nosotros disfrutábamos de aquellas películas gracias al genio del padre Scheufgen. Él fue además el ecónomo del Colegio Seminario y del Seminario Central. Aquellas veladas de cine eran algo ocasional; por lo demás, no había espacio para el esparcimiento o la diversión. De alguna forma eran pruebas

que los mismos padres alemanes ponían a los seminaristas a ver qué tanto discernimiento teníamos, por lo que desde luego muchos perseveramos, al igual que fueron muchos los que se iban quedando en el camino... había que tener vocación para estar ahí. A mí personalmente me gustaba ese estilo de vida, porque siempre he sido sedentario, era muy serio y a los padres les gustaba mi forma de ser, por lo que yo no tenía problema con esa disciplina de entonces, porque era mi ambiente.

La guerra civil del 48: el dramático trance que marcó a una generación

En 1948, prácticamente empezando mi tercer año de estudios en el seminario, estalló la Revolución, una guerra civil que solo se produjo entre los meses de marzo y abril de ese año, pero que fue muy dolorosa. Nosotros, desde luego, vivimos esos acontecimientos con desconcierto y temor. En mi casa se vivieron esos hechos muy de cerca. Cuando el padre Benjamín Núñez se preparaba para irse a La Lucha estaba en la casa cural de Cartago; a mi hermano José que era agente auxiliar de policía, le llegaban a decir: —Fulano de tal se fue para el frente. —José, no te metas... le dije yo. También recuerdo que le dije a mis hermanos José y Javier: —Acuérdense de mí, José Figueres va a salir por aquí. Y así fue, el 12 de abril, que cayó un viernes salió don Pepe con los combatientes, se llevaron a mis hermanos Javier y José.

Yo estaba en la casa porque se había retrasado el inicio de clases en el seminario, precisamente debido al conflicto armado, aparte de que tuve un salpullido y me reincorporé unas dos semanas

después. Ese 12 de abril estaba yo poniéndome la sotana para ir a misa, y en eso comenzó la cosa en serio. Oía que le decían a José: —“El revólver, el teléfono”, cosas que él poseía en la casa como auxiliar de policía. Ese mismo día, el padre Alberto Coto Fernández, que era el encargado de la parroquia en esos días, trasladó a pedido de monseñor Víctor Sanabria, el Santísimo Sacramento desde la parroquia de Tejar a la capilla de Guadalupe, que era filial de la parroquia de Cartago. Justamente, yo asistí al padre Coto Fernández durante la misa varias veces en dicha capilla.

Al día siguiente que el padre Alberto Coto trasladó el Santísimo a Guadalupe, yo lo acompañé a Tejar, y nos encontramos con que la casa cural de la parroquia había sido ocupada por los revolucionarios del ejército de Liberación Nacional, que Pepe Figueres había organizado con el propósito de derrocar al gobierno de Teodoro Picado. Allí pudimos ver a quien llamaban “Piche Monge”, que había sido alcanzado por una bala en el ojo, y yacía muerto en una acera, un poco antes de llegar a la iglesia. Para nuestra impresión, observamos que la casa cural había sido perforada por infinidad de balazos, pues fue escenario de la “Batalla del Tejar”. A mí aquellos hechos me afectaron profundamente, porque, aunque a mi papá los revolucionarios sí lo respetaron, mis hermanos José y Javier, y un buen número de vecinos nuestros, estaban presos en el colegio de San Luis Gonzaga, y no se sabía qué suerte correrían. Entre los vecinos presos estaba “Bigo Arias”, que era una persona muy conocida en el pueblo.

El conflicto estaría a poco más de una semana por terminar, y yo permanecía en casa por mi afección; los seminaristas vivimos

aquellos acontecimientos con mucha tensión, pues estábamos cada uno en nuestras comunidades, colaborando en lo que se pudiera, como parte del proceso de formación al sacerdocio, pero en un ambiente de incertidumbre a causa de la guerra civil.

El fin de la revolución, monseñor Sanabria y un cambio en mi vida

Finalizado el conflicto, se regresó al seminario a mediados de abril, aunque yo seguí en casa convaleciendo de mi malestar. Dos semanas más tarde, me reintegré a mis estudios y, con ello, el inicio de mi primer año de Teología. Conforme iba avanzando el proceso, éste se volvía aún más difícil, con mayores exigencias, tanto académicas como disciplinarias. Aquellas restricciones de entonces había que tomarlas con obediencia, si es que uno quería seguir ese proceso, aunque a veces nosotros mismos queríamos hacer alguna actividad salida de la monotonía. Por ejemplo, ya en Paso Ancho yo era el decano del Seminario, después de Héctor Morera, y le pedí permiso al padre rector en nombre de los estudiantes, para colaborar con los obreros llevando el cemento para chorrear el techo de la capilla, que estaba a medio terminar, así ayudábamos y de paso hacíamos algún ejercicio, y el padre Cornelio no me entendió mi solicitud y no nos dejó, como queriendo decir con ello que eso no era asunto nuestro, que quién nos metía a nosotros de obreros.

En 1950, en el patio hicimos una huerta y sembramos unas lechugas, algo pequeño, no era mucho el sembradío, tanto que llegó por ahí monseñor Víctor Sanabria y dijo: —¡En un solo plato me como yo esa huerta! Ese mismo año se colocó e inauguró la

estatua de monseñor Anselmo Llorente y Lafuente, con ocasión de cumplirse un siglo de la erección de la diócesis de Costa Rica, y en vista de que fue él su primer obispo.

En general, yo no era tan mal estudiante, aunque debo confesar que, ya avanzada mi formación en Teología, el derecho canónico fue un martirio para mí; impartía la clase el padre Ohlemüller, pero prácticamente lo que hacía era leer el código de derecho, sin mayor explicación, eso hacía que uno perdiera el interés en la materia, y es que el idioma español era una limitación de los padres paulinos alemanes, por lo que se limitaban a leer y explicar todo en latín, así era de la vieja escuela. Al final, uno aprendía porque Dios era muy bueno, y porque había que dedicar tiempo al estudio de forma rigurosa.

Completado prácticamente el quinto año de formación sacerdotal, y tras recibir el tonsurado, lectorado y acolitado, sucede algo que cambiaría el rumbo de mi proceso hacia el sacerdocio. Un día de setiembre de 1950, los seminaristas regresábamos de paseo hacia el Seminario Central desde San Cayetano; íbamos a pie, y de pronto se detuvo un taxi que llevaba a monseñor Víctor Manuel Sanabria; él iba preguntando a los grupos de seminaristas que dónde caminaba Trejos; al ubicarme me llamó y me dijo: —¡Esto es un rapto! Me llevó al Palacio Arzobispal. Allí me contó que él iba a asistir a la ceremonia de proclamación del dogma de la Asunción de María, por el Papa Pío XII, que sería el 1 de noviembre de ese mismo año, y quería que yo lo acompañara, para que siguiera estudios en la Universidad Gregoriana de Roma, como residente del Pío Latinoamericano. Yo dudé un poco porque mi mamá estaba enferma; ella recién había sufrido un derrame cerebral, eso me preocupaba mucho.

Pero el señor arzobispo insistió en que mi vocación era segura, y que además él era mi superior; finalmente, a mí no me quedó más que obedecer.

Monseñor Sanabria me tenía mucha estima, porque además de ser coterráneo suyo, pues los dos éramos de Cartago, yo era el decano del seminario y ello le permitía a uno tener cierta cercanía especial con el arzobispo; además, en 1950 sucedió un evento que, de algún modo, me acercó mucho a él. El 13 de mayo de ese año, se dio el hecho lamentable del robo de la imagen de la Virgen de los Ángeles en la basílica de Cartago, con la penosa y trágica muerte del guarda del santuario. Monseñor Sanabria se encontraba en Roma junto al padre Gálvez, cura párroco de Los Ángeles.

Cuando se supo del lamentable suceso, se pusieron en camino de regreso al país. Ya en territorio nacional, y afectado por lo sucedido, él quiso que se celebrara una misa a medianoche en la basílica el sábado siguiente, como acto de desagravio, a pocos días de acaecido el lamentable suceso. El padre Cornelio estaba enfermo y me hizo un encargo: –Dígale al padre Guillermo Hennicken –que era el director espiritual– que le conceda permiso para que usted y un compañero suyo vayan a contratar un bus a Paso Ancho, para viajar a Cartago. Y así fue; concedido el permiso nos fuimos en busca del autobús.

Salimos pues a Cartago y pasamos a una radioemisora, ahí el padre Hennicken dijo unas “frasitas”, como decía él, por decir “palabritas” (o frasecitas), y de ahí nos fuimos para la basílica de Los Ángeles, donde nos esperaba monseñor Sanabria, que se mostraba emocionadísimo, y a mí se me ocurrió tirarle los brazos; él me dio un fuerte abrazo, y podía ver yo las lágrimas del señor arzobispo.

Siempre he pensado que fue ahí, en ese preciso momento que pensó llevarme con él a Roma, aunque ya nos habíamos encontrado muchas otras veces en el seminario y en la catedral, porque cuando él celebraba allí, los seminaristas solíamos acompañarlo y asistirlo en las ceremonias especiales y los domingos en la misa de 10 am. Llegábamos dos estudiantes, que nos íbamos turnando para que monseñor Sanabria fuera conociendo a sus seminaristas. Desayunábamos con él después de la santa misa, y no faltaba su mascota, el perro “Chito”, que era un can grande y mechudo, muy hermoso, por lo que decía monseñor: –¿Verdad que Chito está muy bien provisto? Y después de desayunar nos dejaba solos para que degustáramos un poco de la repostería, y luego conversábamos un rato.

Un día de aquellos el arzobispo me preguntó: –Trejos, ¿qué está viendo en Moral? Yo estaba entonces estudiando el tema de Iustitia et iure, aquel enredo de los contratos; el curso era rotativo y nos tocó empezar con ese tema, y como tenía como compañero a monseñor Troyo que era un cerebro, y aunque iba unos años más adelante de nosotros, nos hacía el esquema de moral, para facilitarnos el estudio. Una vez que le comenté a monseñor Sanabria el tema, me dice: -Iustitia et iure: un tema muy fácil, porque los que pecan contra eso no se confiesan, y los que se confiesan no pecan en ese sentido. Así resumió monseñor Sanabria todo el curso, no se quebraba la cabeza con eso, además era muy práctico. Yo tengo presente eso sí, que el arzobispo era muy afable y cercano en el trato. Muy ordenado y cuidadoso de cada detalle en los oficios litúrgicos; había que estar atento a lo que él requería en cada momento de la celebración, como cuando administraba el sacramento de la Confirmación, porque él era muy correcto en todo.

Un viaje eterno a la Ciudad Eterna

Llegó el día que debía viajar a Roma en octubre de 1950, al lado de monseñor Sanabria. Fueron a despedirme al aeropuerto de La Sabana mis compañeros de grupo del seminario; de la familia me fue a dejar papá, mi tío materno Rudecindo “Chindo” Picado, mis hermanos José, Javier y Mamerta. Nos fuimos en un avión bimotor de KLM que salió del aeropuerto de La Sabana, la primera escala fue en Maracaibo, Venezuela. De allí volamos a Curazao, que por cierto aquellos calores y nosotros con sotana, tanto que jocosamente monseñor Sanabria me dijo: –Ve Trejos, con razón se llama “Cura-azao”.

Debíamos volar a Montreal en Canadá, pero había mal tiempo, por lo que nos dijeron que pasaríamos a Cuba, pero en eso mejoró el tiempo y volamos siempre a Montreal; ahí pasamos la noche, logramos asearnos y usamos el baño porque aquellos aviones eran tan sencillos que ni eso tenían. Recuerdo que monseñor no logró graduar el calor del agua y se quemó la espalda. Ya pasada la noche volamos a Ámsterdam, Holanda, y de ahí a Glasgow, Escocia, luego seguimos el viaje a Niza en Francia, para luego volar a Roma... todo un viacrucis para llegar a la Ciudad Eterna, como eterna fue la travesía.

Fue en el transcurso de tan largo viaje que tuve yo la oportunidad de conocer más de cerca a monseñor Sanabria, ya no solo al sacerdote, al pastor, obispo y superior mío, sino a la persona, al ser humano. Tantas horas de vuelo hicieron que tuviéramos largas conversaciones, mezcladas con espacios de silencio y de sueño causados por el cansancio. Habían pasado poco más de cuatro años de la Revolución del 48, y me contó muchos detalles,

pues, como se sabe, él fue un protagonista de aquellos hechos en el que debió mediar entre un bando y otro para buscar soluciones al conflicto y subsanar las heridas que dejaba la guerra civil, y hasta intervino directamente para que se realizara una tregua, de ahí que lo llamaran “Monseñor Treguas”.

Él era una figura muy respetada ya no solo como pastor de más alto rango en el país, sino como figura muy estimada por los políticos; la década de los años 40 fueron vitales para la vida nacional, y el señor arzobispo fue sin duda, junto a Rafael Ángel Calderón Guardia y Manuel Mora Valverde, bastiones de la gran reforma de donde resultaron las garantías sociales que aún hoy disfrutamos todos los costarricenses.

Buena parte del viaje estuvo acompañada por conversaciones relacionadas justamente con aquellos hechos de la guerra civil, ya bien conocidos. Entre otras cosas, me contó monseñor de cómo intervino para que aquel conflicto finalizara, y no se derramara una gota de sangre más. Desgraciadamente, su petición no fue atendida. Otilio Ulate se había refugiado en el palacio arzobispal mientras transcurría el conflicto. El arzobispo, que no tenía bandera política, y por tanto era imparcial, trató al huésped con tanta amplitud y acogida, que hasta llegó a cortarle el cabello, y lo hizo con las mismas tijeras con las que él se hacía la tonsura. Cuando el conflicto terminó, monseñor Sanabria dotó a Otilio Ulate de sotana y sombrero clerical, para que saliera disfrazado de cura del palacio, aprovechando además la penumbra nocturna.

Monseñor Sanabria sentía un gran deseo de contarme anécdotas vividas, y yo presté atención porque era una fuente de primera mano. Se refirió, entre otras cosas, al caso de la Junta Fundadora

de la Segunda República, de la que formó parte el padre Benjamín Núñez, quien tomó partido por la revolución en detrimento de su verdadera misión. No se puede tener certeza de si el arzobispo le concedió permiso para irse al frente como capellán. Lo que sí se sabe es que el arzobispo Sanabria se opuso a que Núñez formara parte de la Junta de Gobierno como ministro de Trabajo, toda vez que el padre era el director de la central sindical Rerum Novarum, y su papel como ministro de estado reñía con su misión sacerdotal y como líder socio-pastoral, que era el espíritu de aquella organización sindical.

A decir verdad, monseñor Sanabria le encargó organizar la Rerum Novarum, pero el padre Benjamín al final se inclinó por la vida política, y por más que sus intenciones fueran nobles y patrióticas, su misión como sacerdote de la Iglesia Católica era otra. Aquella actitud de rebeldía de uno de sus subalternos más queridos y brillantes fue, para monseñor Sanabria, una situación inmanejable, porque él siempre enfatizó el papel imparcial de su clero en cualquier conflicto que enfrentara a los costarricenses.

Pasada la revolución, el padre Núñez se convirtió en un mentor más de Liberación Nacional, que ya se había organizado como un partido político, que tuvo entre sus fundadores nada menos que al sacerdote católico cartaginés, tanto así, que fue en la finca de su propiedad, en Llano Grande de Coronado, donde se firmó la creación del partido. Ricardo Blanco Segura, que había sido compañero mío en el seminario, escribió que para Pepe Figueres era todo un privilegio contar entre sus filas políticas con la presencia del padre Benjamín Núñez, lo prueban los distintos cargos que tuvo en los gobiernos del partido Liberación.

Siempre en ese particular, durante el viaje a Roma, recordamos aquel episodio del año 1948, cuando monseñor Alfredo Hidalgo Solano, vicario general de la arquidiócesis de San José, pronunció una homilía por la que denunciaba la deslealtad de los revolucionarios, y el no cumplimiento del pacto por el cual se devolvería el poder lo antes posible a Otilio Ulate, que había sido elegido democráticamente como presidente en las urnas. En conjunto, la Junta de Gobierno se pronunció contra las palabras de monseñor Hidalgo demandando se retractase de lo que dijo en el púlpito, a lo que monseñor Sanabria, por el contrario, acuerpó a su vicario y afirmó: –Yo reafirmo todo cuanto ha dicho monseñor Hidalgo, dado que el vicario general conforma una persona moral con el arzobispo, y tanto más, que uno de los actores firmantes –refiriéndose al padre Benjamín Núñez– del acuerdo es miembro de nuestro clero nacional, y subalterno nuestro.

Tanto tiempo al lado de monseñor Sanabria me permitió conocerlo mejor. Era un hombre sabio, santo, pero una persona muy humana. Fue un hombre con los pies en la tierra. Murió muy joven y posiblemente habría llegado muy lejos. Se rumoraba entonces acerca de la posibilidad de que la Santa Sede lo elevara a la dignidad cardenalicia, pero él no hacía caso a aquellos comentarios, y más bien decía: –No, no, cardenales ya hay muchos en los bosques de Costa Rica; refiriéndose a ese pájaro tan común en América Central, y conocido como “el cardenal”. Pero, aunque evidentemente no se dio, bien merecido lo habría tenido, pues era en realidad un hombre brillante.

A monseñor Víctor Sanabria Martínez le consultaban incluso desde Roma, sobre asuntos relacionados con doctrina social, y

ante todo acerca de cuestiones canónicas, que era su especialidad. El padre jesuita Alberto Hurtado, hoy reconocido santo chileno, llegó a comunicarse con Sanabria para pedirle consejo y consultarle cuestiones de sociología pastoral, pues era una autoridad en esa materia, y una voz muy respetada en América Latina. Tal era la figura a quien tuve el honor de acompañar en aquel largo viaje a la Ciudad Eterna en octubre de 1950, hace más de 70 años ya.

Llegados pues a Fiumicino, el aeropuerto de Roma, y de ahí directamente al Pío Latinoamericano, monseñor pidió que me vieran el brazo porque lo llevaba hinchado, debido a la vacuna contra la gripe que me habían puesto en Costa Rica, que era un requisito entonces para entrar en Europa. Monseñor, algo apurado y preocupado por mi bienestar, lo primero que dijo fue: —¡Cúrenme a este muchacho ya! Ahí nos despedimos. Yo me instalé allí y monseñor Sanabria a lo suyo. Allá tuve que tomar una especie de curso de nivelación para ponerme a la altura de los seminaristas en Roma.

Mis estudios en Roma: crónica de una experiencia inolvidable

Poco después nos volvimos a encontrar monseñor Sanabria y yo en algún sitio de Roma; nos reunimos y compartimos un almuerzo con el padre Carlos Joaquín Alfaro Odio, que había concluido ya sus estudios en Quebec, Canadá, y llegaba a preparar y presentar su tesis doctoral de teología dogmática en la universidad Gregoriana. Cada vez que el padre se encontraba con monseñor Odio, que era su tío, éste le preguntaba: —¿Cómo va la tesis? Porque Carlos Joaquín había tardado mucho, debido

a que por la guerra tuvo que trasladarse de Roma a Quebec a seguir estudios, lo cual hizo que se prolongara su presentación de tesis. Estuvo con nosotros reunido también el padre José Vicente Salazar, que alguna espinita tenía porque justamente, de acuerdo con lo escrito por Ricardo Blanco Segura en su libro “Biografía de Monseñor Sanabria”, el padre Salazar y Benjamín Núñez habían propuesto la destitución de monseñor Sanabria, en connivencia con el señor nuncio apostólico, Luigi Centoz.

Aquello no se dio porque Pío XII apreciaba mucho al arzobispo, así como apreciaba bastante a Costa Rica, puesto que Julio Pacelli, quien era sobrino suyo, era representante de nuestro país ante la Santa Sede; él estaba muy bien enterado de la vida nacional. Por ejemplo, cuando me presentaron en el Pío Latino como estudiante costarricense, el Papa me preguntó: —¿Cómo sigue el presidente? Me contaron que lo atropelló una bicicleta. Hacía referencia a Otilio Ulate y el accidente que había tenido días antes.

Yo tomé mi estadía en Roma como un retiro espiritual. Fue una reafirmación de mi vocación; primero porque monseñor Sanabria me envió confiando en que yo iba a llegar hasta el final, y era un acto de confianza el solo hecho de mandarme, era un estímulo también, pero fue algo que tuve que asumir con responsabilidad. Aquello fue un cúmulo de sentimientos. Era la primera vez que salía del país; dejaba a mi mamá muy enferma. Con los años mi papá bromeaba con el hecho de que fue mi ida a Roma una de las razones que provocaron la muerte a mamá; por supuesto, lo decía solo como una broma, nunca se vio así, porque ya desde antes de emprender el viaje a la Ciudad Eterna, ella había tenido el derrame, tanto que el 13 de septiembre, a semanas de partir a Roma, la visité y debí abrirla los ojos para que ella me viera.

El desenlace sería inevitable. Mi madre falleció a pocos días de haber arribado yo a Roma; ello me produjo un profundo dolor, ella tenía 62 años. Fue el rector del Pío Latinoamericano quien me comunicó el deceso de mamá. Él quiso suavizar la noticia, pero yo sabía por dónde iba; me preguntó si había quedado alguien en casa con algún padecimiento, pero yo ya esperaba la infausta noticia. Los compañeros míos, que ya eran sacerdotes, oficiaron un mes de misas en sufragio del alma de mi mamá; eso fue como señal de amistad, que me confortó mucho en esos momentos. Además de eso el padre Carlos Joaquín Alfaro Odio me sacó varias veces a distraerme por los sitios históricos de Roma a ver antigüedades, gesto que siempre le agradecí mucho.

Era usual que después de merendar, por la tarde, y habiendo pedido permiso a los superiores del Pío Latino, uno podía salir a visitar la ciudad de Roma, ello hizo que conociera y me distrajera un poco del dolor que me produjo el fallecimiento de mamá. No podían faltar visitas al foro romano, al coliseo y a las catacumbas; pero nada de salidas sociales, mucho menos al cine, que ya los había muchos en la vieja e histórica ciudad.

Con guía en mano, me iba con mis compañeros a visitar los distintos lugares de la vieja Roma; algunos eran sitios históricos, otros de carácter religioso. Eran frecuentes las visitas a la Piazza del Popolo, entre otros sitios que ya eran muy concurridos. Un viaje que recuerdo bastante fue al Convento de San Benito, en Montecassino, y que fue dañado por los aliados durante la II Guerra Mundial. También visitamos Orvieto, y la catedral que conserva el milagro eucarístico aquel, revelado al sacerdote que dudaba de la presencia real de Jesús en la eucaristía. Un momento especial de mi estadía en Roma fue la proclamación

del dogma de la Asunción de María, el 1 de noviembre de 1950, acto solemne al que había acudido monseñor Sanabria. Nosotros como estudiantes del Pío Latino nos hicimos presentes a la Plaza de San Pedro, aquello fue una gran experiencia de fe, algo inolvidable.

Ya en el segundo año de seminario en Roma, en 1951, se unieron al grupo de costarricenses en el Pío Latino, Guillermo Malavassi Vargas, Víctor Brenes y Manuel Segura Castro, este último que era oriundo de Puriscal, sí llegó a ordenarse, pero más tarde abandonó el ministerio. Una salida especial junto a ellos fue cuando llegó a Roma don Alfredo Volio Mata, de parte del presidente, por lo que se nos permitió ir a saludarlo. Ese mismo año nos visitó monseñor José Fietta, que había sido nuncio apostólico en Costa Rica y llegaba ya a jubilarse habiendo prestado sus últimos servicios diplomáticos en Argentina, y quiso entrevistarnos porque decía que él tenía especial afecto por nuestro país; recuerdo el amor y el cariño que profesaba por nuestra tierra, se notaba que la quería mucho. Monseñor Fietta fue creado cardenal por el papa Juan XXIII en 1958.

Aparte de aquellas visitas no era usual que alguien lo llegara a ver a uno, mucho menos familiares, debido a la distancia y las circunstancias de la época. Recuerdo que sí me visitó, aunque fuera por curiosidad, don Eduardo Zúñiga Caballero, que luego me ayudaría mucho en la pastoral social de la diócesis de San Isidro. Él estudiaba medicina en Barcelona y andaba paseando por Roma; al final no terminó sus estudios y volvió al país.

Experiencias de mi paso por la Ciudad Eterna tengo muchas, especialmente de carácter religioso-espiritual. En la capilla del

Pío Latino asistí durante la misa al cardenal Giuseppe Pizzardo, que era nada menos que el prefecto de la Congregación para la Educación Católica en la Santa Sede. Tuve la oportunidad de estar personalmente con el papa Pío XII en dos ocasiones, cuando llegué a Roma en 1950, y cuando estaba ya por regresar en 1952.

La Roma que yo viví al inicio de la década de 1950 era, por mucho, el reflejo de una Iglesia que urgía un cambio. Aquella realidad que clamaba una renovación, un aggiornamento en todas las facetas; cambio que se dio en la década siguiente y que implicó un cambio de mentalidad; pero a nosotros se nos formó en aquellas prácticas preconciliares, y así fue por varios años más. Académicamente debí adaptarme a prácticas pedagógicas muy diferentes a las empleadas en Costa Rica. Tuve por profesor de historia nada menos que al confesor del papa Pío XII, un sacerdote alemán, José Leiber. Nuestro profesor de De trinitate era un jesuita francés, y autor del libro de filosofía, Luis Boyer; un italiano impartía el curso De Deo creante et elevante. Uno que fue muy ameno fue el profesor de paleografía, un hombre joven pero muy hábil en lo suyo, el padre Kenpf, y de historia moderna el padre García Villoslada. El decano era el padre Pedro Leturia, que impartió los ejercicios espirituales previos a nuestra ordenación presbiteral.

Mi ordenación presbiteral, hace setenta años: un designio de Dios

Compañeros míos en Roma y que además se ordenaron conmigo fueron el cardenal Adolfo Suárez, arzobispo de Monterrey, México; compañero del Pío Latinoamericano, ya siendo

sacerdote fue Luis Reynoso Cervantes, que llegó a ser obispo de Cuernavaca, también en México; monseñor Reynoso murió accidentalmente mientras se construía un paso entre la catedral y el palacio episcopal de su diócesis. El cardenal colombiano Darío Castrillón Hoyos también estudió conmigo; tuve ocasión de saludarlo en el Vaticano en mi última visita Ad Limina con la Conferencia Episcopal de Costa Rica. Castrillón murió en Roma en 2018.

Una vez concluidos los estudios debí presentar exámenes en la propia curia romana. Me fue conferido el subdiaconado, y poco después el diaconado. El 8 de marzo de 1952 fui ordenado presbítero por monseñor Alfonso Carinci en la capilla del Pío Latino. Monseñor Carinci llegó a vivir 101 años, y llegó a ser padre conciliar siendo muy anciano.

Con ocasión de mi ordenación tuve la asistencia de la madre fundadora de las Oblatas al Divino Amor, Sor Margarita Crispi, a quien le habían comunicado desde Costa Rica que se ordenaría un sacerdote costarricense en Roma, así que asistió a la ceremonia. Ocasionalmente andaba de paseo por Roma la familia Peralta Esquivel, doña Adelita y tres de sus hijas; les conté que sería ordenado próximamente. Ellas se preocuparon mucho por darme algún recuerdo, y me regalaron un cáliz con el que había celebrado la eucaristía Pío XII, y que yo usé para mi primera misa. Asistieron también Francisco de Paula Gutiérrez Ross, y otro señor llamado Teodoro Castro, que no sé cómo se enteró que yo me ordenaba.

La misa de mi Ordenación Presbiteral fue a las 10:00 a.m. La lejanía y las circunstancias de aquel tiempo no permitieron

que algún familiar mío me acompañara. Ese día se celebró una misa en Guadalupe para orar y bendecir al Señor por haberme ordenado sacerdote suyo. Nos ordenamos varios sacerdotes ese 8 de marzo de 1952; solo yo de Costa Rica. Dos eran de Filipinas, y otros dos de Haití; al final solo uno de los filipinos, y otro de los haitianos perseveraron, los otros dos abandonaron el ministerio sacerdotal; se ordenaron también tres mexicanos y un argentino de nombre Enrique Lódola. No fue una ceremonia muy larga, tal vez tardó una hora y treinta minutos.

Celebré mi primera eucaristía en la cripta de la basílica de Santa María la Mayor, en el mismo altar donde celebró su primera misa san Ignacio de Loyola. Pero podíamos celebrar hasta tres misas rezadas fuera del Pío Latino. A la misa celebrada en Santa María la Mayor me acompañaron algunas de las personas que estuvieron en la ordenación. Después de la misa hubo un pequeño agasajo con los asistentes, algo sencillo. Casi todos los asistentes eran compatriotas costarricenses.





Primera Misa en el altar de las reliquias de la Santa Cuna del Niño Jesús.
Basilica Santa María la Mayor, Roma 1952.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

IV Parte

Sacerdote para siempre: los inicios de una misión. 1952-1955

Así como todo en la vida tiene su comienzo, todo llega a su fin; y en esta parte relata monseñor el fin de sus estudios en Roma, que además son el culmen de su formación eclesiástica como un todo; aquella que dio inicio un 8 marzo de 1946 en Costa Rica al ingresar al seminario de San José, y que finaliza con su anhelada ordenación presbiteral, que providencialmente se da también un 8 de marzo de 1952 en Roma. Es ciertamente el final de una etapa importante en su vida, pero ante todo el inicio de una más trascendental: es el punto de partida de su misión sacerdotal. Nos lleva pues el padre Ignacio como tomados de su mano, para revivir junto a él, el inicio y desarrollo de su labor pastoral en su tierra amada.

Poco tiempo después volví a Costa Rica, ya quería volver a mi tierra, y mi primera misa aquí la celebré en San Rafael de Oreamuno, en la capilla en la que está sepultado monseñor Víctor Sanabria, que había fallecido pocas semanas antes. De esto hablaré con detalle más adelante.

Algo le decía a monseñor Sanabria que no viviría mucho, porque al llegar allá conmigo en octubre de 1950 expresó: —Vine a despedirme de Roma, aunque después volvió a visitarnos en mayo de 1952, y fue cuando decidió que nos regresáramos Guillermo Malavassi y yo; ya me había ordenado presbítero. Lo primero que hizo al verme fue decirme: —¡Padre Trejos, no he recibido su bendición! Monseñor Sanabria se puso de rodillas y yo lo bendije. Le impresionó mucho ver su nombre inscrito en las arcadas del Vaticano, junto a todos los prelados que asistieron a la declaración del dogma de la Asunción; y tal fue su asombro que me preguntó: —Padre Ignacio, ¿por qué usted no me había dicho que mi nombre estaba allí? Se alegró tanto que le dijo a una señora: —¡Vea, ese que está ahí soy yo! Así de humilde era el arzobispo.

Por alguna razón que solo él conocía en lo profundo de su ser, sabía que no llegaría a vivir muchos años; incluso recuerdo que estando en el seminario, cada vez que visitaba a los seminaristas repetía aquello de que su muerte estaba cerca. Es una pena que monseñor Sanabria haya muerto tan joven. Era un pastor con mucha autoridad, por quien obispos de América Latina guardaban un gran respeto. Por eso pensé que lo primero que debía hacer al llegar al país era justamente honrar la memoria de quien había sido mi pastor, quien tuvo tal confianza en mí como para llevarme con él a Roma, a fin de que siguiera mis estudios sacerdotales y ser ordenado allá.

Cuando llegó el momento de volver a Costa Rica, tuve hasta la oportunidad de pasar por París, Madrid y Londres, al menos ese era el deseo del rector del Pío Latinoamericano, que yo pudiera conocer un poco Europa, más allá de lo poco que habíamos

conocido mientras estuvimos en Roma; pero la verdad me iba a perder y a aburrir ahí solo, y hasta iban a decir que era un abuso mío andar viajando yo con medios de la Iglesia costarricense, además, eso no lo dispuso el arzobispo, por lo que le dije al señor rector que yo no quería tal cosa. Le dije: –Yo le desobedezco a usted, pero quiero ser fiel a mi superior en Costa Rica, y lo correcto es viajar directamente a mi país. Así fue como viajé con Guillermo Malavassi de regreso al país. Emprendimos el recorrido primero por tierra pasando por Turín, Milán, Florencia y Venecia, para llegar luego al puerto de Génova, donde nos esperaba el Américo Vespucci, que era el barco que nos llevaría de regreso a América, porque por vía aérea le resultaba más caro al arzobispado de San José.

Fue muy emotivo ver el momento en que se despedían allí los italianos que viajaban a Venezuela; los parientes se despedían de ellos con lágrimas, y para nosotros que veníamos abordo fue impresionante. El viaje fue una larga travesía de muchos días hasta América. Una vez que pasamos el Mediterráneo y salimos de Gibraltar, tuvimos un día terrible de mareo ya en mar abierto. Eso fue un día; después ya uno se acostumbra, pues no nos quedaba de otra. ¿Qué hace uno tanto tiempo en un barco? Bueno, yo celebraba la misa todos los días. Viajé con el padre Haro, un fraile dominico de Ecuador, y un español que no tenía muy buen carácter que digamos. Con ellos compartía mientras pasaba el tiempo en altamar. Cuando veníamos por el Atlántico, como a la mitad del recorrido, celebraron una ceremonia en el barco y quebraron unas botellas de sidra, era algo así como un ritual; allí la tripulación repartió un aperitivo a los pasajeros.

Salimos de Génova en junio y llegamos al puerto de Colón, en Panamá, en el mes de julio. Ahí pasamos la noche y viajamos al día siguiente en tren a Ciudad Panamá, para luego volar en la aerolínea “Lacsa” hasta San José. Como ya lo dije antes, lo primero que hice al tocar suelo costarricense fue ir a visitar la tumba de monseñor Sanabria y celebrar allí en su capilla, en San Rafael de Oreamuno, mi primera eucaristía en Costa Rica. Una señora vecina de allí, doña Juana Jiménez, preparó un desayuno. Esa señora me ayudó más adelante con la beca del padre Alexis Madrigal Ramírez, oriundo de Pacayas, cuando él decidió ir al seminario menor, y esa ayuda se extendió hasta el seminario mayor.

Poco después, el 31 de julio, con ocasión de mi cumpleaños celebré ya la misa solemne cantada, en Guadalupe. Ese día llegaba yo a mis 24 años; monseñor Miguel Chaverri quien era el administrador apostólico a la muerte de monseñor Sanabria, me concedió la licencia para oír confesiones y administrar los demás sacramentos.

El primer encargo pastoral de mi vida

El día 16 de agosto de 1952, inicié mi primera labor pastoral como vicario cooperador (coadjutor) en la parroquia Nuestra Señora del Carmen en Juan Viñas. El cura párroco entonces era Óscar Guillermo Quesada Chaverri, que fue muy amigo mío cuando estábamos en el seminario. Hortensia y Claudia, las hermanas del padre Quesada, eran quienes nos atendían en la casa cural. Ya existía la hacienda Juan Viñas, propiedad de los

Jiménez de la Guardia; el administrador era “Míster Straumann”, así lo llamaban; era un extranjero de fuerte carácter, y era el mandamás. Aquella gran finca, adquirida por los Jiménez de la Guardia en 10 millones, a la familia Lindo, era un feudo, pero que dio empleo y vivienda a miles de familias por muchos años, y lo sigue haciendo aún.

En Juan Viñas me correspondió atender las filiales de La Gloria, Infiernillo, Tucurrique, La Pastora; para llegar a esta última filial había que atravesar todo Turrialba. En La Pastora, un señor muy simpático llamado Ramón Jiménez, reventaba una bombeta para avisar que ya había llegado el sacerdote a celebrar la santa misa, a la que por supuesto acudían muchos feligreses. Cuando se hacía el santo rosario por la tarde se servía la cena y hasta un traguito de contrabando, además se oían confesiones en todas las filiales. Gente muy buena por aquellos lugares. El sacristán en la parroquia era don Víctor Mejía. Después de misa llegaba a desayunar todos los días la “Negra Anita”, que era una jamaíquina, y había en la casa cural una lora que se alegraba mucho cuando veía a Anita. Gente muy cercana a la Iglesia como el señor Miguel Guzmán que trabajaba en la finca, y su señora, doña Tina, que era muy amable y no faltaba a misa todos los días. Tengo presente a los Protti, los Goñi, los Mazza, los Dondi y a los Dotti, que eran familias europeas que se habían establecido allá.

Cuando se celebraba misa en La Pastora, que era por la mañana, en un día despejado se podía observar a lo lejos en el horizonte una pequeña isla, que sería la Isla Uvita allá en Limón... ¡una cosa bellísima! Desde La Pastora me tocó ir al Volcán Turrialba, a la finca La Central, de Los Castro, y era la primera vez que

subía yo al volcán, por aquellos caminos tan difíciles. Se llegaba en aquellos Jeep Willys, tan famosos. A mí me llevaban, porque el párroco no me permitió aprender a conducir; yo aprendí hasta que llegué a Pacayas, algunos años después. Estuve en Juan Viñas de agosto de 1952, hasta febrero del año 1953, año en que pasé al Seminario Menor de San Cristóbal.

Mis años como profesor y formador

En el Seminario Menor de San Cristóbal, me desempeñé como profesor de Estudios Sociales, y los fines de semana estaba como coadjutor de la parroquia de Cartago, cuyo párroco era el padre Enrique Bolaños. Allí en San Cristóbal me encontré con aquellos vientos tan tremendos, el lugar era por aquella época un poco retirado; hoy dichosamente hasta calle asfaltada existe para llegar allá, pero entonces era difícil el acceso. Pero monseñor Sanabria se impresionó con el templo de la comunidad, por lo que no lo pensó dos veces para hacer levantar allí el edificio del seminario, y nombró primer rector al padre Rubén Odio Herrera, a quien pidió se trasladara de Cartago a San Cristóbal; allí estuvo además del padre Odio, su sobrino, el padre Carlos Joaquín Alfaro Odio; el padre Delio Arguedas Arguello era el ecónomo, y aunque estuvo por solo un año, prácticamente fue el que levantó las instalaciones del seminario. El padre Delio, oriundo de Santo Domingo de Heredia, fue un gran promotor de obras sociales, como un continuador de la obra de monseñor Sanabria, así lo percibimos quienes lo conocimos.

El padre Henry Saborío impartía inglés. Estuvieron allí también

los padres Alexis Zamora y Julio “Pipo” Fonseca Mora, este último impartía las lecciones de música. El padre Odio fue el primer rector al fundarse el seminario en 1950, cuando yo llegué en 1953 ya el rector era el padre Óscar José Trejos. Recuerdo que había por ahí alguna discusión entre el padre Rubén Odio y el padre Delio Arguedas, y monseñor Sanabria decía: —¡Qué difícil para un obispo, cuando dos santos se pelean!

Algunos de los alumnos del seminario por aquellos años, y que llegaron a ordenarse sacerdotes fueron, entre otros, Álvaro Sanabria, Fernando Quesada, Juan Bautista Quirós, José Luis Cortés Salas, Juan Figueroa, Hugo Barrantes Ureña, que llegó a ser arzobispo de San José, Javier Solís, Arnoldo Mora Rodríguez, Guillermo “Memito” Solís, que había sido enfermero del hospital San Juan de Dios, así que a él le tocaban todos los casos de enfermos en el seminario, y él mismo terminó enfermándose, hasta poliomielitis le dio, que era una enfermedad muy común por aquellos años. El padre Solís llegó a ordenarse sacerdote porque el padre José Pauels se empeñó en que así fuera; él fue el responsable de esa vocación, así como motivó a otros más.

Memito Solís era todo un personaje, siempre buscando qué hacer en sus ratos libres, así fuera trabajando; incluso, ya ordenado sacerdote y estando en Cot, se iba por distintos lugares de Cartago a vender chiverres, para ayudarse él y ayudar a la parroquia. Una vez, pasó a una casa allá por San Ramón de Tres Ríos, a vender sus chiverres y se le fue uno que estaba en mal estado. El padre, que andaba sin sotana y no daba pinta de ser sacerdote, siguió su camino; pero otro día volvió por aquel mismo lugar, y pasó cerca de la casa donde había vendido el chiverre malo a la señora; lo

vio un chiquillo que gritó a la mamá: –¡Mami, mami... ahí va el viejillo calvo que nos vendió el chiverre podrido! Así, más de una historia recuerdo del padre Solís, que era tan sencillo, hasta en el vestir. Contaba cada historia; don Carmen Sánchez, maestro de obras que construyó el templo de San Rafael de Oreamuno, me decía: –¡Qué padre más exagerado para contar las cosas, es que ni él se las cree!

Siguiendo con el tema del seminario en San Cristóbal, recuerdo que éramos atendidos por las hermanas de La Asunción, congregación fundada por monseñor Sanabria, las mismas que más tarde se harían cargo por muchos años de la atención del Seminario Menor en Tres Ríos, y años después del Seminario Central en Paso Ancho.

En 1953 nos trasladamos a Tres Ríos, porque una vez fallecido monseñor Sanabria, el padre Alfonso Coto Monge que había sido párroco en Tres Ríos tenía mucha amistad con don Luis Malavassi y la familia, y le pidió que le regalara un terreno que tenía allá al norte del pueblo, y don Luis accedió y comenzó el padre Coto a poner manos a la obra, y ya para el año 1954 estábamos en las instalaciones del nuevo seminario. El padre Coto siguió allí como ecónomo, y el rector era el padre Francisco Herrera Mora. Yo estuve en el seminario de Tres Ríos como profesor de francés y de Estudios Sociales; también impartía un curso de botánica y era prefecto de disciplina. Yo creo que el papel me iba muy bien para impartir disciplina, porque me gustaba el orden: ¿qué le íbamos a hacer?... alguien tenía que realizar la tarea. Los muchachos me decían “Patrulla”, por aquello de vigilar el orden entre ellos.

Recuerdo cosas jocosas, en medio de la rigidez que uno tenía.

Resulta que un seminarista oriundo de Tibás, que no llegó a ordenarse, y de nombre Juan Arias, se estaba comiendo en una noche de tantas, una anona que posiblemente le habían llevado de la casa en alguna visita, y para que yo no lo sorprendiera metió la fruta aquella bajo las cobijas, con tan mala suerte que se durmió, y la anona estaba tan madura que aquello era un embarro al día siguiente, entre las sábanas y las cobijas; tanto, que cuando debió llevar la ropa de cama a la casa, la mamá lo reprendió y le dijo: –Pero Juancito, ¿qué chilate es ese que hiciste con la anona? Y así por el estilo; muchas vivencias, muchas experiencias que hoy quedan para el recuerdo.

A mediados del año 1954, también me encargó monseñor Odio ser capellán en el Sanatorio Carlos Durán los fines de semana, y durante el periodo de vacaciones del seminario menor, así que prácticamente no tenía tiempo libre. Tengo muy presente que ese año 54, celebramos con las hermanas de la Caridad de Santa Ana el Año Mariano, que declaró el papa Pío XII para conmemorar el centenario del dogma de la Inmaculada Concepción. Celebramos aquel acontecimiento de forma espléndida y muy solemne.

Estábamos en vacaciones, y una tarde de febrero de 1955 recibí una llamada de monseñor Odio, y recuerdo que me dijo: –Padre Ignacio, lo necesito en Los Ángeles. Me pedía el arzobispo que me fuera a la basílica de los Ángeles, porque hacía tiempo que el padre Gálvez quería renunciar por encontrarse enfermo; monseñor Odio quería de párroco al padre Alfonso Coto, pero él se hallaba haciéndole el tiempo al padre Román Arrieta Villalobos en Alajuela, por lo que el señor arzobispo me pedía que me hiciera cargo de la basílica hasta la llegada del nuevo párroco, y que sería en junio del mismo año. Yo le dije: –

Monseñor, no tengo ni tres años de ordenado y me manda usted a hacerme cargo de una parroquia como la basílica. El señor arzobispo no me dio ni tiempo de pensarlo, y me dijo: –Vamos a hacer una cosa, mañana yo llego al sanatorio en mi carro, lo recojo y lo dejo en la basílica... ¡así no más!

La gente lloraba porque el padre Gálvez se había ido, y llegaba yo, que, aunque era conocido por ser de Cartago, era muy joven para ser cura encargado de la parroquia; eso sí, se me quitó el cargo del seminario y la capellanía en el Sanatorio Durán, pues debía dedicar tiempo completo a la basílica, que demandaba mucha responsabilidad, porque además no tuve ayuda de ningún coadjutor, como se decía antes, yo estuve solo. Me hacía mucho daño el paso de la casa cural al templo, tanto que para la Semana Santa de ese año 1955 pasé disfónico. A pesar de todo no me fue tan mal; el padre Gálvez era muy organizado y tenía ya para ese tiempo un ecónomo, pero como yo estaba de paso no fue mucho lo que pude planear, para entonces se estaba construyendo la torre del noreste de la basílica, pero ya le tocaría al padre Alfonso Coto organizar aquellos trabajos como solamente él lo sabía hacer.

Justamente, a mediados de año llegó por fin el padre Coto, porque ya el padre Arrieta había regresado de algunas reuniones que había tenido en el CELAM. Yo igual me quedé colaborando con el padre Coto. Estando con él los sábados por la tarde le preguntaba: –Padre Coto, ¿qué misas me corresponden celebrar mañana domingo? Y él, seguro para probarme, porque yo era muy nervioso, me dejaba las misas de la mañana, por lo que debía levantarme muy temprano.

El padre Coto, como cura párroco, tenía su carácter, era muy

estricto con sus vicarios y demás colaboradores, porque era muy exigente con él mismo. Tenía mucha determinación para las cosas, y así era en todo. Se informaba siempre con algunas lecturas. Tengo presente que cuando nos sentábamos a desayunar, al tiempo que tomaba café leía una revista católica que le llegaba de España. El padre Alfonso fue en todo un campeón, gran pastor y promotor de vocaciones, que a mí personalmente me motivó muchísimo, y por eso, estar con él en la basílica, aunque fuera por poco tiempo, era muy edificante; estaba frente a un gran catequista, excelente predicador, en fin: un maestro, un padre espiritual para mí.

La basílica tenía entonces a cargo las filiales de Dulce Nombre y Aguacaliente, porque aún no eran parroquias. Había que ir a Muñeco del Socorro y Navarro, aparte de las misas del centro parroquial, que ya recibía a muchos peregrinos cada fin de semana. Pasadas las fiestas de la Virgen, el destino me deparaba una gran sorpresa, una gran alegría: era nombrado por primera vez como cura párroco.

V Parte

Nombramiento como cura párroco de Pacayas. Punto de partida para el cumplimiento de distintos servicios en la Iglesia: 1955-1967

El nombramiento del joven padre Ignacio como párroco, cosa que él ansiaba profundamente, significó a sus 27 años apenas cumplidos, no el cumplimiento de una aspiración personal, sino el designio de Dios para él, expresado en la voluntad del señor arzobispo, su superior. Aquella primera experiencia como pastor al frente de un rebaño, determinó en buena medida el carácter del sacerdote, cuyo futuro abriría paso a diversos servicios y responsabilidades, que habría de cumplir en la Iglesia.



Vista panorámica de la comunidad de Pacayas de Alvarado, al centro la antigua iglesia parroquial y la casa cural.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

En agosto de 1955 fui nombrado cura párroco de Pacayas, la que fue oficialmente mi primer curato. El nombramiento en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, en Pacayas de Alvarado, que recibí mediante telegrama de monseñor Odio, me cayó muy bien porque fue mi primer amor, la primera comunidad parroquial a mi cargo, y que habían sido curatos tanto de monseñor Odio como de monseñor Coto, a quienes yo apreciaba mucho y que tuvieron que ver tanto con mi vocación sacerdotal. Ahí fui muy bien recibido en aquella Pacayas de las vacas flacas, porque los agricultores pasaban entonces por una gran crisis; se sembraban aquellos papales y las cosechas solo dejaban pérdidas. El padre Fabio Prado Cubero, a quien yo sustituí como párroco, sembraba en sociedad con Mardoqueo Madrigal, para ayudarle a que las pérdidas fueran al menos compartidas.

Era la Pacayas de gente piadosa. Las hermanas salesianas, que tenían una casa allá, colaboraban mucho con el párroco y la comunidad. La casa entonces estaba en “El Bajo”, como llaman aún los pacayenses la explanada del centro de la comunidad, muy cerca de la casa de don Eloy Montero. Más adelante se trasladaron hacia el sureste del pueblo, donde tuvieron hasta un galerón donde recibían niños para impartirles la catequesis. Cuando llegué a Pacayas el padre Prado no se había ido todavía, él me recibió muy efusivamente.

Seminaristas de la parroquia en ese tiempo estaban Marco Antonio “Maco” Madrigal propiamente de Pacayas, y Julio Rodríguez que era de Capellades. Sacerdotes oriundos de la comunidad parroquial para esa época eran los hermanos Hidalgo, Clodoveo y Alfredo, Mardoqueo Varela, Jorge Calvo, José Manuel Cordero, los hermanos Benjamín y Santiago Núñez,

entre otros. En Pacayas organicé la Junta Edificadora y comencé la restauración del templo, aunque después me arrepentí de no haberlo hecho todo nuevo, pues tuve mucha ayuda con sacrificio del pueblo, y hasta nos ayudaron con cemento del Ministerio de Obras Públicas.

Las filiales de la parroquia en ese entonces eran Capellades, Cervantes, Santa Teresa, Buena Vista, Irazú y Llano Grande de Pacayas; las filiales se ubicaban –algunas de ellas– en pequeños poblados donde aún no existía siquiera una capilla para celebrar la santa misa, por lo que se nos prestaba la escuela para realizar los oficios, confesar, y a veces hasta para reunirse con la gente que colaboraba con la Iglesia.

Del centro parroquial recuerdo la devoción con la que se hacían las procesiones, algo maravilloso. Para Corpus Christi aquellas alfombras, que según me dicen se siguen haciendo hasta el día de hoy. Recuerdo cómo trabajaba Marcial, hermano del padre Rigo Jiménez, y en la música el maestro de capilla de entonces, que era Rafael Figueroa Aguilar, conocido cariñosamente como “Don Rafa”; él fue maestro toda su vida, y ya falleció hace tiempo. Pacayas fue siempre una comunidad muy colaboradora; ayudado por la junta edificadora hacíamos grandes turnos, y así en todas las actividades que realizaba la Iglesia, por lo que uno no se sentía solo.

Se logró remodelar el templo, así lo dejé yo cuando me fui de Pacayas; penosamente, ese templo remodelado pocos años atrás, fue el que se quemó al amanecer del viernes 14 de febrero de 1964, siendo cura párroco Miguel León. Por cierto, que el padre Alfonso Coto Monge iba llegando a la finca que él y la familia

tenían cerca de Llano Grande de Pacayas, y es que el padre Coto nunca dejó de ser agricultor; al ver aquella tragedia se fue con los peones a ayudar, y tratar de salvar la bellísima casa cural, que él mismo había construido unos veinte años cuando fue el cura de la parroquia. La casa se salvó, pero la iglesia no. Era un templo muy hermoso, con nuevo mobiliario, con altares de madera muy vistosos, y un altar mayor que había sido confeccionado con madera de cedro.

Personajes que recuerdo con cariño, como los hermanos Abdenago y Eduardo Montero, y a quien solo llamábamos Nago y Nelo, respectivamente. aparte de su hermano Lico, y Laudencio “Lencho” Rodríguez, que trabajaba con don Lico. De Lencho recuerdo muy bien que al saludarlo y preguntarle cómo había amanecido, él respondía: —Padre, amanecí como pantalón de pobre, de día puesto y de noche de almohada. Tengo recuerdos muy frescos de don Ángel Gómez y doña Nina, los papás de dos religiosas oblatas al Divino Amor, una de ellas la madre Auxiliadora, conocida como “Madre Gómez”, y sor Marina, ambas ya fallecidas. Sor Auxilio fue Madre General de las Oblatas en Roma; tuve mucha amistad con la familia Gómez. Los domingos por la noche solía ir a casa de don Ángel a tomarme una aguadulcita y a conversar con él.

Visitaba a doña Rafaela Aguilar quien había ya enviudado, por lo que no alcancé a conocer a don Modesto Jara, su marido. Conocí eso sí de muchachito a su hijo Carlos Javier Jara Aguilar, “Carlillos”, mi monaguillo. Él ingresó al seminario y llegó a ordenarse sacerdote a finales de los años sesenta; ya falleció hace ya varios años. Por cierto, quien me enseñó a manejar en Pacayas, fue un hermano de los Jara, y que vivía en Cartago,

de nombre Edgar Jara. Era una persona muy entretenida, y muy inteligente; redactaba muy bien, y hasta llegó a escribir en periódicos de Cartago. Recuerdo a un gran amigo de aquellos años, José “Pepe” Varela, el papá de las religiosas, y que era un gran colaborador de la comunidad. Mi peluquero era don José “Pepe” Fernández, a quien yo visitaba por lo menos una vez al mes para que me diera un corte de cabello.

El jefe político, como se llamaba entonces a la autoridad del cantón, era en ese entonces Juan Guillermo Brenes Castillo, conocido como “Cachimbal”, que fue diputado en cuatro ocasiones. Antes de Cachimbal, fue jefe político don Álvaro Masís; con los dos tuve yo muy buena relación. El mayordomo de la parroquia era Mardoqueo Madrigal, el papá de los sacerdotes Maco y Alexis. Este último era tan tímido, que el papá (Mardoqueo) fue el que habló conmigo para contarme que su hijo quería ir al Seminario, así que yo le ayudé, le conseguí una beca, que le alcanzó hasta que se ordenó sacerdote. Aquella beca fue otorgada por una señora, Juanita Jiménez, de San Rafael de Oreamuno.

La historia de Pacayas está incompleta, si no mencionamos a los patriarcas del pueblo, que de alguna manera gestaron, junto con sus familias, la formación de la comunidad, tales como Juan Pío Varela, Vicente Serrano, Esteban Martínez, Agustín Ramírez, entre otros. A los Montero, Aguilar y Jiménez, los mencioné anteriormente.

Mi sacristán en Pacayas fue Gonzalo “Chalito” López, a quien por cierto yo enseñé a manejar, y lo que son las cosas, él después se ganó la vida manejando la ambulancia del pueblo.

A mí me atendía en la casa cural doña Virginia Quirós, hija de María Ramírez, que llegó a vivir muchos años, una mujer muy devota y amante de la eucaristía. En general, Pacayas fue —y sigue siéndolo— una comunidad muy eucarística. Mucho deben los fieles al padre Prado, a quien yo sustituí como cura párroco, porque él difundió mucho en la comunidad y en sus filiales el amor por Jesús Eucaristía. Cuando yo llegué allá, me llamó mucho la atención algo que no había visto en otros pueblos, y es que cuando se llevaba la eucaristía a un enfermo, se izaba la bandera de la Iglesia, a las afueras del templo; eso decía mucho de la gran piedad y devoción de la comunidad.

Era costumbre entonces visitar la escuela, que por cierto lleva el nombre del presbítero Juan de Dios Trejos Picado, sacerdote de Guadalupe de Cartago, pariente lejano mío, y a la gente de Pacayas le llamaba la atención que yo tuviera los mismos apellidos de Juan de Dios, aparte de que ambos éramos oriundos del mismo lugar, y hasta me preguntaban si éramos familia. Como se sabe, el padre Juan de Dios fue el primer cura párroco; a su muerte en noviembre de 1912, sus restos fueron depositados en el atrio del templo, actualmente reposan a un costado de la iglesia, desde los tiempos del padre Marco Antonio Campos Quirós, una vez que el nuevo templo quedó finalizado. La comunidad de Pacayas quiso rendirle mérito a su primer pastor, pidiendo que la escuela llevara su nombre: “Escuela Pbro. Juan de Dios Trejos Picado”.

Dos pasos fugaces por Calle Blancos y Barrio Aranjuez

Yo estuve de párroco en Pacayas por un espacio de tres años y medio, de agosto de 1955 hasta febrero de 1959. Después de

mi paso por la que fue mi primera parroquia, fue trasladado a la coadjutoría territorial de Calle Blancos, que pertenecía a la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe. En Calle Blancos permanecí solamente por tres meses. De ese poco tiempo que estuve allí, recuerdo a gente muy querida, en especial a don Porfirio, un señor que era comerciante, muy colaborador con la Iglesia. A doña Cecilia Barrantes y a su tía doña Licha. A un señor que le decían “Norte”, que era encargado de la junta edificadora de la parroquia. Con él fui a visitar comercios en San José y, como todo, había gente que era muy dadivosa, otra no tanto. El templo de Calle Blancos se había incendiado, por lo que había que pensar en otro nuevo, y mientras tanto celebrábamos en la casa cural, que era amplia.

En Calle Blancos estuve, como dije, solo tres meses, pero viví algunas anécdotas. Por ejemplo, algo interesante es que los protestantes, que ya los había muchos en San José, organizaron una “semana del niño”, y nosotros les arrebatamos la idea; fuimos a los negocios a pedir algunas cosas como obsequios y golosinas. Organizamos el festejo, llevamos música y películas a los chiquillos. En eso nos ayudó mucho para la actividad el profesor Pepe Gómez, que era de San Rafael de Oreamuno, y fue seminarista; él ya falleció.

Como llegué en febrero de 1959, me correspondió celebrar en Calle Blancos la semana santa del aquel año; pero, pasados los tres meses en Calle Blancos, el señor arzobispo me trasladó a la parroquia de Santa Teresita, en Aranjuez, para sustituir al padre Carlos Gálvez, que fue trasladado como director espiritual al seminario menor de Tres Ríos. Recuerdo de allí a don Guillermo Rivera, casado con una señora muy bondadosa, y ambos

formaron parte de la junta de la parroquia. En la catequesis colaboraron mucho conmigo la señorita Ofelia Coto y otra muchacha llamada Sacramento, que tenía el gran carisma para convertir protestantes. Poco antes de llegar yo a Aranjuez, había fallecido nada menos que el fundador de la parroquia de Santa Teresita, el muy querido Ricardo “Cayito” Zúñiga, que había sido además profesor de Religión en el Colegio Superior de Señoritas.

En Santa Teresita me correspondió celebrar la fiesta del Corpus Christi, que fue como lo más relevante que pude vivir, porque ya en agosto de 1959, pasé al seminario menor. Curiosamente, yo reemplacé al padre Gálvez en Santa Teresita, y luego lo reemplacé también como director espiritual en el Seminario Menor Nuestra Señora de los Ángeles, en Tres Ríos.

Profesor y director espiritual en el seminario menor

En el seminario menor de Tres Ríos, que no era algo nuevo para mí, porque años antes ya había trabajado allí, desempeñé mi labor como director espiritual –como indiqué antes– en sustitución del padre Gálvez, que pasó a ser el rector, pero también realicé labores docentes. Allí impartí botánica, que me gustaba tanto; también impartí clases de francés, aunque fuera por poco tiempo. Entre quienes estábamos en ese tiempo, aparte del padre Gálvez, que era el rector, y mi persona, recuerdo al padre Rodrigo Castro Lépiz, que llegó a ser el rector en el seminario mayor, el padre Alberto Cordero y el padre Víctor Hernández, que era el ecónomo del seminario, sustituido más tarde por el sacerdote Eliécer Figueroa Quesada, un hombre

muy ordenado y recto; luego llegaría a ser el vicario de pastoral sacerdotal de la arquidiócesis.

En el seminario menor estuve de agosto de 1959 hasta 1962, pero las tareas no se limitaban solamente al seminario; por ejemplo, en 1960, terminadas las vacaciones residí donde las Hermanas Pobres de San Pedro Claver, que estaban a cargo del Hogar Domingo Soldatti, a orillas de las “perfumadas aguas” del río María Aguilar. Entre los pequeños que estaban en aquel hogar, estaba quien llegaría a ser el segundo obispo de Ciudad Quesada, Osvaldo Brenes Álvarez, y su hermano Pedro, que llegó a ser abogado, ambos ya de feliz memoria. Cuando Osvaldo era seminarista seguía viviendo allí en vacaciones, pues no tenía dónde estar, debido a que tanto él como su hermano eran huérfanos. Allí veía uno la presencia de Dios, que llamaba a quien él quería para su santo servicio, en el caso de monseñor Osvaldo, lo mismo que su hermano, quien llegó a ser profesional.

En dos ocasiones estuve cuidando la parroquia de Ciudad Colón. La primera vez para suplir al padre Romualdo Barrantes Cubero. La casa cural, hecha de bahareque, muy vieja, y estaba en tan mal estado que recuerdo ver los tomacorrientes guindando. En esa parroquia estuvo también el padre Rubén Odio, tercer arzobispo de San José. La segunda oportunidad que fui a cuidar de la parroquia fue cuando reemplacé al padre Zamora, un sacerdote nicaragüense que por su estatura llamaban “Zamorón”, y que estaba ya por acogerse al retiro. Tengo muy presente que, en una de esas ocasiones, para el mes de diciembre, organizamos la celebración de Las Posadas, y entre los chiquillos pequeños que participaron, estaba William Rivera Mendoza, que llegó a ser sacerdote, y primer cura de la parroquia de San Esteban, en

el distrito de El Carmen, en Cartago. Él era de Ciudad Colón, donde reside actualmente tras acogerse al retiro.

En Ciudad Colón estuvo también el padre Carlos Sánchez, que había sido maestro, y tras permanecer por muchos años impartiendo clases, había decidido formarse como sacerdote. Este padre llegó a tener frecuentes polémicas con don Ricardo Jiménez Oreamuno, que, a propósito de Ciudad Colón, decía: – Si llego a ser presidente, le cambio ese nombre tan feo que tiene ese lugar. Que originalmente se conocía como “Pacaca”. Aquel maestro, y posteriormente padre Sánchez, recuerdo que tenía una rara costumbre, y es que a los hijos ilegítimos los anotaba en el libro de bautizos con un nombre: a los varones los llamaba “Canuto”, y a las mujeres “Remedios”, sabrá Dios el porqué, pero era una práctica común en él; seguramente para distinguir los hijos legítimos de quienes no lo eran. Ese dato llegué a verlo yo mismo en los libros parroquiales. El padre Carlos Sánchez está sepultado en San Pablo de Heredia, lugar donde falleció.

Colaboré también por aquellos años en el Sanatorio Durán, como capellán, en sustitución del padre Henry Saborío Sortoressi, que había estado también en la parroquia de Tierra Blanca, pero que también terminó por pedir traslado, de tal forma que el arzobispo Rodríguez Quirós, me solicitó que fuera a cuidar de la parroquia, mientras nombraba a alguien allí. Solo estuve en la parroquia de Tierra Blanca por espacio de un mes, pues fui trasladado a la parroquia de San Rafael Arcángel, en Oreamuno.

Cura párroco en San Rafael de Oreamuno

En 1962, después de haber estado en Tierra Blanca, fui nombrado por monseñor Carlos Humberto Rodríguez, cura de la

parroquia de San Rafael Arcángel, en Oreamuno. Ya empezaba todo lo del Concilio Vaticano II, y se sabía que se iban a venir cambios importantes. No más llegando a San Rafael, le dije a la comunidad: –Entiendo que estaré pocos años acá, y que se ha venido destruyendo el templo por partes con el fin de restaurarlo, pero yo les propongo si ustedes están de acuerdo, levantar uno nuevo; eso sí, hay que ponerle entusiasmo, por las limitaciones que voy a tener, entre ellas, el tiempo.

Fue así como integramos la Junta Edificadora, como se llamaba antes, y se organizó muy bien, de tal modo que se fueron recogiendo semanalmente las contribuciones, con tarjeta como de polaco y dividido por sectores. Cada persona que contribuía quedaba anotada, presentaba la tarjeta al tesorero, que era Arturo Solano Chacón, quien semanalmente daba cuenta de lo que se iba recogiendo. Recuerdo muy bien que algunos de los miembros de la junta eran, entre otros, don Julio Meneses, Israel Martínez, Marcos Quirós Sanabria y Rafael Sanabria Solano; estos dos últimos sobrinos de monseñor Víctor Sanabria; Rafael estuvo poco tiempo. También formó parte de la junta edificadora don Rafael Sanabria Salas, que trabajó en el banco por mucho tiempo, y que fue compañero mío en el colegio San Luis Gonzaga. Era un señor moreno, de otros “Sanabria”, él no era pariente de monseñor.

Ahora bien, ¿por qué no conservar el templo viejo de la parroquia? Porque ya lo venían botando poco a poco. Cuando yo llegué, por ejemplo, el padre Fabio Chacón ya había dejado la sacristía nueva, y había sido construida la nueva mientras él estuvo allí, entonces ya no iba a ser lo mismo, aparte de que el nuevo templo que se pensaba hacer era más amplio, tal y como puede observarse actualmente. La iglesia antigua no era tan

pequeña, y tenía rasgos arquitectónicos muy llamativos, como tantos otros de ese tiempo, pero ya estaba deteriorándose, por lo que –como ya dije– propuse a los feligreses construir una nueva edificación, que resultó ser más amplia y moderna para la época, y más segura, por aquello de la frecuencia de los sismos en Cartago.

Tuvimos en ese momento la ayuda del artista Zenén Zeledón, quien diseñó y elaboró ese cuadro del frontispicio del templo, que quedó tan bonito; es el pasaje del sermón de la montaña, que llama mucho la atención del visitante. Esa es una de las tantas obras del escultor Zeledón. Él nos hizo también el vía crucis, que iba bastante avanzado cuando yo me fui de la parroquia; el frontispicio sí estaba ya culminado. Eran otros tiempos, claro, el dinero costaba verlo y tenía más valor, pero cada estación del vía crucis costó 500 colones.



En la casa cural, el padre Trejos con Zenén Zeledón, escultor del Viacrucis y el Frontis de la Iglesia parroquial de San Rafael de Oreamuno, que se observa en construcción. 1964.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

En San Rafael trabajé mucho con la JEC (Juventud Estudiantil Católica), y que en la parroquia la llamábamos JECO (Juventud Estudiantil Católica Oreamunense). Recuerdo que envié a José Rafael Ulloa Rojas (Chepito Ulloa), hermano de monseñor José Francisco Ulloa, al Centro de Juventudes en Colombia, junto con el padre Fernández, a quien por cariño llamaban “Pafer” (por decir Padre Fernández). Ya Chepito Ulloa venía trabajando de forma muy comprometida con la juventud de la parroquia. También participaron en aquellos encuentros el hoy médico, doctor Fernando Garzona Meseguer, y Alejandro Zawadzki, hermano de don Cristóbal, una persona muy allegada a la Iglesia y también muy colaboradora. Ahí trabajamos de la mano de Fray Antonio Lesera, y una religiosa bethlemita. Con ellos hicimos una labor muy bonita por la juventud de San Rafael de Oreamuno.

A propósito de los hermanos Ulloa Rojas, José Francisco, hoy monseñor Ulloa, fue mi feligrés en Pacayas, porque en la década de 1950 ellos vivían en Las Aguas, que pertenecía entonces a la parroquia del Sagrado Corazón. Después se pasaron a Cipreses y entonces fue feligrés mío en San Rafael. A mí me correspondió con la comunidad en Oreamuno, los preparativos para la ordenación sacerdotal, en el mes de diciembre de 1964. Yo le prediqué la Primera Misa, que se realizó en Cervantes. También celebró una misa en Cipreses, y esa eucaristía se la predicó el padre Enrique Nacken.

Pienso que algo tuve que ver con la vocación del padre Ulloa. Frecuentaba mucho Pacayas cuando yo era el párroco allí; él era ya estudiante del Seminario Menor de Tres Ríos, donde lo había tenido de alumno. La relación con doña Berta, su mamá,

era muy cercana, y en general con la familia. Incluso estando en San Rafael de cura párroco, presencié el matrimonio de Ana, su hermana menor, con Enrique Mora. Para entonces, el padre Ulloa no se había ordenado, ni siquiera era diácono, por lo que yo les celebré la boda. Ordenado presbítero, José Francisco ha sido llamado a cumplir, como ya se conoce, distintas tareas en la Iglesia, la más elevada de ellas, la dignidad episcopal, la cual cumplió con creces, y hoy es obispo emérito de Cartago.

Haciendo siempre memoria de la parroquia de San Rafael, recuerdo que el sacristán en mi tiempo era don Guido Poveda, al principio. Después estuvo don Juan Ramírez, y el maestro de capilla era don Julio del Valle, un gran músico, como varios Valle de Cartago. Don Julio, gran músico y maestro de capilla, estaba muy inquieto por lo que se veía venir con la reforma litúrgica, que resultaba del Concilio Vaticano II, y que en ese momento estaba desarrollándose, porque me decía: –Padre Trejos, ¿si vienen esos cambios que dicen, qué voy a hacer yo con toda esa música en latín acumulada por años? Tal era su preocupación.

Esa era una inquietud latente en todos, incluso en nosotros los sacerdotes, que tuvimos que aprender a decir la misa en la propia lengua, dejando el latín solo para algunas excepciones. Fue muy difícil ese cambio, pues yo viví en San Rafael el cambio a la nueva fórmula frente al pueblo (no de espaldas a la comunidad) aunque de manera progresiva, algo que resultaba nuevo para todos.

Aquellos cambios había que irlos asumiendo tanto en el centro parroquial, como en las filiales. A Cipreses iba a celebrar cada

ocho días la misa dominical, a la filial de La Puente no tanto, porque la feligresía era muy poca para entonces. La misa en Cipreses era los domingos a las 4 pm; allí tuve mucha ayuda de Jorge Coto, colaborador en sacristía y administración de la filial, y de José “Chepito” Castro, tío del padre José Alberto Quirós Castro. De allá recuerdo también a los hermanos Segura. Por cierto, que un sábado de tantos por la tarde, se veía caer una gran rayería hacia el noreste de San Rafael, y le dije a la cocinera: – Vea usted, esa rayería debe estar cayendo allá en Cipreses. Y, en efecto. Al domingo siguiente que debía ir a celebrar, me contaron que un rayo había caído sobre un ganado de don Carlos Segura, cuñado de don Israel Martínez. Ese día, don Carlos perdió siete vacas, producto de la rayería.

Una de las cosas más lindas que ha tenido la parroquia de San Rafael Arcángel, en Oreamuno, y que aún se conserva, es la Vela Nocturna, que en medio de la construcción del nuevo templo se siguió llevando a cabo, a pesar de las dificultades que aquello implicaba. Siempre se contó con adoradores de la comunidad, e incluso, más allá del centro parroquial. Recuerdo ver siempre a un adorador que venía desde Cipreses, y que jalaba su almuerzo para el día siguiente, así de devota era la gente; ese amor por Jesús Eucaristía se mantiene vivo hasta el tiempo presente. Siempre se mantuvo hasta un comité organizador de la Vela, lo que hizo que aquella hermosa práctica se mantuviera tan constante. Un gran colaborador de la Vela Nocturna fue don Manuel Antonio Monge Redondo, tío del doctor Guillermo Monge, tan conocido en San Rafael, así como la familia Pacheco, que entiendo que hasta hoy siguen colaborando para mantener viva la Vela de adoración al Santísimo Sacramento.

A propósito de los hermanos Pacheco, recuerdo a “Chon Pacheco”, como era conocida doña Concepción, una gran colaboradora en los turnos de la parroquia, lo mismo que su hermano Juan, Antonia Pacheco y Bernardo, que era de los menores. Casualmente, Antonia fue mi cocinera los últimos meses que estuve de párroco, vivió muchos años y falleció no hace mucho tiempo, llegó a cumplir el siglo de vida. De Juan Pacheco sé que fue por un tiempo sacristán de la parroquia, pero tiempo después que estuve yo de párroco.

Una cosa muy hermosa que se vivió mientras estuve en San Rafael, fue la colocación y bendición de la imagen escultórica del Sagrado Corazón de Jesús, que se ubica en el cruce de la carretera que lleva a la izquierda a los poblados de Cot y Tierra Blanca, y a la derecha a Paso Ancho, Cipreses y Pacayas, entre 1962 y 1963.

El creador de la obra fue el escultor costarricense Zenén Zeledón Guzmán, hijo del gran escultor don Néstor Zeledón Varela, y hermano de otro gran artista, Néstor Zeledón Guzmán. La imagen del Corazón de Jesús fue colocada a finales del año 1962, pero fue propiamente bendecida hasta 1963; el propio arzobispo de San José, monseñor Carlos Humberto Rodríguez Quirós, asistió a la ceremonia, y fue quien realizó la bendición de la imagen. Meses antes a la colocación de la obra, don Carmen Sánchez, que se encontraba edificando el nuevo templo de San Rafael de Oreamuno, construyó el pedestal sobre el cual se puso la obra. El muro de protección y los portones que dan ingreso a la imagen, son de años posteriores.



Cristo del cruce de Pacayas-Cot en Oreamuno. Escultor Zenén Zeledón, 1963.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

El Cristo del Cruce, como suele llamar la gente a esta imagen del Corazón de Jesús, fue idea de monseñor Víctor Manuel Arrieta Quesada, canónigo de la catedral de San José, al que llamábamos cariñosamente como “Arrietica”. Él me sugirió a mí la idea de poner una imagen de Jesús, que, abriendo los

brazos, diera la bienvenida a todos los viajeros que iban hacia las diferentes comunidades. El mismo padre Arrieta, conocido también como “Ludovico”, hizo las gestiones ante el semanario Eco Católico para pagar la obra.

Como párroco de San Rafael de Oreamuno, me pareció muy bien la sugerencia del padre Ludovico, por haber estado yo de párroco en Pacayas entre 1955 y 1959, y luego tener a cargo la filial de Cipreses; la colocación de la imagen la vi muy oportuna. El día de la bendición se unieron las comunidades vecinas como Cot y Tierra Blanca, Cipreses y Pacayas, y por supuesto la parroquia de San Rafael conmigo al frente, como cura párroco. Aquel día hubo peregrinación de feligreses, que acudieron a la ceremonia de bendición en 1963 y, desde entonces, el sitio se ha convertido en un punto de referencia; el “cruce” no solo es tal porque exista una intersección, sino, porque allí convergen habitantes cercanos y no tan cercanos, turistas nacionales y extranjeros.

Si hay algo que los feligreses vivían profundamente era cada semana santa, que se vivía en la parroquia de San Rafael con mucha piedad y fervor. La hermandad de Jesús Nazareno, que ya existía, daba lucidez a las procesiones, siempre tan concurridas, y siguen siéndolo aún en la actualidad. Pero es que la gente de Churuca siempre fue muy colaboradora, aparte de ser muy devota para todo lo religioso. Si tuve una comunidad comprometida verdaderamente con la Iglesia en todo lo que se organizaba, esa fue la parroquia de San Rafael Arcángel, de Oreamuno, desde los oficios religiosos, hasta los turnos y otras actividades; siempre conté con el apoyo decidido de los feligreses.



Padre Ignacio Trejos, en peregrinación con feligreses de San Rafael de Oremuno.
Cruce del Cristo, 1963.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Allí en San Rafael dejé yo muchos amigos. Recuerdo a don Francisco, “Chico Calvo”, un señor muy alto, que me imitaba a mí predicando; era un gran colaborador y un cantor en los coros de ese tiempo, hasta llegó a cantar en el Orfeón del Convento de los padres capuchinos. Anita Rivera, que era la gran artista con los monumentos de la iglesia para jueves santo; hacía unas bellezas, admiradas por todos los feligreses.

Estuve en la parroquia de San Rafael de Oreamuno por espacio de tres años, y aunque ya era una comunidad grande, estuve solo allí, no tuve vicario o colaborador alguno. En lo material, el proyecto del templo quedó muy avanzado, poco a poco logré levantarlo y por lo menos quedó techado. El maestro de obras, don Carmen Sánchez, era de Guadalupe de Cartago, y realizó una gran obra. Le encargué los planos a don Álvaro Robles. Como yo estuve en el seminario menor en Tres Ríos, hice la gestión para traer la madera del cielorraso de allí, de la finca del seminario. De allá venían los camioneros con aquellas tucas, para sacar la madera requerida para los trabajos. Sobre mi estadía en San Rafael, y la construcción del templo, escribió un pequeño opúsculo, el hoy obispo de Puntarenas, monseñor Óscar Fernández Guillén, por entonces encargado de los monaguillos de la parroquia.

Estaba ya por ponerse el cielorraso del templo, con esas maderas traídas de Tres Ríos, cuando llegó a visitarme el padre Enrique Nacken. Cuando vio la construcción me dijo: –Muy bonito todo, Trejos, pero no te va a tocar verlo terminado, aunque no me dijo el porqué. Ya la semana siguiente me llamó monseñor Carlos Humberto Rodríguez, que me necesitaba en el Seminario Menor, donde se me nombraba rector.

Justamente, yo presenté ante monseñor Carlos Humberto Rodríguez a José Alberto Quirós, con miras a que fuera admitido al seminario mayor. Recuerdo muy bien que, cuando lo acompañé a la curia, el arzobispo me dijo: –Padre Ignacio, entre usted primero. Fue en ese momento que me dio la noticia; una vez que recibió a José Alberto, le dijo: –Ya el padre Trejos no es su cura párroco; era el mes de febrero de 1965. Así culminé mi labor en la parroquia de San Rafael, y pasé como rector al seminario menor en Tres Ríos.

Mi paso como rector del Seminario Menor en Tres Ríos

Una vez que asumí el cargo como rector del seminario, y muy motivado por la nueva misión, le puse ganas al asunto. El tesorero del seminario era el padre Víctor Manuel Hernández, que también llegó a ser cura párroco en Pacayas; pero a mi llegada, yo le pedí al arzobispo que me nombrara allí como nuevo tesorero al padre Eliécer Figueroa, que hizo tan buena labor que incluso años más tarde sirvió como tesorero en el Seminario Mayor.

Mientras estaba como rector del seminario, colaboraba en la comunidad de Tres Ríos, que tenía por cura párroco al padre Alberto Cordero Amador, muy recordado porque fue quien edificó el nuevo templo. Siempre llegaba un carro por mí al seminario, para ir a celebrar a la parroquia. Por cierto, que un día de tantos, no llegó como de costumbre “Panchillo”, que era el chofer, sino que fue por mí el propio padre Cordero, y yo le pregunté qué había pasado con el chofer, a lo que él me dijo: — Ah, es que un señor que se iba a casar desistió del matrimonio, y ofreció todos sus muebles a la patrona, la Virgen del Pilar, entonces él se quedó para ir a recoger esa donación. Yo le dije al padre Alberto: —Ay Corderito, no fuiste a reunión de clero... ahí advirtieron que eso es un timo. Cuando llegamos a la esquina, muy cerca del parque estaba allí Panchillo. Y yo le dije al padre Cordero: —¿Le diste plata? Él me dijo: —Claro, para el transporte. Luego, el padre le preguntó al chofer: —¿qué se hizo el fulano? — Ay padre, me dijo que iba a comprar unos cigarros... y aprovechó para salir huyendo. Yo le dije a Corderito: —Mmm, esa plata no la volvés a ver. Bueno, son anécdotas que cuenta uno de aquellos años, aunque sean malas experiencias, pero sirven para aprender y no caer en otra de nuevo; además, da cuenta de que siempre ha

existido gente de mala fe, lo mismo que otros que nos confiamos demasiado de los demás.

Estaba conmigo en el seminario un equipo sacerdotal, pero también teníamos profesores laicos; entre ellos, Juan de Dios Trejos Solano, que impartía la materia de español. Decía el profesor Trejos: –Qué diferencia el estudiante de aquí, al estudiante de otros colegios de secundaria, ante todo su disciplina. Entre los sacerdotes estaban un padre de Moravia, que estuvo en el antiguo Vicariato Apostólico de Limón, y a quien conocíamos como “Quirosito”; él era el director espiritual. Los padres Heliodoro Granja González y Manuel Gayoso Díaz, ambos sacerdotes españoles ya fallecidos. El profesor de música era Luis Guillermo Calderón Ruiz, también fallecido. Alguien a quien veíamos como parte del equipo, era Joaquín “Piquín” Araya, encargado de mantenimiento del seminario, el papá del padre Jorge Araya Masís, de ahí que a él lo conozcan como “Pica”, por el papá; y es que ellos vivían muy cerquita, a la entrada nomás de las instalaciones.

Viene a mi mente la gran labor de promoción vocacional que hicieran en las distintas comunidades, los padres Víctor Hernández, Rodrigo Castro y Alberto Cordero. Ellos iban a solicitar ayudas para el seminario, y de paso transmitían a las familias la información para que los jóvenes que desearan estudiar en el seminario menor se matricularan; si convenía que siguieran en el seminario mayor, pues bien, si no –y eso fue una gran misión de la iglesia– que fueran hombres de bien y grandes profesionales, como efectivamente sucedió con tantos y tantos ex seminaristas, que llegaron a ser profesionales y hasta ocuparon lugares importantes en la vida nacional.

Siendo yo rector del seminario menor, se me ocurrió solicitar al colegio San Luis Gonzaga, un permiso para que el último grupo de estudiantes nuestros pudiera presentar allí los exámenes de bachillerato, toda vez que en el seminario no se obtenía dicho grado. Fue idea mía, que ni siquiera consulté a los obispos, y que fue todo un éxito; eso puede comprobarlo hoy el padre Víctor Hugo Munguía Castro, que además destacó mucho entre sus compañeros; él estuvo entre los estudiantes del seminario menor que realizaron las pruebas de bachillerato en el colegio San Luis.

En el seminario menor de Tres Ríos estuve yo solo dos años; de febrero de 1965 hasta inicios de 1967, año en que fui nombrado rector del Seminario Central en Paso Ancho, actualmente Seminario Nacional Nuestra Señora de los Ángeles. Me correspondió a mí asumir como primer rector que provenía del clero diocesano nacional; ya los padres paulinos dejaban el seminario, y aunque ya se tenían formadores costarricenses, aún el rector seguía siendo de los paulinos, por lo que yo fui el primero que llegó a la rectoría. Sin embargo, yo puse mis condiciones para aceptar ser el nuevo rector del seminario; entre otras cosas, le hice saber al señor arzobispo que no estaba de acuerdo en que los seminaristas pasaran sus vacaciones en el seminario menor, encerrados, como era la costumbre, y donde pasaban aburridos, que eso más bien era ocasión para que algunos de ellos hicieran de las suyas, escapándose del seminario por la noche. Lo otro, era que los seminaristas fueran a servir a las parroquias los fines de semana, lo que actualmente se acostumbra. De ese modo, los futuros sacerdotes entrarían en contacto con las comunidades, y además aquello les sirviera como prueba de su vocación sacerdotal.

Como todo cambio, aquel fue muy difícil. Pasar de un seminario menor, al seminario mayor, es siempre un reto muy grande. Entre los formadores estaban conmigo Arnoldo Mora Rodríguez, que se hizo cargo de toda la filosofía; José Rafael Barquero Arce, profesor de Teología Moral y Derecho Canónico, y Alfonso Mora, profesor de Liturgia y encargado de la música sacra. El padre Armando Alfaro era profesor de pastoral, pero no formador; él era docente externo. El padre Antonio Troyo Calderón, futuro obispo auxiliar de la arquidiócesis, impartía Historia Eclesiástica; él era profesor externo, porque también estaba a cargo del Instituto Pedagógico de Religión (IPER). El padre José Pauels se quedó como profesor de Sagrada Escritura, aunque se fue a residir al Colegio Seminario; allí falleció repentinamente en 1968.

En un principio monseñor Rodríguez, que además de arzobispo era presidente de la Conferencia Episcopal, quería traer a los padres sulpicianos para que se hicieran cargo de la formación del seminario, en sustitución de los padres paulinos. Se pensó también en contratar a los padres del Espíritu Santo, que estaban en México, y que estuvieron en el seminario menor que existió por un tiempo en Tacares de Grecia, pero resultaba muy caro traerlos al seminario, por lo que aquello no se concretó. Por fin, se decidió encargar la formación sacerdotal al clero diocesano nacional. Yo llegué a sustituir como rector al padre Huberto Althoff Weitzel, y cuando él me entregó las llaves del seminario, sentí que me moría, pero le hicimos frente. Había entre los estudiantes una sensación de que, como éramos ticos, podían jugar, pero se toparon con mi carácter, y más bien soqué más la línea.

Como rector tenía que tomar las cosas con seriedad, tanto con los seminaristas como con los formadores y, en general, con cualquier otra situación que afectara al seminario. En una ocasión, para una fiesta patronal en Cañas, el cura párroco, que era el padre José Luis Salas Miranda, me pidió que le prestara unos seminaristas para que colaboraran en una celebración y asistieran al obispo, pero resulta que los muchachos no llegaron por la noche en la que debían ingresar al seminario, aduciendo que el padre les había pedido que se quedaran. Yo, como rector, escribí una carta al padre Salas en la que le indicaba que, si el rector del seminario mayor fuera un alemán, él hubiera respetado, pero como era un tico me pasó por encima, y que eso no podía ser así. Poco después, el padre Salas se disculpó y hasta me felicitó porque me había caracterizado como lo que era, como el padre rector.

Estuve solo un año como rector del seminario mayor, pero no fue nada fácil. Algo hacía pensar que Dios me llamaba para otro servicio, cada vez más grande, porque siempre se me asignaban tareas difíciles, y así fue. Ya para el nuevo curso de 1968, tan solo pude matricular o admitir a algunos nuevos estudiantes, pero sabía que no sería más el rector. Ese año de 1967 había sido como un ensayo; una manera de observar qué tanto podía el clero nacional hacerse cargo de la formación de los futuros sacerdotes, así lo vieron los señores obispos, y pues, creo que pasamos aquella prueba, así que, habiéndome llamado el Señor para una nueva tarea pastoral, el padre José Rafael Barquero, que llegaría tiempo después a ser obispo de Alajuela, me sustituyó a partir de ese año como rector.

VI Parte

Obispo auxiliar de la arquidiócesis de San José: 1968-1975

La Divina Providencia venía preparando poco a poco al sacerdote, al profesor, al director espiritual, para nuevas responsabilidades. Seguro que no buscó ningún ascenso en la Iglesia, porque el pastor debe estar abierto al servicio, Dios lo llama por mediación del papa Pablo VI para una nueva misión: ser obispo. Sabedor que el Espíritu Santo sería su guía en todo momento, dio el ¡Sí, acepto! aun cuando siempre tuvo claro que estaba frente a un gran reto y una inmensa responsabilidad. Dejemos que sea él mismo quien nos lo cuente.

Estaba yo disfrutando de las vacaciones y fui a pasar unos días a Playas del Coco. Cuando regresé a Paso Ancho, al seminario, me dijeron que habían estado llamando insistentemente de la nunciatura apostólica. Yo regresé un domingo, y ese mismo día me dieron la noticia de las constantes llamadas. Entonces acudí a hablar con el señor Nuncio, que en ese tiempo era monseñor Paulino Limongi, quien me dijo: –Le tengo una noticia. El Papa le pide un servicio, como obispo auxiliar de la arquidiócesis de San José. Como yo siempre he obedecido, y el Papa Pablo VI

lo pide, en ese momento me dije a mí mismo que sí. De todos modos, el Nuncio me pidió que lo pensara.

Poco después me presenté a la nunciatura y le dije que sí, que iba a obedecer el deseo del Santo Padre; entonces, monseñor Limongi me dijo que le comunicara al señor arzobispo. Al visitar a monseñor Carlos Humberto Rodríguez, él me dijo: –Yo no he pedido un obispo auxiliar. Sin embargo, según el señor nuncio, el arzobispo sí había solicitado a Roma un auxiliar para la arquidiócesis, tras sufrir un derrame cerebral, pero que por lo visto había olvidado aquella solicitud que él mismo había hecho a la Santa Sede.

Al final, Monseñor Rodríguez acató favorablemente mi nombramiento como su auxiliar, que de por sí era un mandato que venía de la Santa Sede. Consultado por los periodistas, el arzobispo inclusive llegó a decir que le habían mandado un ángel que le hiciera compañía, refiriéndose a mi persona como su obispo auxiliar.

Ese designio de Dios en mí venía de alguna forma gestándose, sin que yo lo supiera, pues el 27 de noviembre de 1967, pocas semanas antes de mi designación episcopal, asistí a monseñor Delfin Quesada en una celebración, para la consagración del altar de Santa María de Dota, y resulta que, al colocarle la mitra sobre su cabeza, me dijo: –¡Colóqueme bien la mitra, para que cuando se ponga la suya se acuerde de este momento!

Durante esa semana que me daba el Nuncio para que meditara en mi decisión, debí guardar sigilo; aquella noticia tan trascendental en mi vida me la guardé para mí, no podía compartirla con nadie más. Una vez que expresé a monseñor Limongi mi anuencia a seguir el mandato del Papa Pablo VI, el 12 de enero de 1968 por

fin, se hizo público mi nombramiento en el periódico La Nación. A partir de ese momento recibí toda clase de felicitaciones, y hasta visitas al seminario, donde permanecía aún como rector. Entre las que recuerdo, estuvo la visita que me hizo el lunes siguiente monseñor Antonio Troyo, quien era el secretario de actas de la Curia Metropolitana.

Recuerdo que, entre algunos comentarios algo jocosos, estuvo el del entonces sacerdote y profesor de filosofía Arnoldo Mora Rodríguez, que en el Palacio Arzobispal dijo al padre Juan Bautista Quirós: —¡Tística, ahora sí tenemos quién nos defienda en la Conferencia Episcopal! Posiblemente “Macho Mora”, como llamábamos al entonces padre Arnoldo, se refería al hecho de habría entre los obispos alguien que venía del Seminario Central, formador como los demás, y debido a que monseñor Rodríguez se empeñaba en hacer traer como formadores a sacerdotes sulpicianos extranjeros, en vez de optar por el clero nacional, por lo que a lo mejor pensó que yo, como obispo auxiliar, haría valer ese deseo de inclinarse por sacerdotes costarricenses a cargo del seminario, como al final sucedió.



Homenaje de sus compañeros de colegio al ser nombrado obispo, a su derecha el padre Edgar Rivera y a su izquierda el padre Luis Martínez. 1968.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

El día de mi ordenación episcopal

Poco antes de mi ordenación episcopal, ya yo había dejado de residir en el Seminario Central, para trasladarme a la casa de las Oblatas al Divino Amor, en Moravia. De allí salí el 8 de marzo de 1968 para ser ordenado obispo; yo hice coincidir la fecha de mi ordenación episcopal con dos acontecimientos: el primero de ellos, mi ingreso al seminario, y el segundo, la fecha de mi ordenación presbiteral, ambos justamente un 8 de marzo.

Pero, ese día de mi ordenación viví una pesadilla, porque quedó de llegar por mí el ya fallecido padre Jorge Rodríguez Vargas, quien era compañero mío de grupo en el seminario, y llegó tardísimo a recogerme. Pasó por mí muy retrasado porque estaba lavando su carro, que era un Mercedes Benz; tanto así, que llegamos cinco minutos antes de la ceremonia; aquello fue una tragedia, porque yo me caracterizaba por ser muy puntual, y las ceremonias entonces eran a la hora exacta; al final, no llegué tan tarde pero sí muy ajustado de tiempo. El tránsito entonces era muy escaso, y ello permitía desplazarse rápido de Moravia a Cartago, pues mi ordenación se realizó en la basílica de Nuestra Señora de los Ángeles. Como era natural, estaba muy nervioso. Yo no tenía aún los cuarenta años cuando fui ordenado obispo, que era –y sigue siéndolo– una gran responsabilidad.

El padre Alfonso Coto, entonces cura párroco y rector del Santuario de Nuestra Señora de los Ángeles, preparó y dispuso el templo para la única ceremonia de ordenación episcopal que hasta la fecha se haya realizado en la basílica, y esa fue la mía. Al centro del templo, bajo la cúpula principal, se colocó el estrado en el que se realizó la ceremonia de ordenación, a la

que asistió mucha gente, sacerdotes de todo el país, y hasta el señor presidente de la República, José Joaquín Trejos Fernández y doña Clarita, la primera dama, quienes fueron mis padrinos de ordenación. Fue mi decisión que el presidente y la primera dama fungieran como mis padrinos. Por cierto, el presidente Trejos leyó la primera lectura de la misa, o la epístola, como se decía entonces.

Aquel día asistieron también varios compañeros de bachillerato, amigos, y por supuesto muchos familiares. El almuerzo fue en el colegio Sagrado Corazón de Jesús, de las hermanas Betlemitas, que se ubicaba donde actualmente las mismas religiosas tienen una escuela, al sur de las Ruinas.

Haciendo memoria propiamente de la ceremonia, el consagrante fue el Nuncio Apostólico, monseñor Limongi, él me lo había pedido. Los co-consagrantes que yo elegí fueron monseñor Carlos Humberto Rodríguez, arzobispo de San José, y monseñor Enrique Bolaños Quesada, obispo de Alajuela. Sin embargo, Carlos Humberto me dijo que eligiera a otro porque él no se podía manejar muy bien, pues después del derrame quedó con algunos problemas para caminar. Entonces elegí a monseñor Delfín Quesada. Esos fueron algunos cambios a última hora; a eso se debe que, si se observa la estampa o recuerdo de mi ordenación episcopal, se lee: “Ordenado en la Catedral Metropolitana”. Cuando al final se realizó en la basílica de los Ángeles. Además, aparecen justamente como co-consagrante Carlos Humberto Rodríguez, que al final declinó serlo.

La razón por la que al final se realizó la ordenación episcopal en la basílica, y no en la catedral, fue porque yo decidí que

fuera en mi tierra, en Cartago; allí me sentía más cómodo por la cercanía de la gente que me iba a acompañar, aparte de la familia, especialmente mi papá y mis hermanos, porque mi mamá –como ya lo conté– había fallecido. Recuerdo a mi papá con aquella sencillez que lo caracterizaba, descalzo, así estuvo presente en mi ordenación.

Ese gran día tuve mucha compañía del clero y de obispos, incluso extranjeros. Entre los que asistieron recuerdo a monseñor Jesús Serrano, de Panamá, y que era un claretiano español. Estuvieron presentes monseñor Alfonso Hoefer Hombach, vicario apostólico de Limón, y monseñor Juan Vicente Solís Fernández, obispo emérito de Alajuela, aparte de los ya mencionados. No estuvo presente monseñor Román Arrieta, obispo de Tilarán, que estaba ausente del país en cumplimiento de sus obligaciones.



Ordenación episcopal de monseñor Ignacio Trejos en la Basílica de Nuestra Señora de los Ángeles. Obispo consagrante monseñor Pualino Limongi, 1968.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Obispo auxiliar de la arquidiócesis: un reto pastoral muy difícil

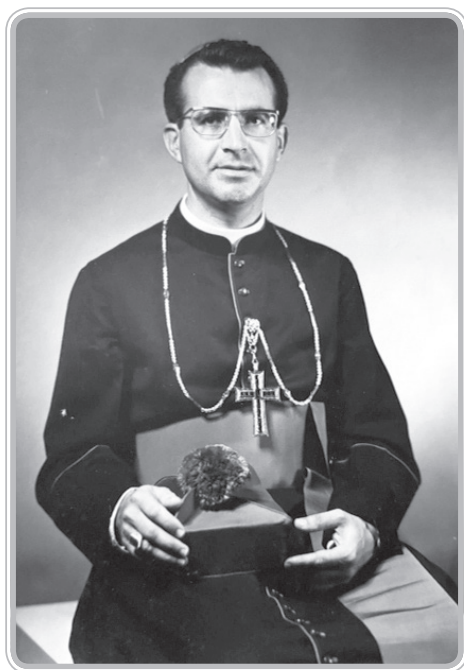
Pasada la ordenación episcopal debí asumir mi nueva realidad como obispo auxiliar, la que vislumbraba muy difícil. Allí confirmé que el empeño del arzobispo Rodríguez Quirós, de no valerse de nadie, era verdad. A mí me pidió que me hiciera cargo de Cáritas, de las Obras de San Vicente de Paúl y de la Catequesis arquidiocesana, junto a “Castrito”, el recordado padre Rodrigo Castro Lépiz. Llegué a celebrar en algunas comunidades el sacramento de la Confirmación, porque yo le dije al señor arzobispo: –Monseñor, yo le puedo ayudar a confirmar; yo le puedo asistir, que para eso está un obispo auxiliar. No era una persona tan mayor aún, pero sí muy enferma; aun así, quería asumir todo el trabajo, y eso había que reconocérselo, era alguien fuerte en medio de su fragilidad. Pero yo quería trabajar... quería darme mi lugar.

Tan solo tres años después de haber sido nombrado yo obispo auxiliar, el propio Papa Pablo VI me dijo: –Apenas pueda, yo le resuelvo a usted esa situación. El Santo Padre sabía que mis funciones como obispo auxiliar eran muy limitadas en la arquidiócesis, y que yo quería desempañarme más a fondo en tareas pastorales, dignas del cargo y de mi dignidad episcopal.

Mientras tanto, mi labor como obispo auxiliar transcurría con relativa normalidad. Algunas veces celebraba las ordenaciones de sacerdotes religiosos, cuando ellos me lo pedían; tengo en mi mente la ordenación de dos franciscanos y un claretiano, entre algunos otros, siempre por solicitud de congregaciones y comunidades religiosas. Entre aquellas ordenaciones estuvo la

de mi sobrino Bernardo Fernández Trejos, religioso claretiano, a quien ordené sacerdote en la basílica de Nuestra Señora de los Ángeles.

Y así, traté de hacer mi labor lo mejor que pude como obispo auxiliar de la arquidiócesis, donde estuve por espacio de siete años, de 1968 a 1975. Pasada esa etapa, Dios me señalaba el camino, asignándome una nueva misión, una tarea que yo ansiaba profundamente en mi corazón, siempre abandonado en la voluntad del Señor, adonde Él me quisiera llevar.



En su primer encargo episcopal como obispo auxiliar de la arquidiócesis de San José, 1968.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

VII Parte

De la meseta al valle: obispo diocesano de San Isidro de El General. 1975-2003.

Para enero del año 1975, monseñor Ignacio era una persona con gran madurez, que se acercaba a sus 47 años. Un pastor con más de veinte años de sacerdocio, siete de ellos como obispo, por lo que podría decirse que para ese momento ya había servido con creces a la Iglesia. Sin embargo, Dios lo llama para una nueva misión, que le va a representar el reto más grande y la tarea más significativa de su vida: ser obispo diocesano.

Monseñor Delfín Quesada, primer obispo de la diócesis de San Isidro de El General, murió el jueves 17 de octubre de 1974. Yo recibí aquella noticia con mucha tristeza, como creo que lo tomaron todos quienes lo conocieron, especialmente todos los feligreses de su diócesis.

Poco tiempo después, el 20 de diciembre de aquel año, y en aras de llenar la sede vacante que monseñor Quesada dejaba en San Isidro, el papa Pablo VI me nombró a mí como segundo obispo de aquella diócesis. Eso me alegró muchísimo; estaba feliz, porque soy de origen campesino y sabía que iba a estar bien. Cumplió así el Santo Padre su promesa, y aquello significó un cambio notable para mí, algo que yo anhelaba mucho. El

sensible y repentino fallecimiento de monseñor Delfín Quesada le deparaba a la Iglesia un vacío lamentable, un profundo dolor, y una sede vacante que el santo padre confiaba a mi persona, con las limitaciones humanas, pero el Espíritu Santo como guía.

El 2 de enero de 1975 creí conveniente y necesario hacer una visita a San Isidro de El General, y para ello me hice acompañar de mi papá y de mis dos hermanos mayores, Javier y José. Era una visita rapidísima, de ida y vuelta el mismo día. Al regresar le propuse a papá: —¿Le gustó el Valle? Y él, muy seguro me dijo: —Sí, ciertamente, muy bonito. Le pregunté entonces si le gustaría irse para allá a residir conmigo y mis hermanos, y papá me dijo que sí aceptaba. Le propuse que nos lleváramos a Judith, una de mis hermanas mellizas, para que nos asistiera en la residencia episcopal. El que no quiso irse fue mi hermano José, porque él tenía sus planes por acá en Cartago, con una finquita de café que tenía y que debía atender. Dichosamente, mi papá me acompañó en San Isidro por espacio de 11 años, hasta el día de su muerte; allá falleció el 5 de enero de 1986, a la edad de 101 años y ocho meses cumplidos, una larga y fructífera vida.



Familia Trejos Picado, los 8 hermanos con don Juan Leonor su padre. 1984

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

La toma de posesión de la diócesis: miércoles 22 de enero de 1975

No tuve mucho tiempo entre la designación como obispo de San Isidro, y la toma de posesión de la diócesis. Mi nombramiento se había dado el 20 de diciembre de 1974. En prácticamente un mes tuve que dejar en orden todo en la arquidiócesis, como obispo auxiliar; debí tener un primer acercamiento a la realidad diocesana que se me había confiado, y coordinar, además, lo referente a mi toma de posesión, la que se realizó el miércoles 22 de enero del año 1975 en la catedral diocesana de San Isidro de El General.

A dos días de la toma de posesión, se fueron hacia el Valle primeramente mi papá, y mis hermanos Judith y Juancito, para ver la situación de la casa episcopal. Resulta que días antes había llegado un hermano de monseñor Delfín Quesada, a recoger un carro que el obispo, en vida, había dado al padre Pedro Obando Abarca. Se llevó también en el carro muchos enseres de la casa; y como era providencial que antes que yo llegara, mis hermanos y mi papá se habían trasladado con lo necesario desde Cartago, cuando yo llegué a San Isidro el mismo día de la toma de posesión, me encontré con todo lo requerido en la casa episcopal.

Ya de camino ese 22 de enero en que tomaba posesión de la diócesis, recibí muchos saludos a lo largo del recorrido. Recuerdo que en ese trayecto ya después del cerro, una señora me hizo parar y me entregó unas monedas; aún recuerdo cuánto era, eso hablaba mucho de la generosidad y la alegría con que se recibía al nuevo obispo. Recuerdo haber observado muchos

arreglos con flores a la vera del camino, y lo más hermoso... el cariño de la gente.

Cuando llegué a San Rafael Norte estaba el recibimiento, podríamos decir que, “oficial”. Ahí estaba una señora a quien llamaban doña “Lulú” Mora recibíendome con un coro, dirigido por una religiosa. Me monté en un camión de carga, abierto, que tenían allí como una plataforma para hacer la entrada formal e ir saludando a la gente que esperaba a su nuevo obispo. Yo, a pesar del cansancio del viaje y con una molestia que ya traía días atrás, viví aquel momento con mucha emoción. Me hicieron compañía los canónigos Alberto Mata Oreamuno, y Víctor Manuel Arrieta Quesada, que me fueron a dejar a San Isidro, por así decirlo, en representación del clero arquidiocesano.

Todo estaba muy bien organizado, y estuve muy bien acompañado además por mucha gente, tanto de la diócesis como de fuera de la zona. Anteriormente habíamos estado en San Ramón de Alajuela, congregados en una reunión de pastoral nacional, y entonces todos los que participaron en aquel encuentro asistieron a la toma de posesión; eso le dio mucho colorido al recibimiento, al que concurrieron muchos feligreses, tanto así que la gente me decía: –Monseñor, usted reunió más gente que G.W. Villalobos. Hacían con ello referencia a aquel político que fue muy popular en los años setenta. Recuerdo también, que un día antes a la toma de posesión, habían sepultado a un doctor botánico muy famoso de allá de la zona, especializado en orquídeas, llamado Isaías Retana. En su honor, el colegio de su comunidad natal lleva su nombre. El pueblo estaba aún con mucho sentimiento, por la partida de aquel personaje tan querido en San Isidro.

Al llegar propiamente a la catedral de San Isidro, me dio la bienvenida monseñor Álvaro Coto Orozco, en calidad de Vicario Capitular, haciendo historia de la toma de posesión de monseñor Delfín, la que había sido muy sencilla, pues no había ni templo catedralicio, tanto que la toma de posesión del primer obispo había sido en un guayabal, donde se hizo una especie de rancho para acoger a don Delfín. Cuando yo llegué me encontré con esa hermosa iglesia catedral, de cuya construcción se ocupó precisamente el padre Coto Orozco, que se gloriaba siempre de no haber recibido ayuda de ningún gobierno para edificarla. De la casa episcopal se había encargado monseñor Delfín, entonces yo ya llegaba a una diócesis que había sido dotada de todo lo que se requería para trabajar, por lo menos en lo que correspondía a la catedral y la casa episcopal; por lo demás, había mucho por hacer.

Asistieron a mi toma de posesión el señor nuncio apostólico de entonces, monseñor Ángelo Pedroni, que leyó el nombramiento de mi persona como obispo diocesano, por parte del papa Pablo VI, y asistió también el señor arzobispo Rodríguez Quirós, entre otros obispos. Recuerdo entre los presentes también a algunas personalidades, tal fue el caso del doctor Fernando Guzmán Mata, que era el vicepresidente de la República, en la administración de Daniel Oduber Quirós, y el presidente del Tribunal Supremo de Elecciones de ese momento, el señor Francisco Sáenz Meza.

Le celebración eucarística propiamente estuvo muy hermosa; adornada con todos los gestos litúrgicos propios para la ocasión, todo se preparó para que saliera muy bien. Al momento de la homilía yo leí un mensaje que había preparado, más a modo

de saludo a los feligreses en aquella ocasión especial, que una reflexión bíblica. Para las ofrendas me entregaron un corderito –vivo por supuesto–. Ese fue un gesto muy hermoso, por ser un símbolo muy apreciado del cristianismo, aparte de que yo siempre me he sentido atraído por la figura del pastor y, consecuentemente, por las ovejas que escuchan su voz y lo siguen, una enseñanza que además está muy presente en los evangelios.

Al final de la misa entregué a los asistentes un recuerdo con la estampa del Buen Pastor cargando una oveja, y con una cita del Concilio Vaticano II, aludiendo al diálogo y la cercanía que un pastor ha de tener siempre con sus ovejas; curiosa coincidencia que se dio entre el recuerdo, y el regalo que se me había hecho en el momento de la presentación de los dones.

Después de la celebración nos trasladamos a un almuerzo en la finca municipal. Para la ocasión, don Nicolás Cole Meza regaló un novillo; el señor Cole Meza, era de familia de médicos dentistas, que son muy conocidos. Aquella recepción estuvo muy solemne. En medio del festejo, me sentía yo en otro mundo, una nueva realidad que debía y quería conocer. Eso empezó a darse no más al día siguiente de la celebración.



Monseñor Ignacio Tejos con el santo padre san Pablo VI
quien le nombró II obispo de San Isidro del General.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Manos a la obra: los planes humanos en la mirada del Plan de Dios.

Pasada la toma de posesión, y en aras de adentrarme en la realidad a la que había llegado, en un gesto muy amable los padres Alexis Madrigal y Guillermo Godínez Zúñiga, me llevaron a hacer un recorrido por Coto Brus y Golfito, con el fin de conocer la región sur y la zona costera de la diócesis.

En una primera entrevista que me hizo el semanario de la Iglesia, *Eco Católico*, pocos días antes de la toma de posesión, recuerdo que se me plantearon varias preguntas en el sentido de qué planes específicos tenía en los más diversos campos: planes concretos de pastoral diocesana, en promoción de vocaciones sacerdotales y religiosas, pastoral para los indígenas, etc. Y, la verdad, es que solo tenía en mente tomar posesión para luego realizar todo un proyecto de organización diocesana, porque era entonces muy prematuro hablar de “planes específicos”. Es cierto que antes de mi toma de posesión establecí contacto con monseñor Álvaro Coto y otros sacerdotes de la Iglesia particular. El padre Coto, a quien ya yo conocía muy bien hacía varios años antes, incluso desde el colegio San Luis, y con quien coincidí en el seminario en la misma época, era para entonces el Vicario Capitular de la diócesis.

Al padre Álvaro y a otros sacerdotes, les pedí ir realizando de previo un informe general; que me pusieran al tanto de cómo se encontraba todo en aquel momento, con el fin de no ir realizando planes en el aire, sino, aterrizados en la realidad misma; eso fue de mucha ayuda para la organización que se fue dando paulatinamente a partir de los primeros meses de mi pastoreo en

mi nueva y amada diócesis. El padre Coto Orozco, que de por sí era muy organizado, realizó con su equipo de trabajo, una labor magnífica.

Debo reconocer que, más de 28 años de trabajo pastoral en la diócesis de San Isidro Labrador, no transcurrieron en vano. Ya desde mis inicios como obispo diocesano, una vez que tomé posesión de aquella hermosa jurisdicción, tuve que poner manos a la obra, y empezar a organizar todo, pero para ello debía primero conocer adónde me habían enviado; yo llegaba a una región desconocida para mí, por eso requería asesorarme, especialmente en aquellos temas que eran de mi desconocimiento; por ejemplo, la realidad indígena, que era y sigue siéndolo muy compleja.

En ese particular, siempre pensé en un plan de promoción integral comunal diocesano, dirigido a los indígenas similar al que ya existía entonces en el Vicariato Apostólico de Limón, y la labor del padre Bernardo Drüg; algo así podría emularse en nuestra diócesis, que contemplara no solo el elemento religioso-pastoral, sino pensar en la escuela, una clínica y otras realidades, articuladas con la catequesis y la liturgia, promovidas siempre por los sacerdotes, religiosos y religiosas, como líderes y promotores de aquellas comunidades. Por lo menos fue lo primero que se me vino a la mente al ser consultado por Eco Católico, que siempre contemplé como un medio eficaz para comunicar a la diócesis aquellas inquietudes pastorales que habrían de surgir paso a paso, conforme se iba avanzando en el trabajo de las distintas comunidades, y eso lo expresé en aquella entrevista, hace casi ya medio siglo. Desde luego que, una vez habiendo tomado posesión del pastoreo y administración de la diócesis, se ampliaban nuevos horizontes y surgían aún más inquietudes

y cuestiones, a las que se les iba dando respuesta poco a poco, a medida que iba adentrándome en la realidad.

En mi nueva diócesis, ya como ordinario de aquella jurisdicción eclesiástica, debí enfrentar muchos desafíos. El reto más grande fue la falta de clero. Éramos 17 sacerdotes y el obispo; gran parte del clero era integrado por religiosos conventuales estadounidenses, que el padre Eladio Sancho había traído por encargo de monseñor Juan Vicente Solís, obispo de Alajuela, a cuya jurisdicción eclesiástica pertenecía buena parte de lo que sería la diócesis de San Isidro. Ya para cuando me vine de allá en el 2003, contábamos con 42 sacerdotes.

San Isidro de El General: una diócesis de gran esperanza.

La entrevista que me hizo Eco Católico, y que mencioné anteriormente, fue titulada “San Isidro de El General, una diócesis de gran esperanza”, porque justamente fue así como yo percibí desde un primer momento aquella vasta y hermosa Iglesia particular. Yo tenía la convicción de que se trataba de un gran territorio, una región donde el Señor quería que yo trabajase con mucho entusiasmo poniéndome en cercanía con las comunidades, con la finalidad de trabajar desde las bases, para llevar a cabo, además, una pastoral de conjunto; creo que aquello se logró con creces.

Los padres Álvaro Coto Orozco y Julio Rodríguez Ulloa, el primero Vicario General, y el segundo como Vicario de Pastoral, realizaron una gran labor en materia de organización de la catequesis; de aquella gran labor en ese aspecto de la pastoral

diocesana, da cuenta la Comisión Nacional de Catequesis. El sacerdote cartaginés, José Alberto Quirós Castro escribió, años más tarde, un libro en torno a los 50 años de historia de la catequesis de la diócesis de San Isidro. Mención especial le debo en ese aspecto, a la gran catequista Teresita Barrantes Elizondo, tía de monseñor Hugo Barrantes Ureña.

El entonces padre Barrantes Ureña, siendo cura de la parroquia de San Isidro, realizó una enorme labor pastoral catequética, ello le mereció que el salón de catequesis parroquial llevara su nombre, tal fue el papel del sacerdote en la diócesis, tanto más que era el párroco de la catedral. El padre Hugo fue también el director de la comisión de las Obras Misionales Pontificias, a nivel nacional; en esa labor empuñó cuerpo y alma. El entonces padre Hugo, marcó en gran medida la vida religiosa, y hasta cultural de la región sur de la diócesis. Por cierto, que él no estuvo presente en mi toma de posesión, por encontrarse en Guatemala en un curso de pastoral del SEDAC (Secretariado Episcopal de América Central). Para ese entonces, Barrantes era el cura párroco de San Vito de Coto Brus.

Como anécdota, viene a mi mente algo que ocurrió por aquella misma zona, y fue la muerte de un sacerdote capuchino, Fray Fructuoso de Manresa (Fray Frutos) que estaba confesando en un pueblito de Coto Brus; allí, mientras oía confesiones, le dio un infarto. Al padre Rosendo Salas Valenciano que andaba por aquella zona, le correspondió celebrar la misa del funeral del fraile, y cuyos restos reposan en el cementerio de San Vito, muy cerca también de Umberto Melloni Campanini, que fue el gran capellán de la colonia italiana. El padre Melloni encontró la muerte en un accidente aéreo en un viaje que realizaba fuera de

Costa Rica, y fue su voluntad que quedara sepultado en San Vito de Coto Brus.

Del padre Salas Valenciano, que había sido salesiano, tengo que contar una anécdota; resulta que era medio revolucionario, y hasta tenía según él la intención de fundar una congregación. Sucede que un día de tantos llegó y me dijo: –Mirá Trejos, estoy pensando en formar una congregación de “padres raros” (por decir diferentes, salidos de lo común) y yo te tengo a vos en la lista. ¡Ah ocurrencia! Bueno, me quedé esperando que me llamara para formar el grupo. Fue un sacerdote como tantos, que trabajó mucho en lo social, aunque era muy particular.

Yo tenía muy claro que, debido al clero tan escaso en la diócesis, debíamos aprovechar al máximo la labor del laicado, además de sacerdotes religiosos como los ya citados. Pude palpar desde mi llegada al valle del General, cuánta disposición había en los laicos de todos los pueblitos, incluso en los más retirados de la zona. Ciertamente, se debió acudir a más sacerdotes de fuera de la diócesis, lo mismo que comunidades religiosas, que quisieran acudir a nuestro llamado de servir por allá, pero teníamos muy claro entonces que los laicos iban a tener un lugar especial en la evangelización, con el propósito de hacer de nuestra vida comunitaria una Iglesia viva, la que se requiere tanto en San Isidro como en todo el país.

Estaba muy contento en San Isidro, aunque mi salud no era la que yo deseaba. En 1985, cuando llevaba diez años de estar como obispo allá en el sur, presenté formalmente la renuncia. El asma me estaba afectando mucho, y creí que lo correcto era retirarme, porque sentí que no podía más. Presenté mi petición formal al cardenal Bernardin Gantin, a través del nuncio

apostólico del Santo Padre en Costa Rica, que en ese tiempo era Pier Giacomo De Nicoló. Muy pronto se me respondió que mi renuncia no era aceptada, porque era muy joven y que debía seguir. Me aconsejaron entonces que el padre Hugo Barrantes estuviera al pendiente de mi estado de salud, y así fue, por lo que me quedé hasta el final. Monseñor Gantin, que era el prefecto de la Congregación para los Obispos, nos hizo años más tarde una visita a San Isidro. El cardenal fue testigo de todo aquel gran trabajo en la diócesis.

La Palabra de Dios: eje central de la vida diocesana

Los fieles deben nutrirse siempre de la Palabra del Señor, para que todo camine bien. Por eso, desde los inicios instruí a los sacerdotes para que indicaran a los feligreses de todas las parroquias y las filiales, que compraran la sagrada biblia y la leyeran. De ahí tenía que sustentarse todo, porque había que construir sobre roca firme, y ¿qué más firme que la Palabra de Dios? Allí hallarían la primera formación los delegados de la Palabra, los catequistas y demás agentes de evangelización. Aquello fue como un primer chispazo que lancé como obispo, que fue el origen de un proyecto de promoción cristiana, que nació en el mes de marzo de 1975, a partir del primer anuncio, como un vivero para los laicos.

Yo mismo preparaba a los promotores en la casa episcopal. Con la formación de las distintas vicarías, y la creación de nuevas parroquias, se iban formando también centros de pastoral como Casa Sinaí en el centro, el de Pejibaye, y Monte la Cruz, en Pacuarito. Los mismos laicos promovieron la creación de dichos

centros, tal fue el caso de Casa Sinaí, cuya edificación se dio debido a la iniciativa del laicado, que al ver cómo yo impartía la formación en el corredor trasero de la casa episcopal, decidieron la construcción del centro, deseosos de que la formación llegara a más feligreses; aquello fue algo maravilloso, la iniciativa que surgió del mismo laicado, ansiosos por formarse.

Para el año de 1976, ya teníamos una buena organización de evangelización diocesana, y llegamos a participar en un encuentro nacional de delegados de la Palabra. Se creó el consejo de pastoral diocesana, con la aprobación de la Santa Sede, y eso era fundamental para llevar adelante todo el proceso de formación del laicado. El compromiso y la entrega de los agentes de pastoral, y en especial, los delegados de la Palabra, dio pie a un comentario que el nuncio apostólico de entonces, monseñor Lajos Kada, me dijo: —¡Monseñor, yo les impondría las manos! Tal fue la impresión que le causó al representante del Papa el desempeño de nuestros laicos comprometidos, tanto en su formación como en su piedad; claro, que aquello de imponerles las manos habría sido una ligereza, pero sí queda como un bonito gesto del nuncio de reconocer la labor de nuestros agentes de pastoral de la diócesis. El Santo Padre incluso me envió un mensaje muy bonito, de cómo debían ser los delegados de la Palabra, y eso fue un gran impulso a nuestra labor.

La necesidad de sacerdotes me hizo acudir al laicado; por eso se dio un gran impulso a los delegados de la Palabra y los catequistas. Yo puedo decir que la catequesis en San Isidro era tal vez la más organizada del país, gracias al mismo laicado impulsado desde la jerarquía, y la formación de los agentes de pastoral centrada en la lectura de la biblia, que era algo fundamental. Ese proyecto

de evangelización que tuvo como eje la Palabra de Dios dio sus frutos en diferentes aspectos, como la creación de nuevas parroquias, tanto así que la mayor parte de las hoy existentes en la diócesis, fueron creadas durante mi obispado.

En más de 28 años de obispado, solamente llegué a publicar dos cartas pastorales: una carta sobre pastoral social, que era una lectura muy ligera, y otra carta relativa a la catequesis, que fueron dos áreas muy fuertes para mí durante mi obispado. Pude haber escrito más, pero dediqué más tiempo a visitar comunidades, en vez de dirigirme mediante algún escrito; lo que quería comunicar a la feligresía, lo decía directamente a las comunidades en mis visitas, que solían ser muy frecuentes. La pastoral social tenía en la diócesis un lugar de privilegio, y el clero trabajó junto a este servidor hombro a hombro en ese aspecto. Mención especial merece en este particular el padre Óscar Navarro Hernández, que trabajó conmigo en la década de los años noventa, y siguió haciéndolo con mi sucesor, después del año 2003. El padre Navarro fue mi mano derecha en lo social, los últimos años de mi obispado.



Monseñor Ignacio con un grupo de laicos de la pastoral social de la Diócesis de San Isidro de El General. Años 80.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Al padre Óscar lo ordené yo sacerdote en abril del año 1991, y empezó a “echarle ganas”, como digo yo, a la pastoral social diocesana desde 1997, aparte de cumplir otras tareas, porque el clero era tan escaso que había que multiplicarse. Hasta enero del 2022, el padre Navarro estuvo en la parroquia de la Inmaculada Concepción, en Rivas de Pérez Zeledón, desde donde fue trasladado para servir en la iglesia catedral, en San Isidro. El padre Óscar unió esfuerzos con otros sacerdotes y laicos, y lograron que la pastoral social de la diócesis se configurara en uno de los ejes más importantes de la evangelización diocesana, pasando así de la reflexión a la acción.

Yo celebraba todos los días en la capilla privada de la casa episcopal, y los domingos en la iglesia catedral, si es que no tenía salidas de visita a las distintas comunidades. Por lo general me hacía acompañar solo del chofer, que en todo ese tiempo fueron tres: don Edgar Romero Ballesteros, conocido como “Cosito”, porque era muy bajito de estatura; también lo llamaban cariñosamente “Zaqueo”. Después estuvo Santiago Carpio, a quien llamaban “Palillo”, y por último Adelicio Mora Granados. Claro que yo manejaba, pero a las visitas iba acompañado del chofer, porque las giras eran casi siempre muy extenuantes.

Por cierto, que “Palillo Carpio” y yo, sufrimos un accidente en una de esas giras. Resulta que veníamos de Ciudad Cortés, y nos dirigíamos a la administración del sacramento de la Confirmación en una filial de la antigua parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, en Puerto Cortez. Al llegar a un puente estrecho, por la salida de Puerto Cortez, nos sorprendió que se adelantara una ambulancia del Seguro Social que no iba en emergencia; a

nosotros nos correspondía el paso, pero la ambulancia entró en el puente y el carro nuestro fue a parar al fondo. Era un puente en muy mal estado, sin barandas ni avisos de precaución alguna. El carro quedó inservible, por lo que nos devolvimos en bus, aunque los dos habíamos sufrido muchos golpes. El chofer, del impacto me cayó encima, y yo sufrí una lesión en la clavícula; pero, gracias a Dios y no fue algo más serio que lamentar. Debido al percance, tuvimos que avisar al padre Benigno Barboza, de la parroquia, que ya no había sacramento de la Confirmación. Por mi parte, presenté la queja a la Caja del Seguro, y algo nos retribuyeron por el accidente causado.

Ese era siempre un riesgo que se corría en aquellas giras, tanto uno como el chofer; y es que esos tres choferes fueron mis ángeles de la guarda; ellos fueron testigos de todo cuanto hacía yo en las visitas por las comunidades de la diócesis. Yo no llegué a hacer visitas pastorales formales, porque visitaba tanto las parroquias y sus filiales, que no lo creí necesario. Por ejemplo, solo a Santa María de Dota realicé 26 visitas. Iba como tres veces por año a Puerto Jiménez, y que era tan lejos; lo mismo que fui muchas veces a San Vito y Ciudad Neily. A Parrita y Quepos fui varias veces, hasta 1998, que pasaron a formar parte de la recién creada diócesis de Puntarenas, cuyo primer obispo fue monseñor Hugo Barrantes Ureña, que se conocía muy bien toda esa región. Cuando iba a la zona de Los Santos, aprovechaba y visitaba las comunidades más cercanas de toda esa región, porque no se podía ir a menudo, aunque uno así lo quisiera.

En tantos años de labor pasan muchas cosas. Una vez, nos robaron el carro de la curia diocesana, que se guardaba en la

casa episcopal. Resulta que no había portones en ese tiempo, ni siquiera en la cochera. De allí mismo, robaron una esfera precolombina que había llevado monseñor Delfín, y que teníamos cerquita de la capilla. En tiempos de monseñor Quesada, se tenía tanto respeto por las cosas ajenas, que no se veía necesario cerrar tanto la casa del obispo. Según me contaba Edgar Romero, uno de los choferes, monseñor Delfín Quesada dejaba abiertas las puertas de la casa episcopal, porque confiaba en que nadie se iba a atrever a tomar las cosas ajenas, mucho menos si pertenecían a la Iglesia; pero bueno, parece que la realidad era otra.

En cuanto al robo del carro de la curia, era “vox populi” de quién fue el responsable, pero no hubo pruebas precisas, aunque yo también lo sabía. El auto nunca apareció. Se hizo una colecta y se me dotó de otro vehículo, aunque no falta quién hablara demás. Por ejemplo, llegó a mis oídos que alguna gente decía: —¿Y para qué quiere el señor obispo un carro... para ir de la casa episcopal a la catedral?

Lo anterior dice mucho de la ignorancia de algunas personas, porque los obispos —así como los sacerdotes— hacemos uso del carro para cumplir con todas las obligaciones pastorales, no representa un lujo, sino una necesidad. En mi caso particular, las labores iban más allá de la catedral, como, por ejemplo, hacer las distintas visitas a las parroquias y sus filiales, la mayoría distantes del centro, aparte de desplazarme a San José a las reuniones de la Conferencia Episcopal u otras gestiones atinentes al servicio pastoral, como sigue siéndolo para los demás obispos.

La renuncia del arzobispo, y la gran labor de monseñor Román Arrieta

Quiero dedicar este último espacio, para referirme a dos hechos; el primero, la breve crónica de la renuncia del arzobispo Rodríguez Quirós y una anécdota ligada a ello; el segundo, algo asociado a ese primer hecho, y que tiene que ver con la labor desplegada por monseñor Román Arrieta Villalobos, ya no solo en la arquidiócesis, sino en las demás diócesis del país, especialmente en la promoción vocacional y la formación de nuestros sacerdotes.

Resulta que llevaba yo cerca de tres años como obispo de San Isidro, cuando se dio la renuncia de monseñor Carlos Humberto Rodríguez. Era el mes de marzo del año 1978, y la salud del arzobispo se deterioraba cada vez más, él ya no podía cumplir cabalmente con las tareas pastorales; monseñor Rodríguez estaba por cumplir 68 años, pero ante ese trance que pasaba, con una salud muy quebrantada por varios derrames por él sufridos, la Santa Sede lo dispensó de sus responsabilidades como arzobispo, y nombró a monseñor Enrique Bolaños Quesada como administrador apostólico de la arquidiócesis, como un recargo, claro, porque Bolaños era el obispo de Alajuela, le quedaba poco para acogerse al retiro. Por esa razón, monseñor Enrique Bolaños era muy dado a decir: –¡Soy bígamo... tengo dos esposas! una se llama Alajuela, y la otra San José.

La salud de monseñor Carlos Humberto, mientras tanto, se veía cada vez más disminuida. Una vez, debí viajar desde mi diócesis de San Isidro a San José para alguna gestión, y, me quedé –como lo hacía algunas veces– en la casa curial de

Desamparados; el cura párroco en ese momento era Víctor Hugo Brenes Leiva, un cartaginés como yo. El arzobispo emérito se hallaba hospitalizado, allí lo cuidaba como siempre el padre Juan Bautista Quirós, el querido y recordado “Tistica”, que era un santo. Entonces, el padre Víctor Hugo me dijo: –Monseñor, vamos a visitarlo. Yo gustoso lo acompañé; sin embargo, aunque fuimos al hospital donde estaba convaleciendo, que era el San Juan de Dios, y nos acercamos a la habitación donde se encontraba él, lo vimos de lejos y nos percatamos de que no estaba dispuesto a recibirnos, pues su estado de salud no se lo permitía; no por nada debió acogerse antes de tiempo al retiro, dejando vacante la sede arzobispal.

Fue entonces que, ante esa vacante que quedaba en San José, el presidente Rodrigo Carazo Odio, que apenas entraba al poder el mismo año 78, salió con algo que siempre pensé era una ocurrencia. Sucede que al encontrarnos él y yo, me dijo: –Usted es el candidato del gobierno para asumir la sede arzobispal. Y yo le dije al señor presidente: –¡Don Rodrigo, no me meta en esos enredos; sería como meterme en camisa de once varas!

Mi respuesta al presidente Carazo fue determinante, primero porque la verdad estaba feliz en la diócesis de San Isidro, donde tenía poco tiempo, y además, porque siempre pensé que quienes se merecían el nombramiento para sustituir al arzobispo Rodríguez Quirós, eran Alfonso Coto Monge, o Antonio Troyo Calderón; cualquiera de ellos era capaz para ocupar ese cargo. Monseñor Coto con aquel corazón de pastor y el temple para hacer tan bien las cosas; y monseñor Troyo, con su innegable experiencia y aquella enorme visión pastoral que tenía; era un hombre brillante

Al final la sede arzobispal la ocupó monseñor Román Arrieta, que ya era muy conocido en el CELAM, y formaba parte de la Comisión Pontificia para la revisión del Código de Derecho Canónico, con muchos años ya como obispo en Tilarán; él tenía las credenciales para llegar a convertirse en el quinto arzobispo de San José, aparte de que era el presidente de la Conferencia Episcopal, donde ejerció entre los demás obispos un gran liderazgo.

Hay que reconocer en este particular, que Arrieta Villalobos hizo una gran labor pastoral en su diócesis, y lo mismo quiso para la arquidiócesis, en fin, en general para toda la provincia eclesiástica de Costa Rica. Por ejemplo, nadie hizo tanto por la formación sacerdotal en la Iglesia costarricense como él. Fortaleció los seminarios. Él había creado el seminario de Tacaes de Grecia, para la diócesis de Alajuela, el mismo que más tarde cerró monseñor Bolaños; por eso, Enrique Bolaños decía jocosamente: –Arrieta es especialista en abrir seminarios, y yo soy experto en cerrarlos.

Monseñor Román Arrieta asumió prácticamente solo la creación y construcción del Seminario Introductorio, que con justicia hoy lleva su nombre. Monseñor Arrieta se empeñó en conseguir los fondos requeridos para ampliar el Seminario Central, y ello permitió la construcción de dos edificios nuevos para alojar a los seminaristas. Claramente, la arquidiócesis de San José era la que aportaba la mayor parte de seminaristas; una diócesis como la de San Isidro no tenía tantas vocaciones, como sí fue el caso de la arquidiócesis. Sin embargo, el empeño de monseñor Arrieta contemplaba las vocaciones de toda la provincia eclesiástica del país, y se preocupó mucho porque los sacerdotes de Costa Rica fueran a especializarse afuera, sobre todo a Roma.

Ciertamente todas las diócesis, San Isidro entre ellas, debíamos contribuir para levantar las instalaciones del Introdutorio, pero monseñor Arrieta, valiéndose de los contactos consiguió los fondos necesarios, por lo que al final se echó al hombro aquella tarea, eso hay que reconocerlo con justicia. Arrieta logró además la construcción del edificio nuevo de la biblioteca del seminario en Paso Ancho, y que lleva el nombre del padre Carlos Joaquín Alfaro Odio, por muchos años profesor del seminario menor, así como formador y profesor de Teología Dogmática en el Seminario Central, hoy Seminario Nacional.

En conclusión, monseñor Román Arrieta Villalobos tenía los méritos –si solo de mérito se tratara– para ser el quinto arzobispo de San José, y creo que hizo una encomiable labor. Yo, por mi parte, no me veía allí como arzobispo, estaba feliz en la diócesis de San Isidro de El General, no por nada permanecí allá por casi tres décadas de mi vida, hasta que el Santo Padre, el papa Juan Pablo II aceptó mi renuncia, al cumplir el 31 de julio de 2003, los 75 años. Ese mismo día presenté en la basílica de los Ángeles a mi sucesor, monseñor Guillermo Loría Garita, también oriundo de Cartago.

¡Los designios de Dios! Quién diría que, el sacristán del padre Dagoberto Méndez en la parroquia de Tierra Blanca en la década de 1950, y que además fue mi alumno en el Seminario Menor de Tres Ríos, llegaría a ser mi inmediato sucesor en la diócesis de San Isidro de El General; monseñor Loría es hoy también un obispo emérito, al igual que su sucesor, monseñor Enrique Montero, pero la obra del Señor no se detiene, y en enero de este año 2022, la diócesis de San Isidro ha estrenado a un nuevo pastor: ¡Bendito sea Dios!

A modo de EPÍLOGO: la vida de un obispo emérito

Puedo decir hoy que, después de tantos años de labor pastoral, la vida de un obispo emérito, yo diría que es un premio. Ya se cumplió la misión. A mis 94 años de vida, y 70 años de sacerdocio al servicio de Dios y de la Iglesia, 54 años de ellos como obispo, este nuevo estilo de vida lo vislumbro como la satisfacción del deber cumplido. Haber acudido al llamado del Señor a pesar de tantas limitaciones y fragilidades, la salud entre ellas.

Ser obispo no es fácil... es algo muy duro, una carga muy pesada. Los fieles se quejan del cura, el cura de los fieles, y todos –curas y fieles– se quejan del obispo; y es que como decía monseñor Víctor Sanabria: “el obispo es un hombre que llora solo”.



Monseñor Ignacio Trejos en la capilla de su residencia personal.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

Guadalupe de Cartago, diciembre 2021.

Actualmente resido en mi casa de habitación en Guadalupe de Cartago; celebro la misa diariamente en mi capilla privada, y ocasionalmente salgo a celebrar a alguna parroquia cercana, especialmente en mi comunidad. Me acompañan la señora Maribel Barrantes Ureña, que es mi secretaria, chofer y asistente, y Yorleny Bonilla Hernández, que han sido para mí como ángeles de la guarda y agentes de la Divina Providencia, a quienes el Señor ha de premiar por cuidar de mí en todo momento. Recibo muchas visitas, entre hermanos obispos, sacerdotes y amigos. Me siguen visitando amigos y conocidos de Pérez Zeledón, la mayoría colaboradores míos mientras fui obispo de la diócesis. Quien no me visita, me llama, sobre todo en estos tiempos difíciles de pandemia que se han vivido. No ha faltado alguna situación que enfrentar, un obispo emérito no está exento de problemas.

En febrero de 2007, por ejemplo, cuando no cumplía aún cuatro años de retiro, y a pocos meses de llegar a mis 79 años, fui objeto de un asalto en mi casa, en Guadalupe de Cartago; me acompañaban entonces mis hermanos José y Judith. Sucedió que tres sujetos ingresaron a la casa, me amarraron, y me dijeron que dónde estaba el dinero. Yo siempre vi aquello como parte de la descomposición social del país, que hoy, quince años después, más bien se ha agudizado. Pero, a pesar de la amenaza que representaba para mí los hampones, la verdad es que tomé las cosas con mucha serenidad, y me abandoné en el Señor. Incluso, al preguntarme ellos yo si era pastor, pues daba algunas señas de que efectivamente era religioso, les respondí que sí, y ellos me pidieron perdón por el daño causado, que además no querían hacerme daño, tan solo buscaban dinero. Ante su petición, yo no

solo los perdoné, sino que además los bendije. Recuerdo, por cierto, que un periodista de Cartago escribió infundadamente que los ladrones iban detrás de mis joyas... ¡algo absurdo! ¿qué joyas podía tener yo? Jocosamente digo que, en mi casa, la única joya era yo.

Pero bueno, a pesar de pruebas como esa del asalto, y muchas otras vividas a lo largo de tantos años, debo decir que el Señor me ha bendecido en abundancia; me ha dado una larga vida, la que seguiré disfrutando hasta que Él me llame a su presencia. Feliz de haber contribuido a la construcción del reino de Dios entre nosotros. A lo mejor me hubiera gustado realizar muchas otras cosas, o hacer algunas tareas de otra forma; pero hoy, ante el Señor y su Iglesia, mi conciencia me dice que hice todo lo que estuvo a mi alcance, por el bien de las almas a mí confiadas, por eso, solo tengo que decir ¡gracias!

Especial gratitud debo manifestar a mis cohermanos obispos, especialmente con quienes compartí como Conferencia Episcopal; varios de ellos gozan ya de la vida eterna, disfrutan del justo premio por tantos años de trabajo y desvelo por las ovejas; otros hermanos obispos felizmente entre nosotros. A todos ellos mi aprecio, cariño y oración, porque efectivamente fuimos hermanos muy queridos, muy cercanos; ciertamente con los “altos y bajos”, cosa normal en todo grupo humano, pero siempre con la certeza de que trabajamos unidos por hacer presente el Reino de Dios, en cada una de las porciones de la Iglesia que se nos confió, a pesar de nuestras miserias y limitaciones.

A los obispos que actualmente integran la Conferencia Episcopal, mi gratitud porque sé que estoy en sus plegarias, como ellos están siempre en las mías; que no desmayen nunca en seguir

con esa cruz que el Señor ha puesto sobre sus hombros, con la certeza de que algún día, podremos todos disfrutar del justo premio que Jesús, el Buen Pastor, sabrá darnos a cada uno por cumplir cabalmente con la misión encomendada.

Solamente me resta decir con el evangelista san Lucas: “Somos siervos inútiles: hemos hecho lo que debíamos hacer”.



Monseñor Ignacio Trejos y el santo padre san Juan Pablo II en 1984, quien acepta su renuncia como obispo de San Isidro de El General en 2003.

Fuente: Archivo personal de monseñor Ignacio Trejos.

VIII Parte

Memorias sobre Monseñor Ignacio Trejos Picado

En esta octava y última sección del presente libro, compartimos un espacio en el cual, tanto los obispos eméritos, como los obispos de la Conferencia Episcopal de Costa Rica (en ese orden), rinden un homenaje a monseñor Ignacio, en la feliz ocasión de su 70 aniversario de vida sacerdotal, y a sus 54 años de haber sido ordenado obispo de la santa madre Iglesia; además, en este año 2022, en que llega monseñor Trejos a sus 94 años de vida. Han tenido así los señores obispos un gesto de fraternidad para con su cohermano mayor en el episcopado, y decano de los obispos costarricenses. En estas menciones se entremezclan anécdotas, momentos compartidos con él, y sentimientos de profunda gratitud al celoso pastor, por tantos y tantos años de entrega generosa al Señor.

Tras las huellas de monseñor Ignacio.

Por monseñor José Francisco Ulloa Rojas: obispo emérito de Cartago. A modo de introducción de esta sección

Estas memorias que nos narran la larga vida sacerdotal de mi estimado monseñor Ignacio Trejos Picado, llena de una rica

fecundidad apostólica, me lleva a muy gratos recuerdos de mi vida sacerdotal, en la que siento su influencia espiritual y pastoral en los diversos ministerios eclesiales, que tanto él como este servidor hemos desempeñado. Por este motivo, he titulado esta memoria: “Tras las huellas de Monseñor Ignacio”.

El lunes 1 de marzo del año de 1954, imposible de olvidar, porque mi vida se partió en dos: un antes, un muchachillo de 13 años perdido en los arrabales de Las Aguas, un caserío sin importancia del distrito de Cipreses de Oreamuno y un después, en el que el Señor por pura gracia me sacó de ahí y me trasladó como un alumno de primer año del Seminario Menor, en Dulce Nombre de Tres Ríos. Allí con los complejos y temores de un campesino, que por primera vez estrenaba zapatos, me encontré con un grupo de sacerdotes venerables, entre ellos, me llamó la atención un joven sacerdote recién llegado de finalizar sus estudios eclesiásticos, en la Ciudad Eterna, llamado Ignacio Trejos Picado, cuya función era mantener el orden y la disciplina como Prefecto de los alumnos de aquel centro educativo. Por cierto, muy estricto, pero a la vez muy comprensivo.

De aquel joven, pero recto y a veces rígido padre Trejos, tengo presente muchas anécdotas, pero por ahora resalto solamente dos. La primera tiene que ver con un llamado de atención que me dio. Resulta que estábamos en clase de geografía, y sentí la necesidad de ir al baño, por lo que pedí permiso al profesor, que era el padre Vara. El apuro que tenía yo era tanto, que corrí presuroso por el corredor; en eso, me topé de frente al padre Ignacio, que al verme en carrera me regañó. La impresión mía fue tal, que se me quitaron las ganas de ir al baño, y no me quedó más que regresar a clases. Y es que el padre Trejos Picado imponía respeto.

La otra anécdota tuvo que ver con un grupo de compañeros estudiantes, que estábamos en una habitación, la cual era compartida por varios seminaristas. Pasaba ya la hora en que teníamos que mantener silencio e ir a dormir, que eran las 9:00 pm, por lo que después de ese tiempo no se podía “ni chistar”, menos con el prefecto de disciplina, el padre Trejos. Sin embargo, algunos nos quedamos unos minutos más conversando; cuando estábamos en eso, uno de los compañeros gritó: —¡Patrulla, patrulla! Ya sabíamos los demás que con ello nos alertaba de la presencia del padre Ignacio, quien llegó hasta la habitación y nos llamó la atención: —¡Muchachos, a dormir... ya es hora de descansar! Sí debo decir que nos pidió con voz fuerte que fuéramos a la cama, pero nunca de manera grosera; él imponía disciplina, respeto, con estilos muy propios de la época, pero nunca de manera desmedida.

En este centro educativo transcurrió mi formación de estudios secundarios, por cinco años. En el año 1959 pasé de Dulce Nombre de Tres Ríos, a Paso Ancho, en San José, para continuar mis estudios, como parte del proceso de la formación sacerdotal.

Mis vacaciones las ocupaba ayudando a mi familia en el trabajo de campo, e impartiendo la catequesis de preparación de primera comunión, y los fines de semana me trasladaba a la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Pacayas, cuyo párroco era precisamente el padre Trejos Picado, quien me acogió con sentido fraterno para realizar mi experiencia pastoral. Allí le tomé mucha confianza y cariño. Fue trasladado luego el padre Trejos, de la parroquia de Pacayas a la parroquia de San Rafael de Oreamuno, a la cual pertenecía la filial de Cipreses, y con mayor razón continué con él los fines de semana. Llegó la fecha

de mi ordenación sacerdotal el 19 de diciembre de 1964. Con mucho afecto me preparó la Primera Misa, y le pedí que fuera el predicador.

Después se desempeñó como cura de la parroquia del Santuario de Nuestra Señora de Los Ángeles, por un corto tiempo. Posteriormente, el padre Ignacio Trejos fue nombrado rector del Seminario Menor, y no por mera casualidad, en el año 1969 también fui nombrado Rector del Seminario Menor, lo cual no fue posible concretar por encontrarme yo realizando una misión en México. En el año 1967, el padre Ignacio pasó de ser rector del Seminario Menor a ser el primer rector del Seminario Mayor, con un equipo de formadores, para sustituir a los padres de La Congregación de La Misión, de origen alemán. En el año 1968, él fue nombrado obispo auxiliar de la arquidiócesis de San José, por el Papa Pablo VI. Dicho nombramiento fue motivo para mí de mucha alegría, por la estrecha cercanía y su testimonio sacerdotal para la vivencia de mi sacerdocio.

Fui nombrado formador del Seminario Mayor en el año 1971. Tuve la oportunidad de compartir en la arquidiócesis con monseñor Trejos su ministerio pastoral, en la comisión de promoción pastoral que él presidía. En enero de 1975, monseñor Trejos fue trasladado como obispo de la diócesis de San Isidro de El General, y continuó mi relación de formador con sus seminaristas diocesanos. Además, al ser nombrado en la Conferencia Episcopal, como presidente de la Comisión Episcopal de Laicos y Movimientos apostólicos, me pidió que colaborara como su secretario ejecutivo. Esta relación se hizo más estrecha cuando en el año 1982 fui nombrado por la Conferencia Episcopal, rector del Seminario Mayor, hasta finales del 1991.

Al finalizar mi ministerio de formador, fui nombrado párroco del Santuario de Nuestra Señora de Los Ángeles, durante tres años, y el 30 de diciembre de 1994 fui nombrado obispo de la diócesis de Limón. Después de 15 años sin nombramiento de obispos en Costa Rica, entré a formar parte de la Conferencia Episcopal, y allí me encontré con pastores que fueron mis maestros por su experiencia, por su espíritu de comunión y por su amistad. Entre ellos estaba el que había sido mi maestro en mi caminar sacerdotal, monseñor Ignacio Trejos Picado, conocido en el seno de la Conferencia Episcopal como “Nacho”. De ellos recibí la confianza, la amistad, y sin duda, fueron para mí una escuela donde aprendí a formarme como pastor. No puedo dejar de mencionar, que monseñor Ignacio ocupa un lugar muy especial en el seno de mi familia. Mi querida madre Berta lo apreciaba y lo admiraba mucho, así como hasta hoy, mis hermanos y demás familia.

En el año 2003, monseñor Trejos pasó a ser obispo emérito de San Isidro de El General, y este servidor en el año 2017 obispo emérito de Cartago. Los dos disfrutamos de este período de jubilación, después de haber servido a la Iglesia en los diversos ministerios desempeñados, muchos de ellos comunes. En mi historia sacerdotal me he encontrado las huellas de monseñor Trejos, marcadas por la fidelidad, la entrega y su amor a la Iglesia. Por ello, le doy gracias al Buen Pastor, que me haya permitido seguir los pasos ministeriales de mi querido y admirado monseñor Ignacio. Algo sí puedo afirmar: que su huella de vena poética y de caricaturista, nunca la he podido encontrar ni la he soñado en mi vida.

Mil gracias, querido maestro de mi vida sacerdotal No tiene idea lo mucho que le he admirado y tratado de imitar. Aunque siempre es insuficiente, cuando se trata de imitar una personalidad como la de la talla de monseñor Ignacio Trejos Picado.

A monseñor Ignacio: porque “servir es reinar”

Por monseñor Hugo Barrantes Ureña: arzobispo emérito de San José.

Monseñor Ignacio Trejos Picado ha tomado como lema de servicio episcopal: “servir es reinar”. Ya lo expresa el profeta Jeremías: “somos elegidos del Señor, segregados y predestinados por Dios para el ministerio, sin que haya lugar para la gloria personal” ... se trata de un don recibido.

¡Gracias, monseñor Ignacio! Porque en estos 70 años de su ministerio sacerdotal hemos visto cómo el poder se vuelve diaconía y el gobierno se transforma en servicio.

La comunidad eclesial le agradece sus esfuerzos y desvelos, se alegra por las grandes metas alcanzadas, allí, donde el Señor le ha pedido realizar algún servicio, y pide al dueño del rebaño, del Divino Pastor, le siga bendiciendo. Sabemos que todo el trabajo desplegado por tantas décadas no ha sido tarea sencilla: velar porque el rebaño tenga pastos sabrosos y aguas saludables, requiere mansedumbre, paciencia y la constancia de la caridad probada. La acción evangelizadora no se mide con datos, cifras o cantidades. Lo importante es sembrar y hacerlo con alegría y esperanza; y usted, querido monseñor Trejos, lo ha logrado abundantemente.

En este particular, y haciendo remembranza de toda esa fructífera labor de monseñor Ignacio, recojo las palabras del papa san Juan Pablo II: “Sin la esperanza seríamos no solo hombres infelices y dignos de compasión, sino que toda nuestra acción pastoral sería infructuosa”. Monseñor Trejos asumió el papel de profeta de justicia, predicando la doctrina social de la Iglesia. El obispo es profeta de justicia.

Monseñor Ignacio: usted es para nosotros un padre y un amigo. Gracias por su amistad y cercanía, gracias por su pastoreo, gracias por su entrega y sufrimientos, por haber estado con nosotros en las buenas y en las malas.

¡Que Dios lo bendiga y proteja!

Monseñor Trejos: serenidad y paz que contagian

Por monseñor Vittorino Girardi Stellan: obispo emérito de Tilarán-Liberia

De monseñor Ignacio Trejos se ha dicho y se ha escrito que “es poseedor de una pluma combativa y bien cortada, la cual ha utilizado para defender todo aquello que ha creído que tiene un valor relevante para la comunidad... en este menester ha sido valiente, nunca echa atrás cuando las exigencias del bien común así lo piden. Su carácter es enérgico y decidido, enemigo de componendas”. Eso es verdad, pero me atrevo a afirmar que no es toda la verdad.

Hacia pocos meses que yo había llegado a Costa Rica, dejando en la Universidad Pontificia de México, un lugar que ya pensaba como mi lugar; en esa circunstancia tuve la oportunidad de

participar en la profesión religiosa de cuatro hermanas de La Cruz. Fui invitado a concelebrar con monseñor Ignacio. Yo no lo conocía. Me impresionó inmediatamente su serenidad y su paz, que pronto se me “contagiaron” y que yo... por mi situación anímica, necesitaba.

La confianza se me hizo agradable sorpresa y gratitud, cuando, al finalizar el almuerzo, me entregó una “caricatura” mía, con trazos muy seguros y fuertes que me hizo pensar que monseñor Ignacio me veía “dentro”. Después de aquel primer encuentro, tuve la grata oportunidad de ser huésped suyo en San Isidro de El General, cuando iba a aquella ciudad, o a aquellas parroquias por distintas actividades pastorales. Siempre he experimentado lo mismo: la mucha bondad de un sacerdote y pastor que ha tomado como norte de su entera vida el amor y el servicio. Para mí, monseñor Ignacio es un pastor con “corazón bueno”; y por eso pasó por las tierras del sur, “haciendo el bien”.

Monseñor Ignacio: un obispo con corazón de pastor

Por monseñor Guillermo Loría Garita: obispo emérito de San Isidro

Conocí a monseñor Ignacio Trejos hacia el año 1954 cuando él era capellán del Sanatorio Carlos Durán; luego, cuando fue nombrado profesor en el Seminario Menor Nuestra Señora de los Ángeles. En 1968 es nombrado obispo auxiliar de la Arquidiócesis de San José. Durante ese tiempo estuvo residiendo

en la casa cural de San Antonio de Escazú, filial de la Parroquia de San Miguel Arcángel, donde yo era el cura párroco encargado.

En 1975 toma posesión como segundo obispo de la diócesis de San Isidro, en la cual sirvió durante más de 28 años. Durante ese tiempo la diócesis experimenta un impulso evangelizador que se manifiesta a través del servicio animado de los grupos apostólicos; de los servicios permanentes con que cuenta la diócesis, del esmero evidente por los sacerdotes y vocaciones religiosas, en la promoción y formación de los agentes de pastoral y los laicos en general.

En el año 2003, por gracia de Dios y por la imposición de manos de monseñor Ignacio Trejos, recibí la plenitud del sacerdocio ministerial, constituyéndome en su sucesor, y tercer obispo de la diócesis de San Isidro.

La personalidad de monseñor Ignacio Trejos la podría resumir diciendo que: fue un obispo con corazón de pastor, que se entregó con gran celo, pasión y amor por la evangelización, poniendo al servicio de la diócesis sus dones, talentos, cualidades y carismas.

Gran defensor y luchador de los derechos humanos, especialmente de los campesinos, agricultores y pobres. Sus mensajes eran claros, directos y profundos, denunciando las injusticias sociales y anunciando el reino de Dios. Resalto de monseñor su tenacidad en un episcopado largo y fecundo. Creo que pasará a la historia como un profeta de su tiempo y con gran visión del futuro. Su testimonio de coherencia lo hace ser una persona auténtica y convencido de su vocación.

Monseñor Trejos: el alma y la alegría de las reuniones

Por monseñor Ángel San Casimiro Fernández: obispo emérito de Alajuela

Cómo no corresponder a la invitación que se me hizo, para reseñar algunos aspectos de la personalidad de monseñor Trejos, en este homenaje que efectivamente se le quiso hacer.

Quiero destacar su valor dentro de la Conferencia Episcopal, aunque todos teníamos un sentido profético a la hora de expresarnos, yo creo que la postura de monseñor Trejos siempre descolló en esa dimensión; no solamente por los problemas que a él le tocó vivir en San Isidro de El General, sino por los problemas con que afrontábamos el desarrollo del país. Siempre, al menos para mí, tuve en monseñor Trejos como un referente para vivir mi ministerio en esa dimensión profética.

Destaco tremendamente de monseñor Trejos el sentido del humor, con esas dotes que Dios le dio, precisamente de dibujar a todas las personas. Y a propósito de esto, yo era jovencito entonces como obispo y fui objeto también de la ocasión de monseñor Ignacio para hacer sus cositas. Resulta que estábamos en visita ad limina, en Roma, con el cardenal Giovanni Battista Re, y mientras todos estábamos escuchándole con mucha atención, monseñor Trejos lo estaba dibujando en una caricatura; yo, que estaba al lado de él me la pasó, y me dice: —Pásasela al cardenal. Yo muy obediente con mis hermanos mayores, se la pasé al cardenal Re, y... no les digo la mirada que me echó el señor cardenal a mí. El regaño vino precisamente para mí, y eso no es lo malo. Lo malo es que monseñor Trejos estaba carcajeándose sin mucho ruido poniéndose el pañuelo en la

boca. Yo sí le di varios pisotones, diciéndole... —¡Trejos, una vez más me fregaste!

También, he dicho siempre que monseñor Trejos era el alma y la alegría de las reuniones. Recuerdo otra anécdota, cuando estábamos en reunión de Conferencia Episcopal, y en la que estaba presente el nuncio apostólico, monseñor Antonio Sozzo. Trejos pisoteándome, como hacía siempre que quería que yo le dijera algo, me susurró: —Oye oye, pregúntale cómo van los trámites para la futura diócesis de Cartago. Y yo, en mi inocencia, le hice esa pregunta en ahí en público al señor nuncio. Bueno, la respuesta que recibí fue otra regañada, acompañada de una clara sentencia de monseñor Sozzo: —¡De la diócesis de Cartago no se habla aquí por ahora! ¿Cuál fue la reacción de monseñor Trejos?... otra sonrisa fuerte.

Cuando uno en retrospectiva analiza precisamente estas experiencias, uno dice: ¡Gracias a Dios, que monseñor Trejos era como era! Gracias a Dios, que siempre ponía esa miga de alegría en nuestras reuniones.

Yo también quiero pues, hacerme presente en este homenaje. He querido destacar efectivamente estas dos experiencias jocosas, porque yo sé que otros compañeros han hablado ya de las grandes excelencias y virtudes de monseñor, como pensador y escritor, como anunciador del evangelio, en fin... yo creo que monseñor Trejos es de una personalidad tan, pero tan amplia, que es bueno destacar también esa actitud tan hermosa que tiene, de hacer sonreír a quienes compartimos con él.

Monseñor Trejos: un abrazo de quien de verdad usted sabe que soy muy amigo, un abrazo a quien tanto me ha enseñado en mi ministerio episcopal. ¡Dios le bendiga!

La voz profética de monseñor Trejos.

Por monseñor Enrique Montero: obispo emérito de San Isidro de El General

Monseñor Ignacio Trejos: ¡Paz y Bien en el Señor! Es para mí verdaderamente, un motivo de gran alegría hacer este pequeño aporte, para referirme a toda esa obra tuya como pastor; es una forma de gratitud hacia tu persona, por el aprecio que siempre me has manifestado, y sobre todo por el ejemplo que has dado de amor a la Iglesia, y de servicio al pueblo santo de Dios.

Me uno a las innumerables voces que, desde el mismo pueblo, agradecen muchos aspectos de tu vida como entrega al servicio de la diócesis de San Isidro de El General, como su pastor por más de 28 años. Tu voz inconfundiblemente profética.

Cómo no agradecerte tu celo pastoral, que te llevó a luchar para que nuestro laicado fuera bien formado y tuviera un papel protagonista en todo lo que se refiere a la evangelización de la Iglesia en Costa Rica. Cómo no agradecerte la pasión con que animaste y lideraste la obra de los Cenáculos Familiares del Rosario, por ejemplo. La promoción cristiana; la formación de nuestro clero y la promoción vocacional. En fin: tu incansable apostolado a través de la prensa y la fuerza de tu voz profética, frente a las realidades sociales y políticas de nuestra nación. Sería interminable recorrer toda esa lista de méritos, por una parte, y de realización de tu obra episcopal en aquella parte del país.

Cómo no darte gracias por tantos años de largo servicio, donde has mostrado tu inconfundible amor a la Iglesia del Señor, a la porción del pueblo de Dios situada en la parte sur del país, y de la cual me ha tocado indignamente ser uno de tus sucesores.

Muchas, pero muchas gracias, monseñor Ignacio Trejos, y muchas bendiciones del Señor, a través de toda tu vida, y gracias también por tanto y tanto amor entregado al servicio de los más pobres y necesitados. ¡El Señor te bendiga!

Monseñor Ignacio Trejos Picado: pastor valiente e incansable

Por monseñor José Manuel Garita Herrera: obispo diocesano de Ciudad Quesada, y presidente de la Conferencia Episcopal de Costa Rica.

A 70 años de vida presbiteral y 54 años de ordenación episcopal de monseñor Ignacio Trejos Picado, dirijo estas palabras de gratitud a Dios por el hermano mayor obispo, que se ha mostrado fiel al Evangelio durante tantos años, con un testimonio decidido y valiente: ¡Impresionante y providencial cantidad de años de vida sacerdotal y episcopal!

Monseñor Trejos Picado ha mostrado siempre inteligencia aguda y claridad de pensamiento, siendo un pastor intrépido y comprometido que enarboló causas justas en beneficio de muchas personas y grupos necesitados, es decir, de aquellos a los que siempre nos llama el Evangelio a cuidar con amor cristiano y caridad pastoral. Para ello, siempre ha actuado con verbo claro y directo, con audacia y originalidad de pastor.

Su innato sentido artístico, por medio de la poesía y su habilidad para el dibujo, entre otros talentos, también muestran el lado humano de quien atendió el llamado de Dios para ser, primero, sacerdote en varias parroquias, formador y rector de los seminarios Menor y Mayor; luego, obispo auxiliar de San José;

y, posteriormente para guiar, con entrega y dedicación, la Iglesia Particular de San Isidro de El General por casi 29 años, como su segundo obispo diocesano.

Para monseñor Ignacio queda solo agradecer grandemente su voz profética, valiente e incansable, su amor a Cristo, su fidelidad a la Iglesia y su ejemplo de vida, a través de un indiscutible temple sacerdotal y episcopal. ¡Que Dios le bendiga, conserve y cuide para que siga siendo inspiración para todos nosotros y muchas generaciones!

Monseñor Ignacio Trejos Picado: un pastor siempre dispuesto a servir

Por monseñor José Rafael Quirós Quirós: arzobispo de San José.

Es motivo de gran alegría para mí, manifestar una palabra sobre este insigne pastor de nuestra Iglesia y nacido en nuestra querida provincia de Cartago, quien hace 54 años fue llamado por el Señor a ser sucesor de los apóstoles. Me es sumamente grato recordar que, en marzo de 1968, ingresé al Seminario Menor Nuestra Señora de Los Ángeles en Tres Ríos, y tuve como regalo del Señor participar en la solemne consagración episcopal de quien sería el obispo auxiliar de San José. De detalles no recuerdo mayor cosa, sí está en mi memoria el impacto de aquella primera celebración de esa naturaleza en la que participaba. Monseñor Trejos como obispo auxiliar, manifestó en todo momento ese corazón de pastor dispuesto a servir al Santo Pueblo de Dios, con su palabra siempre iluminadora y fuerte, invitaba a responder con generosidad al Señor.

Desde que asumió la sede episcopal de San Isidro de El General, siendo yo seminarista, recuerdo de su entrega y fortaleza con que siempre guió la diócesis. Siempre claro y directo con relación a los lineamientos pastorales, y a la observancia de la normativa eclesiástica en las distintas áreas de la vida eclesial. Sin que esto significara distancia o lejanía, sino claridad en el camino a recorrer. En temas locales y nacionales sobre la realidad social, económica y política, también se manifestó con mucha claridad, aunque no fuera del agrado de algunos. La forma precisa de presentar todos estos temas, y aquellos de carácter doctrinal fue algo que caracterizó todos los años de su episcopado.

En la Conferencia Episcopal igualmente jugó un papel destacado, como miembro de esta. También lo recuerdo cuando como formador del seminario teníamos oportunidades de compartir con los obispos, era quien ponía la nota alegre con sus chistes y bromas. De todo corazón, expreso mi felicitación a monseñor Trejos, y cuente, como ha sido hasta el momento, con mi humilde oración.

Monseñor Trejos Picado: un referente para vivir nuestra vocación

Por monseñor Bartolomé Buigues Oller: obispo de Alajuela

Es grato para mí decir unas palabras sobre un hermano en el episcopado. Aunque no hemos compartido mucho –porque hace pocos años que soy obispo, cuando él ya lleva tantos– es alguien con el que comparto el inmenso don del sacerdocio que nos configura con Cristo Sacerdote y nos hace herederos del

ministerio apostólico. Es para mí, por tanto, un referente para vivir mi vocación, la comunión eclesial, la solicitud pastoral en mi amada diócesis de Alajuela, como él la ha vivido de manera dilatada en la de San Isidro, zona sur de nuestro país.

Recuerdo que, en los años 90—yo llegué a Costa Rica en el año 92—se rumoreaba que monseñor Ignacio estaba enfermo, delicado, y que quizá tendría que presentar con ese motivo, su renuncia a la diócesis. No solo no se cumplieron estas predicciones tan limitadas, sino que lo vemos ahora sobrepasados ya sus 90 años y con buena salud... Gracias sean dadas a nuestro Dios que nos conserva siempre para la misión que ha pensado para nosotros.

Monseñor Ignacio no se ajusta al estereotipo de obispo, serio y grave. Sin disminuir en nada la responsabilidad en este ministerio, es un gran artista, con un elocuente sentido del humor, como lo reflejan sus dibujos de caricaturas con los que caracteriza a las personas cercanas. Compartí un espacio con él en Cartago y, al cabo de breves minutos ya me regaló una caricatura de mi persona realizada desde el cariño. Y me han contado que lo mismo realizó en medio de alguna reunión muy seria con obispos en el Vaticano en visita ad limina...

Doy gracias al Señor por la vida de monseñor Ignacio, por su vocación y su testimonio, por su dedicación pastoral en la diócesis encomendada, por su presencia fraterna entre nosotros y por darnos, sobre todo ahora como adulto mayor, la imagen patente de una persona feliz y realizada en el seguimiento de Cristo.

Monseñor Trejos: voz firme a favor de los pobres y contra la injusticia

Por monseñor Javier Román Arias: obispo de Limón

Cuando Dios pide un servicio como el episcopado, lejos de lo que muchos podrían pensar, en el fondo del corazón surge el temor, porque, aunque podamos estar convencidos de que la obra es suya y que somos instrumentos en sus manos, hay instantes en los que la humanidad se impone. Es cuando son valiosos y necesarios ejemplos de quienes, antes que nosotros, han enfrentado ese mismo temor y dificultades mucho mayores, con entrega, sacrificio y amor a la Iglesia.

Es mi caso con monseñor Ignacio Trejos, a quien el Señor ha regalado una larga vida, seguro para que quienes vamos detrás suyo en el ministerio episcopal lo tengamos muy presente cuando es necesario redoblar la confianza en Él.

Monseñor es un pastor valiente desde todo punto de vista. Pero su fortaleza no le quita una humildad igualmente ejemplar, hecha vida en numerosos momentos de su existencia. Su valor nace de esa confianza puesta únicamente en Dios y en sus promesas, que le permite casi palpar las realidades eternas y señalar todo aquello que se opone al Reino de Dios.

Con su talante recio y su voz firme defendió a los pobres, condenó las injusticias y denunció el pecado social. No pocos vieron en él una amenaza a sus intereses, enfrentó la crítica y el descrédito, fue calumniado y perseguido, pero mantuvo fija la mirada en el Señor y de todos los problemas salió librado confortado en una fe firme como sus convicciones personales y el celo pastoral que siempre lo caracterizó.

Monseñor, ¡gracias por su ejemplo!, ¡gracias por su testimonio!, ¡gracias por su entrega!, Felicidades en este aniversario, y que la Santísima Virgen María, a quien usted tanto ama y cuya devoción tanto anima, lo proteja siempre con su amor maternal.

Monseñor Trejos: la voz de denuncia que no aminoró ante las amenazas

Por monseñor Manuel Eugenio Salazar: obispo de Tilarán-Liberia

Primero que todo, unas palabras de agradecimiento a monseñor Ignacio Trejos, por toda su larga vida sacerdotal; mis felicitaciones y de mi diócesis para tan insigne eclesiástico.

No tuve el honor de ser amigo y tener un trato cercano y cotidiano con monseñor Ignacio Trejos. Siendo joven sacerdote quise pasarme varias veces a servir a la diócesis de San Isidro de El General, y mis superiores nunca me lo facilitaron por diversas razones. Traté a monseñor Trejos ya siendo yo formador del Seminario Central, y especialmente como rector; lo veía a él en ordenaciones cuando las mismas se realizaban en su diócesis de San Isidro, o en Conferencia Episcopal en reuniones formales. Por eso, tengo poco qué decir de él, más que mi admiración a la buena fama como obispo que siempre ha tenido.

De joven sacerdote le admiré mucho sus mensajes proféticos de denuncia al narcotráfico en la zona sur. Me acuerdo sobre todo por la prensa de unos vuelos misteriosos en aeropuertos clandestinos, y que él lo denunció públicamente, arriesgando su vida. Otro hecho que me admiró mucho es que la policía iba a

desalojar, y desahuciar a campesinos por pobreza, y él fue a un portón de la finca y se plantó allí, según lo relataron, para que la policía no entrara, y expulsara a los campesinos de aquellas tierras. La policía se detuvo. Fue otro gran ejemplo que me impactó muchísimo.

Sé, y esos son temas delicados, que él sufrió mucho por la escasez de clero, y por problemas de algunos clérigos, por lo que tuvo que sufrir la corona de espinas al respecto heroicamente.

Otro hecho histórico que tengo en cercanía con él es que me invitó, siendo yo sacerdote formador del seminario, a visitar la diócesis de San Isidro de El General, cosa extraña, porque no es que fuésemos amigos o cercanos, y eso me extrañó mucho, que me invitara... sin prisa, pero me invitó. Cuando me fue posible organicé un viaje al sur y lo fui a visitar a la casa episcopal, y recuerdo que me dijo, lo siguiente: “Se acerca ya mi retiro, y espero a mis 75 añosirme para la casa”.

Me tomó totalmente por sorpresa que me dijera que él veía en mí a un futuro obispo, se lo agradecí muchísimo y lo puse en oración; todo en las manos de Dios, porque el episcopado no es un derecho, sino un llamado y un servicio. Le agradecí la deferencia que viera en este servidor cualidades para ejercer el episcopado, siendo yo indigno. Eso me impresionó mucho y siempre se lo agradecí. Por situaciones de trabajo y distancia, dolorosamente poco lo he visitado actualmente en su residencia, pero le vivo eternamente agradecido.

Le oí decir a un obispo una vez, que Ignacio Trejos era una de las flores del clero nacional. Insigne, virtuoso. Dios le ha

regalado una larga vida, largo sacerdocio, largo episcopado. Que él sea ejemplo y modelo para presbíteros y obispos. Que él, en su ministerio actual de mucha oración, interceda por los que aún estamos aquí luchando y bregando por construir el Reino de Dios.

Monseñor Ignacio Trejos: mucha salud, mucha fortaleza, y siempre ténganos en sus oraciones, que nosotros, en nuestras pobres y humildes plegarias lo recordamos. ¡Felicitaciones!

Monseñor Trejos: el sacerdote de expresión sagrada, piadosa y recta.

Por monseñor Óscar Fernández Guillén: obispo de Puntarenas

Al hacer memoria de su persona, no me lo puedo imaginar fuera del ministerio ordenado y ayudándole en la celebración de la Eucaristía, cuando su servidor era un niño: era monaguillo. Guardo su imagen sacerdotal con mucho recuerdo; su expresión sagrada, piadosa y recta, y sus homilías. ¡Dios lo conserve! Mi bendición y saludos fraternos, en sus aniversarios.

Monseñor Trejos: hombre de predicación fuerte, profética y sincera

Por monseñor Daniel Francisco Blanco Méndez: obispo auxiliar de San José

Conocí a monseñor Ignacio Trejos siendo yo un joven seminarista, que iniciaba el camino formativo en el Seminario Central, hoy Seminario Nacional Nuestra Señora de Los Ángeles.

Encontrarnos con monseñor Trejos, especialmente cuando llegaba a celebrar alguna eucaristía o cuando se reunían los obispos en las asambleas ordinarias en el seminario, era encontrarnos con un hombre recio, de predicación fuerte, profética y sincera. Un hombre que, a pesar de sus años y sus problemas de salud, guiaba como un verdadero pastor la extensa y difícil diócesis de San Isidro de El General, dejando su huella en esta diócesis y en su presbiterio.

Ya como obispo emérito ha continuado con su voz profética, y su pastoreo no ha disminuido, sino que, ahora desde muchos otros ámbitos, sigue siendo ese pastor comprometido con anunciar el evangelio.

Le agradezco a monseñor Trejos que fue de los primeros que me llamó para saludarme, el día que fue anunciado mi nombramiento como obispo auxiliar de San José, ministerio que él también asumió siendo muy joven y donde entregó sus primicias episcopales.

La fraternidad episcopal me ha permitido ver una faceta de monseñor Trejos, que no conocí al no ser yo del clero de su diócesis. Monseñor es un hombre bromista, afectuoso, que goza de la fraternidad sacerdotal y que se preocupa de las necesidades de sus hermanos. ¡Ad muchos años, monseñor Ignacio! ¡Dios lo bendiga!

Tabla de Contenidos

Presentación	3
Por Bernal Martínez Gutiérrez (Editor)	
Prólogo	5
Por monseñor Mario Enrique Quirós Quirós	
I Parte: Nacimiento en Guadalupe de Cartago, entorno familiar y la infancia: 1928 a 1940.	7
Un matrimonio ejemplar y una familia numerosa	8
Aquellos recuerdos de mi niñez	11
Entre los juegos, la escuela y el templo	17
II Parte: De la primaria a la secundaria: aires de juventud. 1940 a 1946	21
El “gusanillo” de la vocación y una vida normal en el colegio	22
Profesores y compañeros del colegio en mi recuerdo	25
III Parte: El seminario: el inicio de una llamada de Dios. 1946 a 1952	29
Mi llegada al seminario y el inicio de una gran aventura	30
Del viejo seminario a las nuevas instalaciones en Paso Ancho	32
La guerra civil del 48: el dramático trance que marcó a una generación	35
El fin de la revolución, monseñor Sanabria y un cambio en mi vida	37
Un viaje eterno a la Ciudad Eterna	41
Mis estudios en Roma: crónica de una experiencia inolvidable	45
Mi ordenación presbiteral, hace setenta años: un designio de Dios	49

IV Parte. Sacerdote para siempre: los inicios de una misión: 1952-1955	53
El primer encargo pastoral en mi vida	56
Mis años como profesor y formador	58
V Parte. Nombramiento como cura párroco de Pacayas: punto de partida para el cumplimiento de distintos servicios en la Iglesia: 1955-1967	65
Dos pasos fugaces por Calle Blancos y Barrio Aranjuez	70
Profesor y director espiritual en el Seminario Menor	72
Cura párroco en San Rafael de Oreamuno	74
Mi paso como rector del Seminario Menor en Tres Ríos	85
VI Parte. Obispo auxiliar de la arquidiócesis de San José: 1968-1975	91
El día de mi ordenación episcopal	94
Obispo auxiliar de la arquidiócesis: un reto pastoral muy difícil	97
VII Parte. De la meseta al valle: obispo diocesano de San Isidro de El General. 1975-2003.	99
La toma de posesión de la diócesis: miércoles 22 de enero de 1975	101
Manos a la obra: los planes humanos bajo la mirada del Plan de Dios	106
San Isidro de El General: una diócesis de gran esperanza	108
La Palabra de Dios: eje central de la vida diocesana	111
La renuncia del arzobispo, y la gran labor de monseñor Román Arrieta	117
A modo de Epílogo: la vida de un obispo emérito	121
VIII Parte. Memorias sobre Monseñor Ignacio Trejos Picado	125
Tras las huellas de monseñor Ignacio, a modo de introducción a esta parte. Por monseñor José Fco. Ulloa Rojas, obispo emérito de Cartago	125

Porque “servir es reinar”. Por monseñor Hugo Barrantes Ureña, arzobispo emérito de San José	130
Monseñor Trejos, serenidad y paz que contagian. Por monseñor Vittorino Girardi Stellan, obispo emérito de Tilarán-Liberia	131
Monseñor Ignacio: un obispo con corazón de pastor. Por monseñor Guillermo Loría Garita: obispo emérito de San Isidro	132
Monseñor Trejos: el alma y la alegría de las reuniones. Por monseñor Ángel San Casimiro Fernández, obispo emérito de Alajuela	134
La voz profética de monseñor Trejos. Por monseñor Enrique Montero: obispo emérito de San Isidro de El General	136
Monseñor Ignacio Trejos Picado: pastor valiente e incansable. Por monseñor José Manuel Garita Herrera: obispo diocesano de Ciudad Quesada y presidente de la Conferencia Episcopal de Costa Rica	137
Monseñor Ignacio Trejos Picado: un pastor siempre dispuesto a servir. Por monseñor José Rafael Quirós Quirós: arzobispo metropolitano de San José ...	138
Monseñor Trejos Picado: un referente para vivir nuestra vocación. Por monseñor Bartolomé Buigues Oller: obispo de Alajuela	139
Monseñor Trejos: voz firme a favor de los pobres y contra la injusticia. Por monseñor Javier Román Arias: obispo diocesano de Limón	141
Monseñor Trejos: la voz de denuncia que no aminoró ante las amenazas. Por monseñor Manuel Eugenio Salazar: Obispo de Tilarán-Liberia	142
Monseñor Trejos: el sacerdote de expresión sagrada, piadosa y recta. Por monseñor Óscar Fernández Guillén: Obispo de Puntarenas	144
Monseñor Trejos: hombre de predicación fuerte, profética y sincera. Por monseñor Daniel Francisco Blanco Méndez: obispo auxiliar de San José	144

Iera Edición hecha en Costa Rica por :
Yacopi S.A.
Impresión litográfica en Papel bond / Portda C12
Marzo, 2022